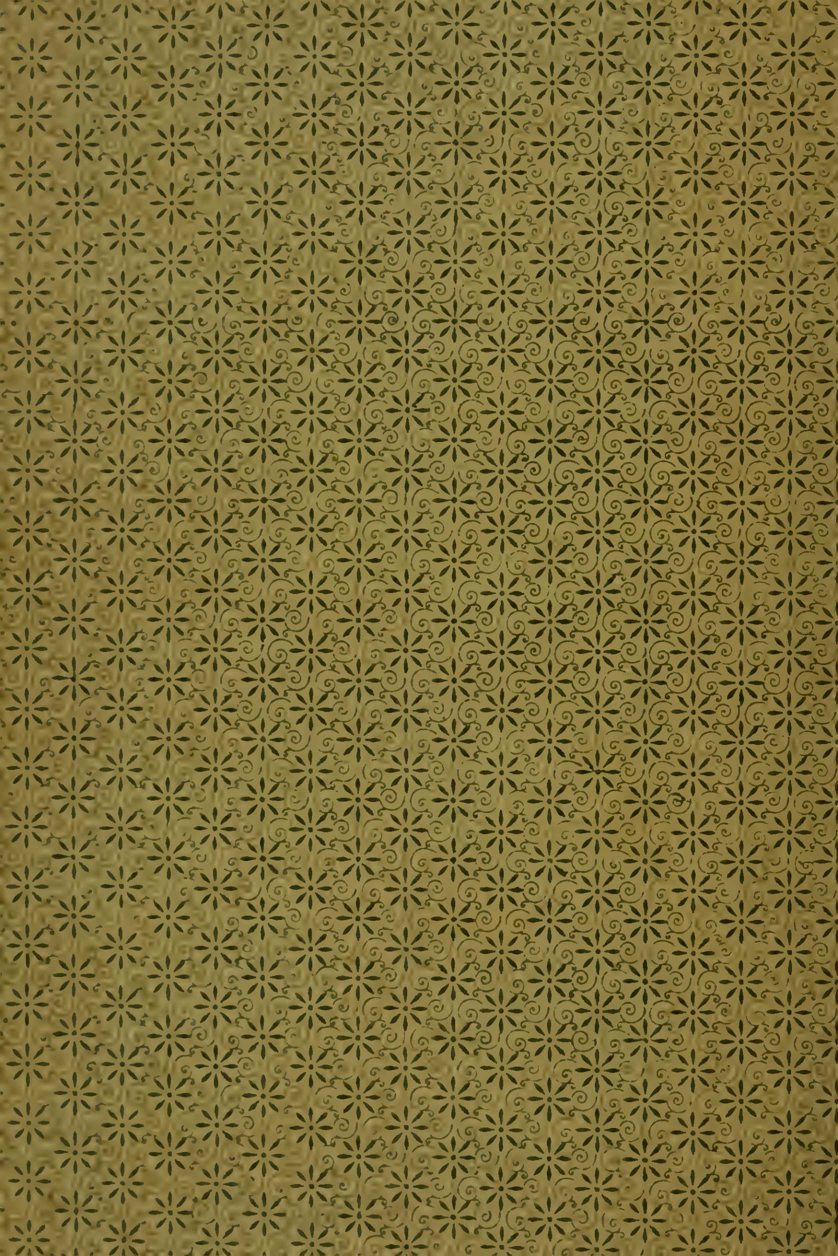
Victor Balaguer







LEOPOLDO PEDREIRA TAIBO

EN BURGOS

VÍCTOR BALAGUER

DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA

EN BURGOS

RECUERDOS DE ESTA CIUDAD INSIGNE

Glorias y ruinas.
La casa del Cordón.
El castillo de Burgos.
El cuento del Cid.
La cuesta de la Reina.

MADRID
EL PROGRESO EDITORIAL
1895

EL PROGRESO.—Imp. á cargo de R. Anglés, Fomento, 3.

Los estudios históricos y literarios que forman este libro, se escribieron todos durante los veranos de 1893 y 1894 que pasé en Burgos, ya en la ciudad, ya en Fres del Val, ya recorriendo la comarca.

Y por esto, como todos tratan de recuerdos burgaleses, esta obrilla los reune y colecciona, poniéndoles por lema y título *En Burgos*, es decir, escritos en Burgos.

Algunos de estos estudios son inéditos; otros vieron ya la luz pública. El titulado *Glorias y ruinas*, cartas dirigidas á la Sra. Marquesa de Villanueva-Geltrú, hoy propietaria de las ruinas de Fres del Val, formó parte de mi libro *Añoranzas*, cuya primera edición se agotó rápidamente; *La casa del Cordón* apareció primero en las columnas del periódico *El Globo*, y después se publicó en las páginas de la revista *Pro Patria*, habiendo merecido también el honor de que reprodujeran este artículo varios periódicos burgaleses; *El castillo de Burgos* figura en los apéndices del tomo I de mi obra *Los Reyes Católicos*.

GLORIAS Y RUINAS

CARTAS Á UNA DAMA

(TERCERA EDICIÓN)

CARTA PRIMERA

Introducción.—Impresiones.—El país de las ruinas.—Fres del Val.—La vuelta de los frailes.—Tristezas del alma.—Filosofías y comentarios.—Pequeñeces.—Grandezas.—El autor de Pequeñeces.—Comentarios acerca de este libro.—Un consejo á mis correligionarios.

1.ª

6 de Octubre de 1893.

Tengo por gran fortuna, amiga y señora mía, que las ruinas de Fres del Val hayan ido á su poder.

Deseo sinceramente ayudar á usted en su obra de restauración y de conservación, no en verdad con mi consejo, como bondadosamente me pide, que poco ha de valer el mío cuando mejores los tiene y más autorizados; pero sí con mi trabajo, aun cuando hubiese de confundirme en la cuadrilla del peonaje, que por muy contento me diera de ayudar con mis esfuerzos á reconstituir ó reparar este monumento.

Mientras que usted, para gloria del arte y timbre de nuestra historia patria, se apresura á recoger unas ruinas, en tan criminal descuido abandonadas, yo, por la mía, ayudando á su obra generosa, recogeré cuantos recuerdos de Fres del Val existan y á mi noticia lleguen, formando memorial que pueda ser de aviso y enseñanza para unos, aquellos que ignoran lo que fué este monumento, y de vergüenza y remordimiento para otros, aquellos que miserablemente le dejaron caer y desmoronarse, ó que, todavía más, ayudaron á su destrucción para lucrarse con la piedra.

Esto suponiendo que tengan rubor y también remordimiento, que no los tendrán. Porque á esos demoledores de obras monumentales y artísticas les sucede lo que á los críticos que ofician de pontifical sin pertenecer al cabildo, y lo

que á los oradores que ejercen de Catones, siéndolo sólo de cartón: viven de lo que matan.

La desgracia es que la cosa está en la atmósfera.

Este es el país de las ruinas.

¿Recuerda usted, amiga mía, la excursión que á comienzos del mes pasado hicimos por esta noble Castilla, que tan altos y tan merecidos títulos de gloria tiene al reconocimiento de nuestra patria española, bien quisiera yo decir nuestra patria ibérica? ¡Cuánta ruina vimos y cuánto estrago!

Ruinas en Burgos, en Arlanza, en Covarrubias, en Clunia, en Valladolid, en Medina del Campo, en Arévalo, en Ávila, por dondequiera que pisamos y pasamos: ruinas, y miserias, y desgracia, y duelo en todas partes. En Burgos, un Museo, que más tiene de Necrópolis, con

restos despiezados de grandes fábricas, sepulcros incompletos, urnas rotas, fragmentos de columnas, pedazos de escudos, recogido todo en la comarca; destrozado Fres del Val, la institución de los Manrique y los Padilla; y abandonado San Pedro de Cardeña, el santuario del Cid y de los Héroes. En Valladolid, tardías é imcompletas restauraciones de monumentos, desaparición absoluta de otros, que habían ya dejado de ser gloria valisoletana para serlo española, y también un Museo, en un edificio que se hunde, con los restos maltratados de todo cuanto allí se ha derribado y destruído. En Medina del Campo, el alcázar y los castillos de los Reyes Católicos entregados al pillaje y merodeo de quienes necesitaron piedras y sillares para fabricar sus moradas. En Ávila, el silencio, la soledad, la tristeza, junto á palacios

abandonados y junto á soberanas y gloriosas murallas, que, aun siendo monumento nacional, de la protección de Dios viven, que no de la del Estado.

Y así está todo, todo como vimos Castilla, todo. En Cataluña cae Poblet, el Escorial catalán, el panteón de los reyes condes; en Aragón se hunde San Juan de la Peña, cuna de las libertades y de la monarquía aragonesas, y en Navarra se destruye el que fué palacio de Olite, masión y hogar de sus monarcas. De la tierra extremeña van desapareciendo los alcázares y palacios que albergaron á Don Fernando y á Doña Isabel, cuando allí fueron, príncipes augustos, á solidar la independencia de la patria y el trono, y con el trono la vida y la gloria de Castilla. En Andalucía se desmoronan monumentos como la Cartuja de Jerez, y apenas, apenas si hay recursos

para sostener la maravillosa Alhambra.

Todo cae y se abisma. Y no ciertamente por empuje del tiempo, sino por mano del hombre. Hasta tenemos que permitir, y debemos alegrarnos, que vengan las órdenes religiosas, y algunas de ellas compuestas de extranjeros, á salvar esos monumentos de que les echamos los liberales, y que hoy les restituímos en ruinas para que vengan á restaurarlos.

¡Triste destino el nuestro, triste verdaderamente, por lo que atañe á este punto concreto!

Echamos á los frailes... que convenía echar, pero no de la manera como se hizo. Derribamos los conventos, que no debíamos derribar, aun cuando, por lo visto, la misma suerte hubieran tenido que aquellos que por acaso nos plugo conservar.

¿Y con qué hemos sustituído aquello que despedimos con tanto calor, y tanto

fervor, y también, ¿por qué no decirlo?, con tanto patriotismo?

La horrible, la azoradora duda, se apoderó de nuestras conciencias. El caballo de Atila está en nuestro campo.

¿Será verdad, ¿lo será? que la filosofía es tan sólo la duda? ¿Lo será que la elocuencia es la ficción y el engaño? ¿Lo será que la política, es decir, el arte supremo de gobierno, es sólo un juego miserable de codicias y de influencias? ¿Lo será que la justicia no es de quien la tiene, sino de quien la alcanza? ¿Será verdad que la poesía sólo es fiebre, y que el arte es sólo artificio? ¿Lo será que la belleza no existe más que en la ilusión de la vanidad y de la fantasía, y que todo cuanto hemos idealizado, encumbrado, y glorificado, con el calor de la fe, de la pasión y del arte, tiene que venir abajo á impulsos de ese brutal naturalismo que

está de moda, y que invade todos los campos, y toma todas las formas, y emplea todas las maneras, y turba todas las conciencias, llamándose en literatura realismo, en arte impresión, en historia criticismo, en ciencia exégesis y en política anarquía, empujado todo por cierta riffeña cohorte de sabios, que á fin de siglo se nos aparece, subdividida en taifas de delicuecentistas, y decadentistas, y simbolistas, y sensacionalistas, y no sé si más *istas* todavía?

Si esto fuese verdad, ¿por qué, entonces, como dice quien yo me sé,

> ¿por qué, entonces, ¿por qué? los liberales
> destruímos el convento, si en su celda
> hallaba el alma paz, y luz la vida,
> y hogar sereno y libre la conciencia?

Pero, en fin, nada tiene esto que ver con lo que iba diciendo. De otra cosa se trata. Hablábamos de nuestra excursión

por esa Castilla tan castigada y tan digna, sin embargo, de merecimientos, donde no dimos un solo paso sin encontrar la ruina de un monumento, de una obra artística, de algo glorioso é insigne, que desaparece sin que acudamos á salvarlo.

Y todavía... Ya irá usted viendo... Todavía el mal, ó mucho me engaño, ha de agravarse, vistos los caminos que se siguen y los derroteros que se toman. No parece sino que Dios nos ciega para perdernos. Libros, enseñanza, instrucción, arte, literatura, ciencia, todo esto es posible que sea pronto otro desastre.

No es de esperar que suceda lo que ha pocos días ha escrito en *La Vanguardia* de Barcelona un republicano de esos á macha martillo, muy entendido en los distintos ramos de las letras, quien desea la vuelta de los conservadores para que remedien los males que á las cien-

cias históricas están causando los liberales (1). No; no es de esperar que esto suceda, Dios no lo permita, aun cuando yo con lealtad he de decir que más deben las letras á los conservadores que á los míos, especialmente á su ilustre jefe D. A. Cánovas del Castillo, gran amador de todo progreso artístico y literario, y, más aún que á los conservadores, al que es gloria de nuestra tribuna española D. Emilio Castelar. Á éste, sí, deben gratitud, y honor, y recordanza eterna las letras y artes patrias, por lo que hizo en su favor durante el breve tiempo que estuvo al frente de la nación, y en su más alta cumbre.

De toda suerte, y esto va para unos y para otros, amigos y adversarios, es triste que se haya de acudir á los echados

(1) El Sr. Sampere y Miquel.

para alivio de males que no supimos impedir, y luego no hemos hallado ocasión de reparar. Á mí no me pesa que se echara á los frailes, aunque sí de la manera como se hizo; pero tampoco me opongo á que vuelvan, todo lo contrario; hasta lo deseo y lo aplaudo, si vienen con buen fin, si vienen para lo divino y no para lo humano, si vienen á llenar los altos propósitos de su misión y los saludables preceptos de su orden, si llegan como hombres de paz, y no como mensajeros de odios, si se ocupan sólo de las grandezas, y no de las *pequeñeces* de la tierra.

Y he aquí una palabra que bien á deshora, aunque bien espontáneamente, se escapó á mi pluma, lo cual demuestra que aquel inmoral y asendereado libro de *Pequeñeces*, debió herir hondo y causar profunda impresión. En mí la produjo, bien lo sabe usted, pues muchas

veces me oyó debatir acerca de él. Y más todavía que impresión, alarma.

Aun ahora mismo, después de tanto tiempo, no puedo resistir al deseo de escribir algo para desembarazar mi conciencia obsesionada, no en verdad porque anden espíritus malignos á mi alrededor, sino por antiguos resabios de lucha y pecaminosos escozores de absenteísmo ó ausentismo, que aun no sé cómo se escribe, ni lo sabré, hasta que la Academia acepte el vocablo, y lo fije.

Los frailes vuelven... ¡Así volvieran sólo los monjes, que del monje al fraile hay trecho!... Los frailes vuelven, y vuelven aleccionados por la experiencia, instruídos por sus desventuras: vuelven restaurados, acomodándose á las costumbres del tiempo, y, si no dentro del espíritu moderno, dentro de sus corrientes al menos. Vienen también preparados

para el combate, y á él dispuestos; aunque esta vez, dirigidos por hombres de talento, siguen caminos menos arriscados, y cruzan por sendas más seguras y firmes, siquier sean tortuosas. Los hagiógrafos del porvenir no tendrán ya que hablar del trabuco tradicional colgado de una escarpia en un rincón de la celda, pero sí de la pluma acerada del agustino ó del jesuíta, con la cual también se hiere... y más á mansalva.

Yo confieso y declaro que el P. Coloma, autor de *Pequeñeces*, es lo que se debe ser en estos tiempos, si se quiere ser algo: un artista... y un gran artista con el gusto, la gracia, el encanto y los perfiles del ingenio, y, al par, con todas las sutilezas, todas las superioridades y todas las excelencias del maestro. Es más todavía: es un gladiador circense, que desciende á la arena, gallardo, atlé-

tico, é invulnerable como Aquiles, pero que, como Aquiles, tiene su punto débil. Hay que herirle en él, ó no se le hiere.

Por esto se me ocurre pensar que, para *Pequeñeces* y para su autor ilustre, había una contestación algo más contundente y propia que cuantas se intentaron contra su obra. En mi opinión, no dieron en el blanco; no encontraron el punto vulnerable. Y esto, que muchos de aquellos folletos fueron escritos por hombres de mérito y de talento, siendo alguno superior, y concluyente, dentro de su tesis. Pero á una obra de la intención y de los vuelos de *Pequeñeces*, hija de odios profundos y reconcentrados, y elegida para venir á ejercer una misión de venganza, no se la impugna ni se la contesta sólo con folletos y con críticas.

¡Qué importa que su lenguaje sea más ó menos castizo, que el libro sea más ó

menos defectuoso, que sus personajes sean más ó menos retratos, que la intriga y la fábula tengan mayor ó menor desarrollo, que la trama, más ó menos verosímil, sea más ó menos verdad! ¡Qué importa todo esto, que sólo es pequeñez y minucia ante la intención y ante el *fin* que el autor persigue con valor, voluntad y propósitos, dignos ciertamente, ya que no de mejor suerte, sí de mejor causa!

Á *Pequeñeces* todo lo que no fuese contestar con *Grandezas*, era pequeñez. Y *Grandezas*, con su título y todo, era un libro que aparecía hecho con sólo referir sencillamente (sin la menor alusión á *Pequeñeces*, por supuesto) aquella historia verdadera, positiva, humana, cuyos personajes todavía viven y todos conocemos, que acaeció precisamente, por singular y providencial coincidencia, en los mismos momentos en que tanto ruido,

y tanta controversia, y también tanto escándalo, movía el libro del P. Coloma.

Cuando alguien, *ad majorem domi suæ gloriam*, es decir, para mayor gloria y grandeza de su casa, se decide á contar lo que de ruin y mezquino puede ocurrir en la ajena, parece que da algún derecho ¿verdad? á que se cuente, en cambio, lo que ocurre en la suya.

Yo no sé si alguien pensó hacerlo, ni sé tampoco por qué no lo hizo, si es que se le ocurriera. Lo que sé es que, siendo el partido liberal el de la luz, de la libertad y del progreso; siendo ya hoy, como es, partido proteccionista, cosa que tanto rechazó, y escuela por él un día tan duramente combatida en doctrina y en personas, debiera no cerrar caminos á la luz, al progreso, á la libertad del arte y de las ciencias, protegiendo lo que de protección es digno, amparando lo que

pide y merece amparo, y, sobre todo, guardando y haciendo guardar consideración y respeto á lo que importa considerar y respetar. Esto deben hacer los liberales, mis correligionarios y amigos, si quieren que *esto mate aquello*, que es á lo que han de aspirar en España, cumplida aquí, como está, su misión política. Y así lo harán, no me cabe duda (1).

Pero, en fin, ahora ya no se trata de esto. La ocasión pasó, y ni el trigo va á

(1) Y así lo han hecho. Se escribieron estas líneas en Octubre de 1893. Un año después, hoy, cuando escribo esta nota, Octubre de 1894, el ministro de Fomento, Sr. D. Alejandro Groizard, ha emprendido sus reformas de la segunda enseñanza con grandes alientos, y apoyado resueltamente por el ilustre Sr. Presidente del Consejo de Ministros, Sr. D. Práxedes Mateo Sagasta. El partido liberal, por fin, cumple con sus compromisos, y merece bien de la patria.

Todo se resolvería en bien de la instrucción pública, de las letras y de las artes, si este partido se resolviera de una vez á crear el Ministerio de Instrución pública y Bellas Artes.

la troje, ni el fruto madura cuando se está fuera de ocasión, motivo por el cual usted podrá decir, señora mía, que todo lo que vengo escribiendo se encuentra asimismos fuera de ella.

Estoy seguro que, allá en sus adentros, debe, ó debiera usted decirlo así, porque, la verdad sea dicha, nos hemos alejado mucho de las ruinas de Fres del Val, que fué el punto de partida.

Diré sólo para sincerarme, no precisamente para convencer á usted, sino para descargo de mi conciencia, que, aun no pareciéndolo, hay secreta conexión entre unas cosas y otras. Existe en el fondo de todo cuanto vengo diciendo una especie de corriente misteriosa, un rastro, un fluido, algo que une el desastre de los monumentos históricos con la vuelta de los frailes y los monjes, algo psicológico que enlaza la reaparición de éstos con la

publicidad de libros como *Pequeñeces*, algo que...

Pero no, no he de seguir por este camino, con lo cual no haría más que remachar el clavo, si es, en fecto, realidad lo que sospecho que usted piensa.

Lo que debo hacer es arrepentirme de haber escogido tan malaventurada ocasión para hablar de estas cosas, y mucho más malaventurada por dirigirme á usted, á usted que es ángel de paz, de amor, de bondad y de concordia, á usted que, lejos de participar de mis ideas, me reprende por tenerlas, siempre que encuentra motivo, y es frecuente, para hacerlo. Por fortuna es usted tan noble, tan discreta y tan buena, que, tomándome á mí como soy y las cosas como son, perdonará mis extravíos por mis propósitos de enmienda.

CARTA SEGUNDA

Llegada á Burgos.—Mi catalanismo.—Cuál debe ser la idea de patria.—Qué debe entenderse por regionalismo.—El hogar y la patria.—Primeras impresiones.—Versos de Zorrilla.—Burgos es España.—El castillo.—El palacio de los Condestables.—El arco levantado á Fernán González.—Los recuerdos del Cid.—Los labradores de Castilla.—Los Concejos castellanos.—El trofeo de las Navas.—La catedral de Burgos.—La moza de la posada.

2.ª

11 de Octubre de 1893.

Todavía, mi amiga y señora, todavía me ha de permitir que comience, y acaso concluya, esta carta, sin hablar aún de Fres del Val.

No puedo olvidar mi paso por Burgos, y menos he de olvidarlo todavía cuando tuve el honor de ir acompañando á usted, y la inesperada fortuna de que fuese mi guía bondadoso para enseñarme las excelencias y maravillas que Burgos tan gallardamente ostenta. Nunca tuvo nadie mejor *cicerone*.

Yo soy, bien lo sabe usted, un catalán empedernido y recalcitrante. Cada día

amo más á mi país, y más lo venero. Yo paseé de villa en villa por el mundo el amor de mi tierra catalana: yo me añoro lejos de ella, como el amante lejos de su amada: no sé si es mejor, si es más noble, si es más bella que otras que he visto, y que aun quizá estoy destinado á ver... No lo sé, ni saberlo quiero. No comparo. Sé que es mi tierra... y la amo.

Y no vale decir todo eso que ahora se estila de *patria chica* y *patria grande*, clasificación que nunca entendí, y que jamás entró en mi pobre magín. ¿Qué quiere decir esto de patria chica, ó patria mediana, ó patria grande? La patria es única: es una sola, y ésta siempre es grande.

¡Mi patria! Para mí es la mayor de todas. ¡Mi patria! Yo no conozco más que una. La otra, grande ó chica, será patria de los demás: nunca la mía.

Lo que hay es, que una cosa es la patria, y otra es el hogar; como una cosa es la sociedad, y otra la familia.

¿Soy yo, por ventura, regionalista, como ahora se dice? No lo sé. Creo que sí; pero en el sentido y con el alcance que yo doy á la voz regionalismo, que todavía no ha definido ni fijado la Academia.

Soy, sí, regionalista, pero no de estos hoy al uso. No lo soy hasta el punto de faltar á mi patria española por mi hogar catalán, que la patria está por encima de todo; lo soy, sí, hasta el punto de que por el amor á mi patria, no he de olvidar el amor á mi hogar.

Y siendo esto así, ¿cómo yo, que quiero esto en mí, no lo he de querer en los demás? Partiendo, pues, de este punto, tan catalán considero yo á cualquier castellano hijo de Burgos, como castellano

se me ha de considerar á mí. Tenemos la misma patria. Lo que no tenemos es el mismo hogar. Cada uno, desde el nuestro, desde el seno de nuestra familia, acudimos á orar en el templo que nos es común, y allí, al pie del mismo altar, comulgamos juntos en nuestro amor á España.

Siempre me oyó usted hablar de esta manera, ¿no es verdad?

¡Así Dios me conserve mi patria, y en ella siempre, *siempre*, mi hogar!

Y hablemos ya de Burgos.

Cuando recibí la cariñosa invitación de usted, dispensándome el honor de acompañarla á Burgos y á Fres del Val, confieso que tuve un momento de gozo. Jamás se me había presentado ocasión de ir á Burgos. No conocía de esta ciudad ni siquiera la estación, pues siempre hube de pasar de noche;

ni otra cosa de ella, que el *Burgos cinco minutos* con que el voceador del tren anuncia á los viajeros su llegada á la ciudad de las grandes glorias castellanas.

Digo mal, al decir que no conocía á Burgos. La conocía, sí; la conocía mucho, por lo contrario, y tanto la conocía, que nada me sorprendió en ella, teniendo tanto que sorprende. Es la Burgos en que estuve, en cuyos templos me introduje, y por cuyas calles transité, cuando pasaba noches enteras leyendo y estudiando las crónicas de Castilla; la misma Burgos, majestuosa, soberbia, potente, gloriosa, dominadora, castellana, que desde niño aprendí á conocer en el periódico, en el grabado, en el teatro, en la novela, en la leyenda: la misma, mismísima Burgos, aquella que un día vi levantarse aérea, hermosa, peregrina y

mágica, á través de los versos inmortales de José Zorrilla,

reina cuya cabellera
da al viento en lugar de rizos
dos trenzas de hebra de roca
de sutileza prodigios,
dos cinceladas agujas,
primores del arte ojivo,
asombro de las naciones,
mofa del viento y los siglos,
de su blasón lambrequines
y de su gloria obeliscos.

Hermosa es Burgos, en efecto, y bella con todos los embelesos de sus monumentos, y con todos los centelleos de su historia.

Burgos, según dicen los lemas de su escudo, y certifican los instrumentos de su historia, es cabeza de Castilla, corte y cámara regia, la primera en el voto y la primera en la fe. *(Caput Castellæ, camera regia, prima voce et fide);* pero es más, algo más que todo esto. Burgos

es Castilla, Burgos es España, Burgos es la patria.

Que es Castilla, lo dicen los restos de aquella su fortaleza, que en las guerras civiles de la Edad Media todos pugnaban por tomar, pues que con tenerlas se tenía á Castilla; de tal manera, que Don Fernando y Doña Isabel no pudieron considerarse reyes hasta poseerla: alcázar poderoso y tan fuerte, que el hermano del Rey Católico, para expugnarlo, hubo de inventar, ó importar al menos, los rabadoquines, máquinas de guerra hasta entonces en el país desconocidas: castillo formidable, del cual se decía que más era ser en él alcaide que rey en Castilla; mansión real y vivienda de próceres; propugnáculo de la nación castellana, palenque de proezas y escuela de héroes durante cuatro siglos, en cuyo patio de armas se corrieron cañas, y hubo torneos

y zambras, en cuyo templo de la Blanca se celebraron Cortes, y en cuyos salones se festejó con músicas y danzas á la princesa mora, hija del rey de Toledo, que más tarde debía ser la Santa Casilda de nuestras leyendas religiosas, venerada hoy en los altares.

Y dice también que es Castilla, lo que aun existe del palacio de los Condestables, cedido un día en miserable venta, casa vulgarmente llamada del Cordón, que, sobre ser joyero primoroso de arte y de riqueza, es memorial de fastos y sucesos de Castilla, y fué morada suntuosa, en la que sus dueños hospedaban á embajadores, á príncipes y á reyes con todo aquel lujo, y regalo, y liberalidad, y fausto, que eran virtud y carácter en los próceres y magnates castellanos.

Y lo dice, por fin, el arco del siglo XVI que la ciudad levantó á Fernán González,

considerado como libertador de Castilla y restaurador de su independencia, aquel que encauzó los destinos de la patria, político experto y capitán famoso.

Y que es España, lo dicen los recuerdos del Cid, que allí subsisten y flotan en todas partes: en las calles, en los paseos, en los templos, en las casas, en los palacios, en los institutos, en la tierra y en los aires, en los percudidos muros del castillo donde riñó sus primeras armas, en el vivar donde corrió su infancia, en el solar donde tuvo su casa y hoy se alza un monumento á su memoria, y en la iglesia de Santa Gadea, donde, con honrada altivez española, exigió por tres veces á D. Alfonso el juramento de no haber contribuído á la muerte del rey su hermano. Lo dicen las calles tortuosas y las revueltas encrucijadas que hay al rededor de las seculares iglesias de Santa

Águeda y San Esteban, donde aun viven la Edad Media y la España caballeresca, aventurera y cristiana, punto de cita un día de tapadas y embozados, paseo de rondadores galanes por junto á rejas de labrados hierros y verdosos vidrios emplomados, y teatro de cuchilladas y de duelos al pie de la tenue luz que alumbraba la santa imagen en su hornacina enflorada. Lo dicen las cenizas del Cid, el héroe legendario de la Edad Media, y las del Empecinado, el héroe moderno de la libertad y de la independencia, conservadas entrambas con amor, veneración y respeto, por la ciudad insigne. Y lo dicen, también, á voz en grito, las memorias de Isabel la Católica, que allí brotan en todas partes, y la estatua de Carlos III, que, con armadura de la Edad Media, se levanta en la Plaza Mayor, los dos reyes que

más amaron y más pruebas dieron de amor al pueblo hispano.

Y que es, últimamente, la patria, lo dicen, y proclaman, y testifican estos hidalgos hijos de la gleba, honrados labradores de franco y noble porte y de lealtad acrisolada, que cuidan de los graneros de Castilla, y también de España. Lo dicen aquellos sensatos y virtuosos Concejos, cónsules y jurados, guardadores fieles de las libertades y patrias usanzas, firmes mantenedores del derecho procomunal ante las demasías de los reyes y magnates, custodios celosos de la paz y del amor del pueblo. Lo dicen aquellos nobles burgaleses, amantes de sus reyes y defensores de su patria, que jamás sacaban su espada sin razón ni la envainaban sin honra. Lo dice este arco de Santa María, que miramos con deleite, levantado para inmortalizar los nombres de

los integérrimos jueces de Castilla y las glorias del emperador Carlos V, que no fué ya rey de Castilla, sino de España. Lo dice aquel trofeo de las Navas, sea estandarte, dosel ó tapiz, que se custodia en las Huelgas, y que recuerda la batalla en que se unieron castellanos y aragoneses, leoneses y catalanes, cada hueste con su rey al frente, para acabar con el poder de la morisma.

Y lo dice, lo dice, sobre todo, esa portentosa catedral, que es asombro y maravilla del arte, que se nos aparece entre nimbos de luz y aureolas y resplandores de oro y de púrpura, con sus piedras labradas, que son prodigios del cincel; con sus atalayadoras flechas, que parecen formar bosques de agujas cristalizadas; con sus rosetones de colores, que son encanto de los ojos; con sus ventanas ojivales y sus cresterías caireladas; con

sus artísticos ajimeces y sus balconcillos calados; con sus vidrieras decorativas, que es cada una un cuadro; con sus elegantes chapiteles, que es cada uno un bordado; con sus imágenes bajo umbelas flordelisadas en hornacinas y casalicios esculturados; con sus mármoles y sus jaspes, y sus oros y sus bronces, y sus maderas taraceadas y sus relieves estofados; y, al pie de todo esto, esplendorosas sepulturas, donde prelados y magnates, próceres del reino y príncipes de la ciencia, descansan en su sueño de muerte, bajo de arcos ojivales, cubiertas sus urnas cinerarias con rozagantes paños mortuorios, que ostentan, en áureos emblemas ó en cifras entrelazadas, los blasones ó los nombres del difunto: catedral soberana, fábrica prodigiosa, de quien un monarca prepotente decía que «más parecía obra de ángeles que de hombres»;

que se ve de todas partes y que por todas asoma; que se impone á todos y á todo; que todo lo domina; que atrae toda mirada y cautiva toda atención, y parece amparar á Burgos con el artístico manto de su grandeza y majestad; cuyas torres filigranadas se elevan hasta las regiones del cielo para desde allí despedir la voz de sus campanas, que llaman al recogimiento ó á la fiesta, á la oración ó al trabajo, á la vida ó á la muerte, solicitando y reclamando de todos, y á todos recordando, altos y bajos, poderosos y humildes, que allí está, con sus puertas abiertas el diuturno templo, que es la casa de todos; que allí está el altar, donde todos son iguales y donde todos comulgan; y que allí está, con la paz y la fraternidad, con el amor y sin odios, la religión de nuestros mayores; allí, con el arte, con la fe, con la tradi-

ción, con el trabajo y con los sepulcros, la historia de nuestro país y las glorias de nuestras tierras españolas, y allí, allí, allí, la patria, la patria bendita, que es de todos, en cuyo suelo están las tumbas de nuestros padres, y en cuyo cielo arde el sol que alumbró nuestras victorias.

Esta es Burgos, amiga y señora mía, ésta es, sentada á orillas del Arlanzón, que llega, murmurándole glorias y amores, desde les montes apellidados con el nombre catalán de Pineda; ésta es Burgos, que tiene extensas llanuras siempre soleadas, y sombrosas alamedas siempre floridas, por entre las cuales levantan sus cúpulas y sus torres el monasterio de Las Huelgas, tranquilo hogar de monjas cistercienses, mitad religiosas y mitad damas, con pompa de mundo y religión de claustro; la cartuja de Miraflores, que

parece un gran féretro colocado en lo alto de la colina, asemejando blandones funerarios las agujas filigranadas que hay en torno del edificio; San Pedro de Cardeña, donde se aplegan las peregrinas consejas del Cid y de su Jimena; y el monasterio de Fres del Val con todo el duelo y todo el amargor de sus cuitas.

Esta es Burgos, y todavía fué más para mí el día que á ella llegué por vez primera.

Me dirigí, habiendo ya cerrado del todo la noche, al que hoy con asombro se apellida *Hotel de París*, siendo así que antes se envanecía con el nombre más característico, y más burgalés y castellano, de *Fonda* ó *posada de la Rafaela*. Habíame retirado á mi cuarto, y allí, escribiendo mis notas de viaje, esperaba la hora de la cena, y con ella la del reposo, cuando se abrió la puerta, y entrando

una doncella de la posada, que acudía al reparo de mi habitación, gentil burgalesa de gallarda presencia y más gallardos andares, me preguntó con discreto desenfado:

—Señor...

No me dijo ya *señorito*, según es costumbre en Madrid y en otros puntos de Castilla, aun al dirigirse á ancianos más viejos que Matusalén, no: me dijo sencillamente, y como quien no decía nada:

—Señor, ¿se puede ya vestir la cama?

Y al oir á aquella muchacha, que así, con tal garbo y soltura, y con tanto primor de lengua castellana, me dirigía semejante frase, que nunca oí decir de igual manera, académico y todo, estuve tentado á levantarme y á saludarla con respeto, como hubiera podido hacer con una dama de la Reina Católica.

Y nada más por hoy, amiga mía. Creo

que ya basta. En mi próxima carta yo aseguro á usted que, sin más digresiones, entraremos en las ruinas de Fres del Val, y penetraremos en los campos de su historia.

CARTA TERCERA

—

Ruinas de Fres del Val.—Cómo encuentra este monasterio su actual propietaria.—Cómo lo encontró Francisco Jover al comprarlo.—Jover como artista.—Sus obras.—Su desprendimiento.—Sus méritos á la gratitud del país.—Sus sacrificios para restaurar Fres del Val.—Quiénes fueron los amigos y artistas que le ayudaron.—Restauración de la capilla.—Generoso rasgo de un americano.—El claustro procesional.—El claustro de Padilla.—El escudo de España.—Las arañas españolas.

3.ª

15 de Octubre de 1893.

¡Cómo estaban estas ruinas de Fres del Val cuando las vi por vez primera! ¡Cómo estaban cuando llegaron á poder de usted! ¡Qué dolor y qué tristeza, qué desconsuelo y qué lástima!

Y esto que ya, afortunadamente, habían pasado por mano de Francisco Jover, quien, en sus entusiasmos de artista, las adquirió para emprender su restauración y conservarlas.

¡Pobre Jover! Le conocí cuando la época de su esplendor. Venía todas las noches á mi casa, donde se reunían algunos amigos en grata tertulia, y acos-

tumbraba á ir yo frecuentemente á su estudio para conversar con él mientras pintaba. Me atraía su talento, y me encantaba, sobre todo, su laboriosidad, cosa de que estaba yo entonces muy falto, pues fueron tiempos aquellos en que anduve reñido con el trabajo por malaventurada afición, que siempre tuve, á mezclarme en andanzas y bandosidades políticas. El ejemplo de Jover me avergonzó, y esto era precisamente lo que yo necesitaba.

Era un artista de mérito, y, sobre todo, lo era de conciencia y de estudio. No había nacido, como otros, para desordenados atrevimientos y para navegar entre los temporales de las pasiones humanas, que no iba él por el camino de los desboques y de los despeños; pero tenía intuiciones videntes, iniciativas provechosas, y vivía en las magnas serenida-

des del alma. Era maestro en todo lo concerniente al arte. Alcanzó en los certámenes los primeros premios, y subió á las alturas, donde llegan pocos. Tiene cuadros que perpetuarán su gloria: *La Conquista de Orán*, que está en el palacio del Senado; *Colón ante los Reyes Católicos*, que ya recordará usted haber visto en el Museo de Valladolid, y que tuvo medalla de primera clase en la Exposición de 1876; *Los últimos momentos de Felipe II*, que el Gobierno adquirió para el Museo Nacional; *La Corte pontificia*, que obtuvo en Roma medalla de oro, y fué comprado por un particular; *Campesinas besando la mano á un cardenal en la iglesia de Santa María del Pópolo*, adquirido por el rey Amadeo; y muchos otros, como *Los Jugadores, El Trovador, Una pompeyana, El Tratado de Cambray*, é infinitos que están en los salones de los poten-

tados de la América del Sur, donde eran muy solicitadas sus obras.

En las bóvedas de San Francisco *el Grande* se admiran sus grupos de Santas y Santos españoles, y en los salones de la casa Santa Teresa, en Villanueva y Geltrú, existen dos originales suyos, que son dos joyas. El uno es *La Muerte de Nerón*, trazado bajo la impresión que hubo de causarle mi pobre tragedia de este título, y el otro una cabeza, tan admirablemente pintada, que muchos inteligentes la tomaron por obra de un maestro de pasados siglos.

Jover compró las ruinas de Fres del Val, salvándolas de su destrucción, de la postración y del olvido. Y quien á esto le empujó, principalmente, fué su hermano político Enrique Serrano Fatigati, á quien todos conocemos y estimamos por sus estudios y sus escritos, tan exce-

lentes como excelentes son sus prendas, hombre de fe y de amor al arte, excursionista infatigable y estudioso, castellano por origen, y, más que castellano, español por sentimiento y conciencia, positivista por su profesión, su ciencia y su cátedra, pero artista por los vuelos de su inteligencia y los entusiasmos de su alma.

En una de sus excursiones por la vieja Castilla, supo la desgraciada suerte que corría Fres del Val. Pudo ver y contemplar la desventura de aquel monumento, y á su regreso, con todo el calor y todos los arranques de la indignación, hubo de contar lo que sus ojos habían visto y su alma llorado. Excitáronse en Jover, al oirle, los sentimientos del artista, y en uno de esos arrebatos de corazón que sólo tienen los elegidos, él, que no era ni magnate, ni capitalista, sólo un obrero

que vivía modestamente de su trabajo, tomó la resolución de adquirir aquel montón de escombros, que no era entonces otra cosa, y pudo salvar lo que aun quedaba en pie.

Es preciso que usted sepa, amiga mía, que Fres del Val se había vendido, ó contratado como cantera, ¡gran vergüenza y gran deshonra! El que hubo de comprarlo, sólo vió en él un gran acopio de materiales de construcción, y trató de aprovecharlos en seguida, comenzando el derribo de la iglesia y del convento. Rápidamente destejados fueron los techados del cenobio, levantadas las baldosas de los claustros, derribados los altares, rotas las bóvedas, profanadas las sepulturas. La demoledora piqueta iba ciega, destruyéndolo todo con brutal actividad. Mucha parte de piedra fué machacada y vendida para grava de carretera; los si-

llares del templo y del monasterio se llevaron á Burgos, y sirvieron para construir los paredones por entre los cuales pasa el hoy encauzado Arlanzón; las estatuas y las esculturas, allí iban tiradas por los suelos; el magnífico sepulcro de Juan de Padilla, con su estatua orante, que hoy admiran los viajeros en el Museo de Burgos, y aparece descrito y grabado en todas las obras de arte, suntuosa ofrenda mortuoria consagrada por una madre amante al recuerdo de su hijo, y por la Reina Católica al bizarro capitán muerto en combate al pie de los muros de Granada, yacía á trozos por los rincones de aquel devastado santuario, esperando á que viniera cualquier cantero ó mercader á comprar algún trozo de la obra inmortal de Gil de Siloe.

La intervención de Jover llegó á tiempo de salvar el claustro procesional, y

algunos otros restos que aun quedaban. Jover, con sus amores y entusiasmos de poeta y con los del alma que vive en regiones superiores, se enamoró de aquel claustro, de aquella claustra, como en rigor se llamaba, con sus rasgadas fenestras ojivales y sus calados rosetones, que tiene reminiscencias de Poblet, y es una joya del arte. Gracias al artista, que no al magnate, ni al potentado, ni al Gobierno; gracias sólo al artista, aquel claustro se salvó.

Iba Jover allí todos los veranos, y allí reunía en fraternal agrupación á varios amigos, artistas como él la mayor parte, para alojamiento de los cuales reconstruyó algunas celdas entre aquellas ruinas. Se pasaba los inviernos en Madrid trabajando, y todo cuanto ganaba durante la estación cruda, y todos cuantos ahorros conseguía reunir, á costa cierta-

mente de penosos sacrificios, todo, al llegar el buen tiempo, golondrina amante, iba á emplearlo en su nido de Fres del Val, acudiendo solícito á la reconstitución de aquel monumento, con el apoyo y el consejo de aquellos sus buenos amigos que le acompañaban, ayudándole en su verdadera campaña restauradora.

Desapareció el enorme montón de escombros coronados de maleza que invadía el claustro, en el cual las filtraciones habían dejado ruinosos varios arcos, y aparecieron, de nuevo, á la luz y á la vida, los elegantes ajimeces del gótico florido y las airosas ojivas treboladas. Brigadas de obreros, dirigidas por el ilustre patricio, limpiaron de escombros el monasterio, juntaron las paredes reforzadas, fortalecieron los sitios ruinosos, y repusieron todas las techumbres, cerrando el

paso á las aguas y á las nieves. Desde aquel momento, Fres del Val fué objeto predilecto de las ilusiones de aquel su entusiasta amador, quien resolvió embellecerlo, pintando con sus amigos la escalera, las paredes del claustro y la capilla. Para ello destinó el monasterio á estancia veraniega de los huéspedes por él invitados, y, al efecto, llevó á cabo costosos dispendios, embaldosando el claustro, preparando sus paredes para pintarlas al fresco, rehaciendo y amueblando las celdas, cocina y refectorio de la casa conventual, la que se dejó habitable en una buena parte.

Y estando enzarzados en estos trabajos, más de una vez les ocurrió á aquellos jóvenes y campantes compañeros, acostumbrados al perezoso conforte de los salones madrileños, abandonar presurosamente el pincel, el buril, el cincel ó el

lápiz con que divertían sus ocios, para confundirse con los peones trabajadores, y con ellos levantar un andamiaje, componer un techo, remover pedruscos, transitar por peligrosas galerías ó resbaladizas pendientes, siendo todo útil, provechoso y bueno para aquella selecta mesnada; y así soltaba uno la paleta del pintor para coger la del albañil ó la escobilla del enjalbegador, como otro el cincel para empuñar el martillo del carpintero; que todo era para mayor gloria del arte y para contribuir á su obra santa.

No quiero, ni debo, dejar aquí en olvido los nombres de los camaradas de Jover en aquella su meritoria tarea. Considero conveniente que usted los conozca, y le citaré los de aquellos que han llegado á mi noticia.

Allá estaban con él y le ayudaban, Enrique Serrano, que había sido el San

Juan Bautista precursor de aquella restauración: Manuel Crespo, el discípulo querido y el amigo cariñoso de Jover, de quien ya conoce usted varias notables obras, y, singularmente, su bellísimo cuadro de estudio, que representa una escena del poema dramático *Los Pirineos:* Isidro Gil, cuyos primores de lápiz son tan justamente celebrados, autor del hermoso cuadro *Fernán González y la independencia de Castilla*, que existe en el Consistorio de Burgos; y Evaristo Barrio su camarada, pintor de mérito y autor del otro notable lienzo, que se admira, también, en el mismo Consistorio, representando un legendario pasaje de las mocedades del Cid: Eugenio Álvarez Dumont y su hermano César, que supieron conquistarse un nombre y formarse una reputación tan envidiable como merecida: Antonio Alsina, escultor de genio y de

original y robusta inspiración: Rodriguez Carracido, el ateneísta, el orador simpático y afluente, cuyas oraciones son un encanto y sus libros un modelo: Ángel Stor, publicista y pensador profundo; y otros, y otros, entre los cuales sería injusto olvidar al grabador insigne Don Joaquín Pi y Margall, hermano del célebre repúblico, y á José Cebrián, Enrique Recio, Vicente Poleró, Manuel Ramírez, y Joaquín Pujol, todos entusiastas, de renombre y fama.

Casi todos ellos dejaron un recuerdo en Fres del Val.

En la bóveda de la escalera, al pie de la cual existe hoy, oculta y poco menos que enterrada, la puerta plateresca que comunicaba con el claustro llamado de Padilla, Francisco Jover pintó al óleo un cuadro con la alegoría de la Paz, Alvarez Dumont el de la alegoría de la

Guerra, y Manuel Crespo los lienzos en que figuran la Victoria y la Gloria.

El escultor Alsina labró y esculpió varias gárgolas preciosas. Una representa á *Mefistófeles*, y otra á *Margarita*. Otra figura un fraile, á cuyo rostro se ha colgado un gato que en él clava sus uñas, obligándole á abrir desmesuradamente la boca en ademán de dar voces. Otras dos son un grifo y un guerrero. Por cierto que al colocar esta última, se encerró debajo de ella una caja de plomo que contenía un acta, en que constaba la obra emprendida, acta redactada por Serrano Fatigati y subscrita por todos los que estaban presentes aquel día.

Esta colonia de artistas detuvo la obra destruyente y comenzó la restauradora. Ella por sí sola, colmena laboriosa, hubiera acabado por restablecer aquel monumento y poblar aquellas ruinas. Aque-

lla agrupación de jóvenes ilustres, dirigida por Jover, venidos de todas partes de España, de Aragón, de Castilla, de Cataluña, de Valencia, de las provincias vascas, de Andalucía, hubiera hecho en pocos años lo que sólo en muchos, y con muchos recursos, tienen el poder de realizar los magnates y los príncipes.

Para el verano de 1890 estaban citados, y comprometidos á pintar los claustros, Villegas y Joaquín Sorolla, y habían ofrecido su concurso, Amérigo, Luna y Novicio, Gessa, Borrás, y Martínez del Rincón, todos de reputación y nombradía.

Por desgracia, Jover murió y...

Pero olvidaba un detalle, que no sólo es pertinente, sino que hubiera sido injusticia y grave yerro olvidar.

¿Recuerda usted ¿cómo no? aquella capilla, única que resta del antiguo templo,

á izquierda de su portal, en medio de tanto estrago de escombros, bajo aquellos dos cimbreantes arcos que da espanto mirar al ver cómo se lanzan por los aires, atrevidos, solos, desnudos, despojados de toda bóveda y todo amparo, sostenidos, únicamente, por sus puntos de arranque, y amenazando desplomarse sobre los que penetran en aquel recinto?

Ya usted recuerda, y ha visto, que Jover comenzó á pintar al fresco los muros de esta capilla, para lo cual tenía preparados cuatro bellísimos bocetos, intentando reproducir en todos sus detalles, y con primores alegóricos, la muerte de San Juan Bautista. ¡Gran dolor que aquella obra de arte quedase interrumpida, pues que la inspiración y valentía de sus comienzos dan clara idea del mérito y alteza que hubiera tenido en su conclusión!

Si mal no recuerdo, usted me dijo que pensaba restaurar esta capilla, respetando la obra comenzada. Alegrárame mucho de que esta fuese su intención, y que su proyecto se realizase, pudiendo contar con el aplauso y los plácemes de todos. Y no solamente por ser noble y patriótica la idea de usted, sino, también, porque, concluyéndola, habrá usted realizado por intuición, y sin saberlo ni pensarlo, secretos votos del malogrado artista y sus pensamientos íntimos, dando así paz á sus manes y honor á su memoria.

Jover reconstruía y restauraba la capilla en recuerdo y tributo de un ilustre americano.

Y diré á usted por qué.

Acababa Jover de comprar lo que fué monasterio de Fres del Val, y andaba precisamente en los apuros de la restauración, muy atareado, y, también, muy

preocupado, con los comienzos y arreglos de obra tan magna. En esta ocasión, se le presentó, para darle el encargo de un cuadro, un personaje americano, quien pudo enterarse de aquella calaverada artística, y se prendó de aquel hombre que, sin más recursos que los de su trabajo, se había lanzado á la aventura de comprar unas ruinas y al empeño de restaurar tan monumental fábrica.

Plúgole aquel arranque, y, como era hombre opulento, hubo de hacer alguna generosa oferta, que el propietario agradeció, pero no aceptó, deseoso de emprender y continuar la obra con sus propios recursos y no con los ajenos. Orgullo de artista, que suele no ser el de los demás.

Despidióse el americano, y marchó á su patria. Llegado á ella, escribió al pintor diciéndole que como su nombre estaba allí en boga y en olor de santidad artís-

tica, le encomendaba que fuese mandando cuadros, los cuales él se encargaría de colocar y vender. Y acaeció que cuantos cuadros se remitían, eran en el acto vendidos, no por la cantidad que fijaba su autor, sino por sumas muy superiores, evidente y delicada manera de ayudar á la obra tan patrióticamente emprendida.

Fué entonces que Jover, en honor de D. Juan Bautista Peña, que este es el nombre de tan hidalgo americano, comenzó la capilla bajo la advocación de San Juan Bautista, decidiendo emplear en la obra las sumas de aumento que recibía por sus cuadros.

Esta es la historia.

Iba á decir antes que Jover murió, por malaventura, á lo mejor de su empresa. Todo quedó entonces interrumpido y paralizado, y acaso iba todo á desaparecer y á quedar de nuevo en mayor desola-

ción y ruina, cuando se presentó usted á adquirirlo, comprando aquellos restos.

Fres del Val está salvado.

¡Ah! ¡Si así como adquirió usted el claustro procesional, hubiese adquirido las ruinas del llamado claustro de Padilla! Ya sé que no es suya la culpa; pero es de esperar, al menos, que pues sus vecinos no quisieron traspasarle ó vender estas pobres ruinas, su ejemplo de usted, ya que no el de Jover, les sirva para que, por su parte, restauren y conserven lo que dejan en olvido y... perdónenme que cariñosamente se lo diga, en criminal abandono. Hace unos años, cuando estuve allí por vez primera, todavía el claustro de Padilla estaba entero, con sus cuatro galerías. Hoy, ya dos de ellas viniéronse abajo, amenazando desplomarse muy pronto las otras; y allá ruedan por los suelos sus columnas á trozos,

sus arcos rotos, las esculturas mutiladas, los balaustres, capiteles, blasones y escudos de nobilísimas familias hechos pedazos, todo allí revuelto en confusión y amontonado, junto al que fué zaguán del convento, actualmente convertido en miserable establo de vacas, establo por cierto y muladar que tiene la gloria sin igual de verse presidido por un grandioso, escultural y magnífico escudo de España, con el Toisón y las columnas de Hércules, que allí está desde que hubo, sin duda, de colocarse en aquel sitio, con objeto de indicar que aquella era la casa escogida por Carlos V para su retiro.

Cuando estuve allí un día, al arrimar la escalera y enarbolar unos candiles para ver aquella preciosa esculturada obra de arte, sumergida en tinieblas desde que se tapió la puerta del convento, observé que el escudo desaparecía

casi bajo un tupido velo de colgantes telas allí tendidas, y tejidas, por solitarias arañas en su laborío de continuados años. Un mozo diligente, de esos para quienes no rige el *point de zele*, acudió presuroso á desembarazar de estorbos el escudo y á limpiarlo con un paño, á fin de que pudiese examinarse con entera libertad. Pesóme de ello.

Y me pesó, porque aquellas arañas inteligentes y laboriosas, que bien pudieran llamarse arañas españolas y patricias, hicieron algo de lo que el hombre debía haber hecho, y cubrieron con un velo aquel menospreciado blasón, como en señal de luto, según era antigua costumbre en regiones castellanas, donde las casas en duelo enlutaban el escudo de sus fachadas.

Y no podía estar más en duelo ni más de luto aquel hermoso monumento de

Fres del Val, viendo sus alhajas derramadas por los suelos y el grandioso escudo de Carlos V abandonado en aquel muladar, para presidir tanto estrago y tanta desventura.

Sigan sus vecinos de usted los Sres. de Puente, que sí la seguirán, la senda por usted trazada, si quieren merecer bien de sus conciudadanos y de la patria; y sirva de ejemplo el noble alarde de una dama forastera, que teniendo sus intereses, sus haciendas y su morada en tierras de Cataluña, se viene á Castilla, donde no tiene intereses ni familia, y donde no posee un solo palmo de tierra, sólo por restaurar y conservar el monumento burgalés que Carlos V había elegido para su retiro, antes que prescripciones médicas, ó razones de otra índole, le aconsejaran el de Yuste.

CARTA CUARTA

—

Proyecto de trasladar á Cataluña el claustro de Fres del Val.—Restauración que piensa llevar á cabo su actual propietaria.—Excursiones que pueden hacerse desde Fres del Val.—La ciudad de Burgos.—La cartuja de Miraflores.—El monasterio de las Huelgas.—San Pedro de Cardeña.—La leyenda del Cid muerto.—Covarrubias y recuerdos de Fernán González.—El torreón de doña Urraca.—San Pedro de Arlanza y la tumba de Mudarra.—Las ruinas de Clunia.—Santo Domingo de Silos.— La cueva de Atapuerca.—La cantera de Ontoria.—Aranda y Peñaranda de Duero.—Los castillos de la comarca.—Briviesca.—San Salvador de Oña.—La varona castellana.—El vivar del Cid.—El hospital del Rey.—Castrojeriz.—Idea general.

4.ª

19 de Octubre de 1893.

Al adquirir usted el magnífico claustro de Fres del Val, me permití indicarle la idea de que, acaso, pudiera trasladarse aquel monumento á Cataluña, situándolo en la cumbre del monte *Tibi dabo*, donde tiene usted una de sus posesiones. Parecíame que este proyecto era perfectamente realizable, y que habría grandeza para usted sólo en intentarlo.

Allí, coronando el *Tibi dabo*, que es el monte de las leyendas; dominando el Mediterráneo, que es el mar de los latinos; apareciendo ante toda Barcelona, que es la ciudad de los grandes recuerdos, y asomando por encima de aquel llano,

que es vivar donde la industria y el trabajo alzaron y custodian sus laboriosos renuevos, ¡qué hermoso, qué grande hubiera sido, ver aparecer y levantarse el claustro burgalés, tan rico por sus bellezas artísticas y tanto por los arreboles de su historia!

No hubo de arredrarse ciertamente, bien lo sé, ante la cuantiosa suma que requería semejante traslado, parvedad para usted y minucia solamente. Paróse, sí, ante la idea de no arrancar á Burgos una de sus joyas. En tierra burgalesa se había levantado. Justo era que siguiese en tierras castellanas lo que varones castellanos labraron para honor y timbre de su patria.

Obró usted así con más discreción de la que hubo en mi consejo. Tengo la seguridad de que la noble Burgos se lo ha de agradecer.

Es patriótico, señora mía, y es español, dejar este monumento en Castilla, que todo lo que es de una comarca, á ella pertenece; es de alma selecta acudir á su reparo; y es de dama principal y generosa levantar, ya por el pronto, en estas ruinas, cómodas y espaciosas celdas para albergue de todos aquellos, amigos, literatos, artistas, personajes, á quienes quiera brindar hidalga hospitalidad durante los abrasadores días del verano, que tan gratos son y deliciosos en comarcas burgalesas.

Y en verdad que no puede ofrecerse mansión más agradable, ni hospitalidad más atrayente, ni sitio más encantador, ni centro más propio para regocijos de soledad y para deleites de excursión.

Quien sea excursionista, estará allí en su elemento. Son infinitas, y todas privilegiadas, las expediciones que desde

Fres del Val pueden y deben hacerse.

Acaso no existe sitio parecido, que en más reducido campo, ofrezca tanto que ver y que admirar; ni mayor golpe de monumentos artísticos más agrupados y cercanos, ni mejor aglomeración de recuerdos históricos más vivos, ni serie igual de interesantes excursiones que realizarse puedan con más facilidad y agrado.

El expedicionario tiene allí á mano cuanto pueda ser apetito y también satisfacción de su deseo.

No hablemos ya de Burgos, que está á un paso, ciudad y cabeza, historia viva de Castilla, alcázar de honor y gloria, donde tienen mucho que admirar, que estudiar y que aprender, el artista en sus monumentos, el historiador en sus crónicas y anales, el novelista en sus tradiciones y leyendas, el literato en sus có-

dices, el legislador en sus autos de Cortes, y el político en el sabio instituto y honrada administración de sus municipios.

Tocando á Fres del Val está la cartuja de Miraflores, aquella que por su configuración, según creo haber ya dicho anteriormente, y por la hilera de agujas que circunda el edificio, parece un gran sepulcro rodeado de blandones funerarios, cosa que su constructor Juan de Colonia debió tener seguramente en cuenta, sabiendo que, al labrar aquella fábrica, labraba el mausoleo de los que allí iban á retirarse del mundo, sujetos á la práctica del severo instituto de San Bruno.

Se levanta la cartuja en un cerro y en medio de ancho parque, que se extiende en sombrosas y soberbias alamedas por las orillas del Arlanzón. Comenzó á construirla Juan II, pero la obra hubo de

quedar interrumpida hasta que ordenó continuarla doña Isabel *la Católica*, á quien, realmente, puede llamarse su fundadora, con el piadoso objeto de erigir en ella el sepulcro de su padre.

Hay en este monasterio mucho en que embelesarse y de que asombrarse, figurando entre ello las sillerías de los dos coros de monjes y de legos; la silla del preste ó del prior, como la llaman, que encanta por su gallardía, elevación y esbeltez; el retablo del altar mayor; el arco sepulcral que guarda las cenizas del infante D. Alfonso, hermano de doña Isabel, aquel que fué rey de los rebeldes cuando Enrique IV; la sorprendente efigie de San Bruno, obra maestra del escultor Pereira; y el luminoso sepulcro de alabastro mandado erigir por la reina Católica, obra admirable de Gil de Síloe, en donde descansan el rey D. Juan II,

y su esposa doña Isabel de Portugal, con sus estatuas yacentes, monumento primoroso y tan bello, de labor tan exquisita y de tanto lujo y bordado de piedra, con tan galanos y resplandecientes adornos, que más parece tálamo nupcial que túmulo de muerte.

Á cortísima distancia de la cartuja de Miraflores, inmediato á Burgos, se eleva el real monasterio de las Huelgas, Santa María la Real de las Huelgas, según se titula en añejas escrituras. En otros tiempos la abadesa de este monasterio, de la orden del Cister, era señora de más de sesenta pueblos, tenía jurisdicción canónica y civil, todas las facultades de los obispos, todas las potestades de la justicia, y, después del rey, no había en Castilla quien contara más vasallos. Reinas, princesas, damas de la primera nobleza, fueron sus monjas, que allí vivían con

fausto y con holgura, cada una independiente en su apartamento, con freiras y doncellas á su servicio, de modo que bien pudiera decirse que gozaban, á un tiempo, de la vida del claustro y de la del mundo.

En sus claustros, en sus capillas, en sus galerías, bajo sus arcos y sus naves, hay riquezas de gran valía, obras de arte superiores, recuerdos históricos de precio y objetos de valor, y, dentro ya de la clausura, bajo la custodia de aquellas damas, los sepulcros esculturados de cuatro reyes, de cinco reinas y muchos de príncipes y de infantas.

Á no gran distancia de Fres del Val está el monasterio de San Pedro de Cardeña, hasta hace muy poco tiempo solitario, desierto, abandonado, perdido allá, en un triste rincón de Castilla. Fué glorioso en nuestras crónicas, nombrado en nuestras leyendas, célebre en nuestros

romances, famoso en nuestras memorias, sobre todo por las que del Cid conserva. Allí vi un día el desierto y anchuroso patio de ingreso lleno de hierbas, nacidas en la soledad del abandono; allí la torre, sirviendo de palomar al cura párroco del vecino pueblo; allí el templo ojival de tres naves, de muros desnudos, de capillas viudas, de retablos desprendidos, de altos ventanales abiertos á la luz, al aire y á la lluvia. Allí está el altar en que el Cid oyó de hinojos, con las primeras luces del alba, su postrera misa en los dominios de Castilla, de donde salía arrojado; allí la capilla de los *Mártires*, en recuerdo de los cenobitas que fueron degollados por los moros en un asalto del convento; allí la capilla de los *Héroes*, donde estuvieron, y todavía están, los sepulcros del Cid y de su Jimena, aunque sin sus cenizas, traslada-

das á Burgos, y los de los Díaz y los Láinez, y los de reyes, príncipes, jueces de Castilla, prelados, magnates y damas que se agrupaban en corte de muertos al rededor del héroe legendario; y allí, por fin, la robusta figura en piedra del Campeador, armado de todas armas, con su poblada y luenga barba tradicional, y con la diestra sobre la cruz de su famosa *tizona*, como recuerdo de aquel día, narrado por la leyenda y la fábula, en que, estando el cadáver del Cid sentado en un escaño junto al altar, no pareciendo muerto sino vivo, se adelantó un judío á tirarle de la barba, y, antes que tal hiciera, el Campeador empuñó su tizona y sacó de la vaina el acero, con lo cual el judío cayó aterrado de hinojos, y se convirtió, haciéndose monje, con nombre de Diego Gil, en aquella santa casa.

Y otras excursiones pueden hacerse desde Fres del Val.

La histórica Covarrubias espera al viajero para enseñarle su rica colegiata con su magnífico claustro ojival, y familiarizarle con las gestas del conde Fernán González, otro de nuestros héroes legendarios. Llena está de sus memorias Covarrubias. Conserva los vestigios del que fué palacio y alcázar del libertador de Castilla, con el llamado *Torreón de doña Urraca*, en que supone la leyenda que por pecado de amores murió emparedada la reina de aquel nombre, y guarda en gran veneración las cenizas del conde y de su esposa doña Sancha en opulentos sarcófagos, que no falta quien los crea sepulcros romanos, procedentes de las ruinas de la vieja Clunia, otra excursión que merece hacerse para visitar los restos de aquella ciudad arévaca, célebre

por sus templos y teatros, morada de Servio Sulpicio Galba cuando recibió la noticia de haber sido elegido emperador á la muerte de Nerón, y que todavía era ciudad importante al ser devastada por Abd-er-Rahman III, en una de sus correrías por Castilla.

Próximamente á legua y media de Covarrubias, y á orillas del río que le da nombre, están las ruinas de San Pedro de Arlanza, otro de los monumentos de resonante memoria, enlazada con la del héroe castellano Fernán González, y otro también de nuestros padrones de ignominia, destruído por el abandono inicuo en que se le tuvo. La desolación y el estrago se aposentaron en este famoso monasterio de noble historia, del cual todavía se ven preciosos restos sobre los cuales flotan peregrinas leyendas, á que dieron realce las fábulas y consejas

agrupándose, principalmente, en torno de la tumba que se supone ser la de Mudarra, el de los siete infantes de Lara. Hay que apresurarse á visitar San Pedro de Árlanza, que está próximo á desaparecer, aun cuando sea, que no recuerdo si lo es, declarado monumento nacional, como tantos otros que lo son y que, no obstante serlo, y, precisamente por serlo, van poco á poco cayendo, desmoronándose y desvaneciéndose como un sueño.

Hay que hacer asimismo la expedición á Santo Domingo de Silos y á las citadas ruinas de Clunia, donde un alma selecta, varón de levantado espíritu, y paisano nuestro, piensa hacer excavaciones, que serán sin duda de provechoso resultado para las ciencias históricas.

Del cenobio de Silos fué abad el santo que le dejó su nombre, y en su claustro

está, descansando sobre las rendidas cabezas de tres leones, la losa-cenotafio con la estatua yacente, que cerraba un día su sepulcro. Ya en este renombrado cenobio, por fortuna, los ojos del excursionista no pasearán por escombros y despojos, sino que, por lo contrario, podrán recrearse en maravillosas obras de arte, al cruzar su bellísimo claustro románico de dobles capiteles, y su templo, joya de aquellas comarcas burgalesas, custodiada hoy y conservada por una comunidad religiosa, procedente de Francia, á quien el gobierno cedió el edificio.

El excursionista que sea amante de las maravillas de la naturaleza, tiene también sus sitios que recorrer.

Allí está esperándole la cantera de Ontaria, donde se halla esa piedra tan propia para la labor y tan codiciada por los escultores, de la cual salieron los borda-

dos y filigranas de la catedral de Burgos; y allí se encontrará, convidando y atrayendo al amador de bellezas naturales, la *cueva de Atapuerca*, de la cual se cuentan maravillas. Hay que llevar hachas y bengalas para iluminar su interior, y dicen que asombra por lo portentosa. Es la nave de una gran catedral, con descendentes estalactitas y ascendentes estalagmitas que se buscan, en la obscuridad de aquella noche eterna, para unirse en amante beso y en cópula nupcial, y formar luego en el espacio columnas y pilares con que sostener bóvedas y cresterías, caladas cornisas y lujosos capiteles, todo labrado por la naturaleza, allí, en las entrañas de la tierra, para desesperación y envidia del mejor artífice.

Pero no tardará el expedicionario en volver á sus excursiones anteriores solicitado por el imán de la historia, por

la atracción del arte, por el amor de las ruinas, que también tienen éstas sus amores y sus encantos, ávido de esos goces y de esas impresiones que sólo se reciben al visitar los grandes monumentos de la crónica, de la gloria, de la tradición y de la leyenda.

Y entonces, allí tiene donde escoger, á más de lo mucho y selecto que haya ya visto; que en aquel pedazo de tierra castellana parece haberse reunido, por circunstancias especiales y acuerdo providencial, mucho de lo que tiene de más culminante la patria en aparatos y manifestaciones de arte, de religión y de historia.

Allí aguardan al expedicionario, para desplegar ante él sus pompas y riquezas, Peñaranda de Duero, arrebozada en el manto de sus alcázares y palacios de magnates; Aranda presentando su tem-

plo y las memorias de la abanderizadora familia de los Lara, eclipsadas por las de los Reyes Cotólicos, que tantas veces estuvieron en aquella villa, no sin dejar imborrables huellas de su paso; Lerma, envanecida con los restos palatinos del turbulento Gómez Sandoval y con la estatua orante, en bronce, del cardenal duque de Lerma, obra de Pompeyo Leoni; los castillos de Olmillos y Coruña del Conde, y otros cien castillos de añoradas historias, que por encima de los riscos asoman su descarnado esqueleto, saliendo de entre sus escombros; Briviesca la linajuda, orgullosa por haber servido de modelo y planta para la villa de Santa Fe frente á Granada, y abatida al ver el palacio de sus Cortes convertido hoy en granero; y sobre todo, y muy especialmente, el monasterio de San Salvador de Oña, panteón de soberanos y de

príncipes, que allí yacen en torno del rey D. Sancho Abarca, con su templo resplandeciente de joyas artísticas, en el que, por acaso providencial, aparecen juntos los escudos de Castilla y de León unidos á los de Aragón y Navarra, y con su hermosísimo claustro, donde está la tumba de la *muy ilustre y valerosa capitana María Pérez de Villanañe, conquistadora de reinos y provincias, llamada la Varona castellana*, dama ilustre que en los primeros tiempos de Castilla llevó á cabo singulares empresas, entre ellas la muy gloriosa del asalto y toma del castillo de Dueñas, y la no menos hazañosa de su combate, brazo á brazo y cuerpo á cuerpo, con el monarca aragonés D. Alfonso I, apellidado *el Batallador* por las historias.

Todo esto, y mucho más que no digo, puede visitarse teniendo á Fres del Val como centro y punto de partida y de re-

greso. ¿Qué mejor hospitalidad, ni más apetecida, puede ofrecer una dama ilustre á sus huéspedes amigos, que la de darles por casa el monumento de Fres del Val, y la de ponerles en el camino y al alcance de visitar tanta grandeza, abriéndoles de par en par la puerta de los recuerdos y los espacios anchurosos del arte y de la historia?

Así pone á su disposición lo que con más amor deseaba el gran poeta: un libro y un amigo. Así les ofrece el restaurado hogar de los Manrique y los Padilla, y en él la amistad cariñosa que les invita y brinda con limpia y abastada mesa y con modesta pero histórica vivienda. Y así les entrega abierto el libro de las patrias recordanzas, libro en que han de hallar, para consolador deporte de su espíritu, las enseñanzas de la historia, los merecimientos del honor, las proezas

del patriotismo, las maravillas del arte, los prodigios del trabajo, las celistias de la religión, los milagros de la fe, los heroísmos de la virtud, los nimbos de la gloria y las majestades de la patria, todo lo que levanta y glorifica al hombre, todo lo que eleva y dignifica el alma.

Todo esto podrá enseñar á sus huéspedes, con el libro abierto ante sus ojos.

Y páginas son de este libro, la ciudad de *Burgos* con todas sus magnitudes; el *Vivar del Cid*, que dormita soñoliento en una soleada llanura, á corta distancia del erguido castillo de Sota Palacios, próximo á Fres del Val: el *Hospital del Rey*, fábrica soberbía, fundación de monarcas, bajo cuyo arco bizantino, que da sombra á la puerta escultural de la iglesia, se agruparon un día los romeros de todas las naciones, que iban en peregrinación al sepulcro de Santiago: *las Huel-*

gas, á manera de heraldo que se destaca y avanza para pregonar las gestas de tantos soberanos y tantos potentados como allí duermen su sueño eterno: *Miraflores*, al rededor de cuyas agujas deben discurrir entre las nieblas nocturnas las vagueantes sombras de Juan II, de Enrique IV y de Isabel *la Católica*, que si fué reina gloriosa en los anales históricos, reina santa debe ser en los fastos religiosos: *San Pedro de Cardeña*, mansión solitaria, ensoñorada con las memorias del héroe tradicional: *Covarrubias* y *Arlanza*, paramentadas con las vetustas dalmáticas y enmohecidas armaduras del tiempo de Fernán González: *Castrojeriz*, la ciudad fundada por el godo Sigerico para placer y orgullo de su dama: *Aranda* y *Peñaranda de Duero*, míseras viudas, que con el relato de glorias pasadas divierten tristezas presentes; *Clunia Sul-*

picia, que, devastada por los árabes, redivive en sus mismos lares solariegos por amores y apetitos de escudriñantes arqueólogos; *Sasamón*, la *Segisamum* de los romanos, que vive en su sepulcro, ciudad yacente sobre sus ruinas soterradas; *Briviesca*, á quien sus reyes hicieron prepotente, y sus Cortes noble, y Casilda la mora, santa; la abadía de *San Quirce*, monumento románico del siglo décimo, al que acuden en romería codiciosos anticuarios; *San Salvador de Oña*, con sus túmulos reales y su Varona castellana; los castillos de *Sota Palacios*, de *Olmillos*, de *Aranda*, de *Peñaranda*, de *Olmos albos*, de *Coruña del Conde*, de *Medina de Pomar*, archivo y memorial de cosas que pasaron; y tantos y tantos otros, todo con los alardes de sus grandezas, las excelsitudes de sus fábricas ó las tristezas de sus ruinas, que todo esto es la

tierra burgalesa, todo esto lo que pudiera llamarse la zona histórica de Burgos, y, aun mejor, el sagrario de Castilla, y es, también, todo esto, lo que no supimos conservar y lo que hoy dejamos perecer, y caer, y hundirse, para oprobio de nuestro nombre, con ultraje de la historia y con mengua de la patria.

CARTA QUINTA

Observaciones de actualidad.—La villa de Gamonal.—De qué proviene el nombre de Fres del Val.—Los antiguos escribían Frex.—Qué significa FREX *en catalán.—Vocablos catalanes en Castilla.—Banda y Pineda.—Por qué se encuentra en Castilla tanta voz catalana.—Los cantos lemosines.—Notable cita de Solís.—Autores que han hablado de Fres del Val.—La antigua ermita.—Juan el labrador.—Fundación del monasterio por D. Gómez Manrique.—Los monjes de Guadalupe.—La familia de Padilla.—El sepulcro de los Manrique.—El de Juan de Padilla.—Deseos que Carlos V tuvo de retirarse á este monasterio, y por qué no lo efectuó.—Los franceses en Fres del Val.—La Biblioteca.—Algo más sobre el castillo de Burgos y la casa del Cordón.—Versos de José Velarde.—Conclusión.*

5.ª

28 de Octubre de 1893.

Por fin en esta mi carta de hoy, amiga y señora, entraremos en la historia antigua de Fres del Val. Ya era hora de que llegásemos.

Debiéramos haber comenzado por ella, ya lo sé, como sé también que así, de seguro, lo pensará usted, aun cuando no se atreva á decírmelo; pero tales son las cosas del día, y tales van las corrientes que nos arrastran. Hoy dejamos siempre para lo último lo que debiera ser lo primero. Ahí está sinó lo de Melilla, con que tanto nos abruma la prensa periódica en estos momentos. Ha treinta

años que podríamos tener construída la fortaleza, que hoy sólo levantaremos á costa de nuestra sangre. Vamos á concluir por donde debíamos haber comenzado, sin reparar que por el camino de *después* sólo se llega al pueblo de *nunca*.

En cuanto á la historia de Fres del Val, que es lo que á usted importa, voy á contársela. Es breve, y es sencilla.

No tiene la resonancia de la de otros institutos de su índole y clase, y su origen no se envuelve, como otros, en las atrayentes nebulosidades de leyendas, tradiciones y consejas, que tanto realce y color les comunican. La casa religiosa de que nos ocupamos, tuvo origen conocido, vivió vida sana, modesta y apacible. Parecía haberse ido á refugiar en aquel rincón de Castilla para ser más cenobio, para estar más recogida y reco-

leta, para encontrarse más sola, para vivir más olvidada.

Se halla á seis kilómetros de Burgos, y á muy corta distancia del pueblo de Villatoro, en la comarca ó región burgalesa llamada Gamonal, que toma nombre del pueblo así apellidado. ¡Qué infeliz pueblo el de Gamonal, ó, mejor dicho, qué infeliz suerte la suya!

En antigüedad remota debió alcanzar poder y nombradía, hasta el punto de querer rivalizar con Burgos, pues consta en documentos fehacientes que, allá por el siglo XI, se pensó situar en él la sede episcopal, para lo que las infantas de Castilla doña Urraca y doña Elvira, hijas de Fernando I *el Magno*, cedieron sus palacios y una iglesia, á sus expensas construída; y en nuestros tiempos, á principios de este siglo, hubo de pasar por la tristeza de ver cómo en sus

campos era derrotado por el francés el ejército español, allí enviado para resistir á los invasores de la patria.

Según la opinión más común, Fres del Val quiere decir *fresno del valle*. Y hay que advertir, por lo que luego indicaré á usted, que en documentos antiguos, cercanos á la fundación de este cenobio, se escribía *Frex* del Val. Hoy la *x* se ha sustituído por la *s*. También algunos reducen sus tres palabras á una sola, y lo llaman *Fresdelval*. Hay quien cree que puede provenir de *freires* del val, es decir, hermanos, frailes del valle, y no falta quien supone que su nombre procede de fresno del valle.

La primera opinión es indudablemente la que acierta, sin que valga decir, como aseveran algunos, que no hay ningún fresno por aquellas cercanías. Pudieron existir, si hoy no existen.

Pero no, los hay, y allí, lozanos y frondosos, puede verlos el que visite las ruinas.

Y á más, voy á decir algo que no sé que haya dicho nadie.

Frex, escrito con *x*, es el nombre que se da á Fres del Val en antiguos documentos. Pues bien, Frex, con *x*, es *fresno* en catalán, como usted sabe.

Al llegar á este punto, si alguien, á más de usted recoge estas líneas, ya sé yo que exclamará en seguida:—«¡Ah! Ya tenemos aquí al catalán. Mire usted que es empresa de ese santo varón la de querer encontrar nombres catalanes nada menos que en el mismo riñón de Castilla.»

Y á esto, yo podré contestar muy campechanamente:—«Claro que sí, los busco en el riñón, y en el corazón de Castilla. Los busco, y, lo que es más, los encuentro.»

Frex del Val, así escrito, es Fresno del Valle en catalán.

Pero, ¿cómo puede ser eso? me dirán. ¿Cómo y por dónde pudo venir aquí esa voz catalana?

¿Cómo? Como vinieron otras. Las de *banda* y de *pineda*, por ejemplo. Y cito estas dos, en medio de centenares de vocablos catalanes que usan los clásicos castellanos, porque estas dos las oí repetir muchas veces durante los breves días que estuve en Burgos. *Banda* en el sentido de *lado*, es decir *de la banda de acá del río*, *de la banda de allá del monte*, que es como se usa en Cataluña; y *pineda*, es decir, la sierra de Pineda, donde nace el Arlanzón y hay extensos pinares, *pinedas*, según decimos en catalán, y según me regocijé de oir que se decía en Burgos.

Así es cómo vinieron á Burgos estas

y otras voces catalanas: viniendo. Pero ¿por dónde vinieron?

¿Por dónde? Pues por la puerta del Pirineo, que es por la que entraron los trovadores y poetas lemosines que venían aquí á ser consejeros y ministros de los reyes de Castilla, como el trovador Bonifacio Calvo lo fué de Alfonso X *el Sabio.* Los romeros que iban en peregrinación á Santiago, llegaban cantando himnos lemosines, y muchos cantares en esta dulce lengua debió oir y repercutir el arco bizantino que da sombra á la iglesia del Hospital del Rey. Los poetas, y no fueron pocos ciertamente, á quienes hospedó la corte de Castilla, en lemosín dirigían sus trovas y serventesios á damas, reyes y magnates, los cuales entonces entendían todos el lemosín, precisamente al revés de lo que ahora sucede.

Bien pudo ser que dejasen en Castilla

muchas palabras lemosinas con que ayudar á formar el castellano, algo inculto entonces todavía, y una de ellas fuese la de *Frex*, ó fresno, que ha dado motivo á esta ligera disquisición.

Y no quiero discurrir más sobre este tema, aun cuando yo sé que usted gusta de ello, como de todo lo que hace pensar y aguza el entendimiento.

No estudié yo á fondo el asunto, ni pensé mucho en él tampoco; pero es posible que haya algo de intuición en mis observaciones, aun cuando también pudiera ser que hubiese oído campanas sin saber dónde. De toda suerte, brindóseme la ocasión, y aprovechéla, aun á riesgo de ser, como decía Solís, uno de tantos, «uno de aquellos que, al referir los sucesos, tuercen un poco sus circunstancias hacia la inclinación que gobierna su pluma, tanto, que son raras las historías

en que no se conozca por lo escrito la patria ó el afecto del escritor».

¿Seré yo de ellos? ¿Pertenezco al número?...

En cuanto á Fres del Val, que es de lo que ahora se trata, diré á usted cuáles son las noticias por mí recogidas. Son pocos los historiadores que tuvo este monasterio, pero debo citárselos á usted, aunque sólo sea por conservar sus nombres, y también por obligarme á ello deberes ineludibles de conciencia. Á más, deben ser estos los primeros autores que vayan á ocupar un puesto en la biblioteca, que supongo comenzará usted á reunir en Fres del Val. Excelente la tuvo en sus buenos tiempos, y formaba parte de ella una verdadera riqueza de manuscritos, que eran, en gran número, obra de D. Lorenzo Padilla, historiador insigne de Carlos V; pero en nuestra guerra de

la Independencia, al invadir el cenobio las tropas francesas, todos los libros y papeles fueron recogidos por emisarios de Napoleón, y llevados á Francia, de donde, naturalmente, no han vuelto.

Los escritores en quienes he ido á buscar las noticias, aparte de los documentos que pude procurarme en los archivos, y los datos que me facilitaron Isidro Gil, y otros, son los siguientes: Fray José de Sigüenza, historiador de la Orden de San Jerónimo;—D. Rafael Monje, autor laboriosísimo y muy entendido, que con el título de *El Monasterio de Fres-del-Val*, imprimió unos artículos en el *Semanario Pintoresco Español*, correspondiente al año 1843, siendo también suyo, según creo, el artículo correspondiente á este monasterio, que aparece en el *Diccionario geográfico* de D. Pascual Madoz;—D. Manuel de Assas, au-

tor de la monografía titulada *Monasterio de Fres del Val,* que publicó el editor Dorregaray en los *Monumentos arquitectónicos de España;*—el ilustre Carderera, que escribió, en la misma obra que acabo de citar, otra monografía exclusivamente dedicada á la descripción del sepulcro de Juan de Padilla, depositado hoy en el museo de Burgos;—D. Augusto Llacayo, que, en su obra titulada *Burgos*, consagra bellísimas páginas á Fres del Val; —y D. Rodrigo Amador de los Ríos, autor de una muy notable y erudita historia de Burgos, en la que se ocupa de Fres del Val con mucho talento y no poca copia de datos. Estos son los únicos autores que tuve ocasión de consultar.

Según parece, fué siempre tradición constante y corriente en Burgos y en su comarca, la de haber existido, desde tiempos remotos, una imagen de la Ma-

dre del Redentor, muy reverenciada con el nombre de Nuestra Señora de Fres del Val, en el sitio donde luego estuvo el monasterio. Las historias dicen que la primera noticia de esta santa imagen data de la época de Recaredo, lo cual es una respetable antigüedad, á ser cierto.

Afirman que Nuestra Señora de Fres del Val tenía un suntuoso templo, el cual, respetado por los árabes después de la rota del Guadalete, subsistió hasta la época de Alfonso el onceno. El decurso de los tiempos y la maleza de ellos, hicieron que cayera en olvido y abandono, y había comenzado ya á desmoronarse y á deshacerse en ruinas, cuando un labrador de Modubar de la Cuesta, llamado Juan, ferviente devoto de la Virgen, tomó á su cargo la empresa de reedificar el maltratado santuario.

Para conseguirlo, iba de pueblo en pue-

blo y de casa en casa pidiendo limosna, y destinando á la obra de la reedificación cuanto recogía. Exhortaba á unos y á otros, solicitaba de todos, y refería cómo la Virgen se le había aparecido para lamentarse de que sus devotos dejaran perecer tan tristemente el templo fundado en su loor y gloria. Con su predicación y porfía, Juan el labrador consiguió reunir algunos fondos, que si bien no fueron suficientes para levantar otra vez la iglesia con la suntuosidad que antes tenía, bastaron para edificar una ermita de cierta capacidad, que comenzó en seguida á ser muy visitada, creciendo cada día el amor y el culto á Nuestra Señora.

Uno de sus devotos fué D. Pedro Manrique *el Viejo*, señor del Val, y adelantado mayor de Castilla en los reinados de Enrique II y Juan I; y con su

apoyo y el de su poderosa familia, se fundó una cofradía, acrecentándose el culto á la Virgen de Fres del Val, y comenzando la época de su esplendor.

Murió D. Pedro Manrique sin sucesión legítima, heredándole en el adelantamiento su hermano D. Diego, y en sus bienes de fortuna un hijo bastardo, llamado D. Gómez, que había sido educado en la corte del sultán de Granada. Abjuró este joven el islamismo, que por algún tiempo había profesado, y viniendo á Castilla, entró en posesión de la herencia de su padre por mediación de su protector el rey D. Juan, quien le casó con doña Sancha de Rojas, hija del merino mayor de Guipúzcoa Ruy Díaz de Rojas, y luego le nombró adelantado de Castilla, á la muerte de su tío don Diego.

D. Gómez Manrique heredó de su pa-

dre la devoción á Nuestra Señora de Fres del Val, y hubieron todavía de aumentar en él esta devoción, dos sucesos que confesaba y proclamaba deber á la soberana intervención de la Virgen: la salud de su hija María, que por estar muy enferma fué llevada á la ermita, donde se recobró por completo, y el haberse salvado él de inminente peligro de muerte en un combate con los moros de Antequera, gracias á la mediación de la Virgen, á quien hubo de invocar en su peligro.

Esto hizo que el adelantado D. Gómez, y su mujer doña Sancha, decidieran construirse un palacio junto á la ermita donde era venerada la imagen, lo cual realizaron en 1400, pasando á vivir en él la mayor parte del año, hasta que al llegar el de 1404, por tomar mayores vuelos la devoción de D. Gómez, invitó éste

á la comunidad de jerónimos del monasterio de Guadalupe á encargarse del culto y custodia de la santa imagen. Aceptada su invitación, fueron monjes de Guadalupe, y comenzóse la obra del monasterio.

Á expensas de D. Gómez, que no escaseó medios ni recursos, se levantó la fábrica. En 1409 el edificio estaba ya casi concluído, con el claustro procesional, las habitaciones de la parte superior, el refectorio, la capilla de San Jerónimo, destinada después á sala capitular, y la iglesia, á la cual en 1411 se trasladó, y sepultó con toda honra, el cadáver del fundador D. Gómez Manrique, fallecido en Córdoba, después de legar al monasterio cuantiosas sumas y pingües rentas.

La familia y los hijos de D. Gómez siguieron el ejemplo y la tradición, y el monasterio fué creciendo en importan-

cia, al par que en celebridad, siendo cada día más venerada la imagen de Nuestra Señora de Fres del Val, y mayores los donativos, legados y rentas que iba acumulando el monasterio. Los Padilla, que enlazaron con los Manrique, continuaron la obra de éstos, acudiendo con largueza al monasterio, en el cual hicieron obras de mayor engrandecimiento y belleza, mandando levantar otro claustro que tomó su nombre.

No es de extrañar, por lo mismo, que en Fres del Val abunden tanto los escudos de los Manrique y los Padilla. Fueron las dos familias poderosas que se distinguieron por su extrema veneración y cariño á la fundación de D. Gómez, cuya importancia creció á tal punto, que cuando el emperador Carlos V abdicó la corona, dió las órdenes oportunas para que se le labrase una habitación en

este monasterio, con ánimo de retirarse á él, cosa que no llegó á efectuar por haberle aconsejado sus médicos el de Yuste.

En la iglesia de Fres del Val, de que hoy sólo quedan los muros, derribada, según antes dije, para vender y utilizar su piedra en diversas construcciones, existían dos magníficos monumentos funerarios.

Formaban el uno los dos lechos sepulcrales con estatuas yacentes, de caballero el uno y de señora el otro, siendo aquélla la del fundador del monasterio D. Gómez Manrique, y ésta la de su esposa doña Sancha de Rojas. Era notable por su riqueza de labor, por sus agujas decoradas con efigies bajo sus respectivos doseletes, tracerías, franjas y otros exornos, y por las dos estatuas reposando sobre el lecho, primorosamente

vestida con rozagante traje de corte y lujosos arrequives la de doña Sancha, y la de D. Gómez con la ropa, collar y tocado, á manera de turbante, de la Orden de caballería apellidada *del Grifo*, ó de *las Azucenas*, y también de *las Jarras de Santa María*, restablecida por D. Fernando de Antequera.

El otro monumento era la joya de la iglesia. Yacía en él representado por su magnífica estatua orante, el joven don Juan de Padilla, hijo primogénito de los condes de Santa Gadea D. Pedro López de Padilla y doña Isabel Pacheco. Murió escaramuzando con los moros en la Vega de Granada el 16 de Mayo de 1491.

Era joven apuesto y decidido. Hijo de familia prócera, su niñez rodó en cuna de oro y de marfil, y no sólo tuvo cuna de noble, sino también su vocación, que algo más vale que la cuna. Era arriscado

en las batallas, emprendedor y valiente, dadivoso y galán, y muy favorecido de la reina doña Isabel, que le llamaba *el mi loco* por sus entusiasmos y arrojos, por sus empresas aventureras, y por las temeridades y disparatorios de su gallarda vida.

Murió dejando al monasterio de Fres del Val por heredero suyo, y allí le hizo trasladar, con todo honor y toda pompa, la reina doña Isabel, que hubo de lamentar muy amargamente su muerte, pues con él perdía, al par que uno de sus más bravos capitanes, uno de sus partidarios más decididos y adictos.

Su sepulcro, que se supone ser obra de Gil de Síloe, y si no lo es, debiera serlo por lo bello, mandóle labrar su amorosa madre doña Isabel Pacheco, hija bastarda del célebre D. Juan Pacheco, marqués de Villena, y viuda de

D. Pedro López de Padilla. De esta dama quedó piadosa memoria en Fres del Val, pues quiso terminar sus días junto á la tumba de su hijo y de su esposo, que estaba enterrado en la capilla de San Juan, yendo á vivir en los palacios que allí habían erigido los fundadores, donde pasó vida devota y recogida durante veinte años, hasta el 13 de Agosto de 1537, en que murió, y fué sepultada junto á su marido.

Porque Fres del Val era el panteón de los Manrique y los Padilla. Los principales miembros de estas casas, tenían allí su sepultura.

En cuanto al monumento de Juan de Padilla, ahí está reproducido por la fotografía y el grabado en cien libros de arte y de historia, y allí está hoy en el museo provincial de Burgos, milagrosa y patrióticamente salvado por nobles

patricios, que se apresuraron á recogerlo cuando andaba miserablemente por los suelos, esperando quien se presentase á comprarlo en conjunto ó en detalle.

Poco diré de él. Usted lo conoce por haberlo visto en el museo burgalés. Dieron de él acabada noticia Carderera, Assas, Amador de los Ríos y otros. Es obra primorosa por la perfección de los detalles y la riqueza del conjunto. La estatua, de rodillas ante el reclinatorio, en actitud de orar, con su valentía de dibujo, su nobleza de expresión, la naturalidad de su actitud, la gallardía de su labor, su graciosa toca, su cabello en guedeja, sus ropas y vestiduras, todo, constituye un portento de estudio, de trabajo, de genio y de cincel. No en vano se ha dicho que esta obra, por sí sola, bastaría á honrar la escultura del siglo á que corresponde.

Rodeada de gran prestigio llegó esta insigne casa de Fres del Val hasta nuestra centuria. Formaba entònces armónico y pintoresco conjunto, reuniendo en un todo común sus varias dependencias: la granja, la huerta, el convento, la iglesia, los claustros, los palacios de los fundadores, las murallas que rodeaban el circuito.

Á más de la puerta de la iglesia, que era independiente, y estaba, según existe aún, bajo la hoy triste y viuda espadaña del convento, había otra puerta de entrada al monasterio, á que se llegaba dando vuelta al edificio. Hoy esta tapiada. Era la puerta del atrio, convertido ahora en establo, ó cosa así, donde campeaba el gran escudo de Carlos V, ya citado, aquel que tan poco respeto mereció del hombre y tanto de las arañas.

Por allí se entraba en el claustro ó

patio llamado de Padilla, hoy teatro de ruina y desolación, donde una puerta de dos arcos platerescos, que debió ser muy elegante, abría paso á la escalera de veintitrés peldaños, por la cual se subía á la claustra, es decir al bellísimo claustro procesional gótico-florido de gallardos arcos, pintorreados más tarde por mano profana. En la que fué puerta plateresca, impracticable hoy y sepultada entre escombros, está el límite de su posesión de usted. La escalera, propiedad ya de usted, es la que pintaron Jover y sus compañeros artistas.

El claustro comunicaba con todas las dependencias de la casa. En uno de sus ángulos, por unas cuantas gradas se subía á la biblioteca, y á pocos pasos, por unas cuantas más, se bajaba al refectorio, lo cual estaba perfectamente en carácter: ascender para la vida espiritual

del alma, descender para la vida material del cuerpo.

Una hermosa puerta, que todavía subsiste, y que hoy es entrada del claustro, abría paso á la iglesia, donde existían preciosidades, según cuentan. Desaparecieron éstas, como desapareció la misma iglesia. Sólo quedan las paredes, y aquellos dos tremolantes arcos que se lanzan por los aires.

Á comienzos de este siglo, las tropas de Napoleón, después de la batalla de Gamonal, penetraron en el monasterio, donde hubieron de causar mucho daño, llevándose cantidad de objetos preciosos y todos los libros de la biblioteca, entre los cuales había códices raros, ediciones princeps, incunables de valía, y manuscritos que eran tesoro de erudición y de estudio.

Vino después el año 1835, en que, á

empuje de irresistible avalancha de opinión pública, fueron incendiados muchos conventos y arrojados de ellos los frailes, según referí á usted en aquella extensa carta, con honores de memoria, que hace algunos años le escribí desde las ruinas de Poblet.

Lo que luego pasó se lo acabo de contar en estas mis cartas: la venta del monasterio, su mutación en cantera, su abandono en ruinas, la llegada á tiempo de nobles patricios de Burgos para salvar algunos sepulcros, la intervención salvadora del artista Jover, y finalmente la adquisición de usted.

Y ya con esto concluí mi tarea.

Esto es todo cuanto se me ocurre decir acerca de Fres del Val, cumpliendo con el encargo que se dignó hacerme y que acepté gustoso. También deseaba usted que le escribiese algo sobre el casti-

llo de Burgos y el palacio de los condestables, ó sea la llamada *Casa del Cordón*, que tantos recuerdos encierran, y de que hay mucho que contar. Recogeré mis notas y las utilizaré otro día en servicio de usted. Nada para mí más grato.

En cuanto al castillo de Burgos, ha publicado una excelente monografía el Sr. D. Eduardo de Oliver Copons, capitán de artillería. Es un trabajo completo, de profundo estudio, y por muchos conceptos interesante. Le recomiendo á usted su lectura, persuadido de que ha de encontrar gran placer en ella.

Respecto á la *Casa del Cordón*, tengo recogidos muchos datos, é intentaré su monografía; y por cierto que al hablar de esta casa, tropezaremos con una paisana nuestra, catalana ilustre, muy poco conocida, aun cuando debiera serlo mucho, en la historia de las letras y tam-

bién en los anales de la política española.

Ya nada más tengo que decir á usted sino que me separé de Fres del Val, bajo la impresión de cuyos recuerdos escribo, murmurando unos versos de José Velarde que, si no estoy desmemoriado, escribió á estas mismas ruinas, objeto de mis cartas:

> Yo estático miraba con asombro,
> pues hallo en cuanto miro algún misterio,
> una fábrica alzar con el escombro
> de un viejo y derruído monasterio.
> Cada golpe brutal de la piqueta,
> que del musgoso y grietado muro
> desmoronaba el lienzo mal seguro,
> en mi alma de poeta
> hallaba un eco como el golpe duro.

Supongo que recordará estos versos. Usted conoció al autor. Era hombre de alma noble, á quien sus contemporáneos no han dado el puesto que en justicia le corresponde como poeta. Ya se lo dará

la posteridad, que espero haga justicia á muchos, á quienes hoy no se hace.

Porque así debe ser, y lo que debe ser, es. Muchos son hoy los llamados, pero pocos serán después los escogidos, y ¡cuántos, cuántos que hoy nos movemos, y agitamos, y subimos, empujados por la gárrula parlería de estos tiempos, cuántos descenderemos mañana al nivel de esos escombros, como tantos hemos visto en nuestra excursión, amontonados por los claustros ó perdidos por las orillas de toscas atarjeas! Y si alguna personalidad quedase todavía, quedará como hoy la espadaña de Fres del Val, solitaria, viuda, vacilante y tremolosa, alzándose de entre sus mismas ruinas, y próxima á desplomarse para confundirse en ellas.

Y ya nada más, señora y amiga, nada más que desear á estas mis pobres epís-

tolas la dicha que me está vedada, y les envidio, de cruzar el espacio para ir á rendir á sus pies tributos de gratitud y homenajes de amistad. Lleguen ellas con ventura á presencia de usted, y acogidas sean con esa su connatural bondad, sin que á más aldehala aspire ni á mayor premio quien es, señora, entre sus amigos más fieles, el más fiel de sus devotos.

FIN DE «GLORIAS Y RUINAS»

LA CASA DEL CORDÓN

El palacio de los Condestables de Castilla.—Divisa de esta casa.—Un verso italiano de origen español.—La familia de los Velasco.—La capilla del Condestable en la catedral de Burgos.—Historia de la casa llamada *del Cordón*.—Su descripción.—Palabras de doña Mencía, esposa del Condestable.—La primera duquesa de Frías.—*La muchacha de media noche*.—Amores de D. Fernando *el Católico* con una dama de Tárrega.—La duquesa de Frías, protectora de Cristóbal Colón.—Sus reuniones literarias en la casa del Cordón.—Su intimidad con su hermana la reina Doña Juana *la Loca*.—La casa del Cordón morada de reyes.—Los Reyes Católicos reciben en ella á Cristóbal Colón, á la vuelta de su segundo viaje.—Honores que se tributan al almirante.—Jaime Ferrer el de Blanes.—Sus recuerdos en Burgos.—Su amistad con Cristóbal Colón.—Fué traductor del Dante.—Incorporación del reino de Navarra á la corona de Castilla por Fernando *el Católico*, cuyo acto tuvo lugar en la casa del Cordón.—Muerte de Felipe *el Hermoso* en este palacio.—Conducción de su cadáver á Granada.—Recuerdos que de Carlos V se conservan en esta casa.—Quiénes fueron los otros monarcas que en esta casa se aposentaron.—Abandono y ruina de este palacio.—Reflexiones acerca del olvido en que se deja á los grandes monumentos históricos que recuerdan sucesos de gloria para la patria.

LA CASA DEL CORDÓN

Yo no sé, ni averiguar me importa en este momento, á qué poeta italiano pertenece un verso que se halla en boca de muchos, que todos han oído, que se repite con frecuencia en libros, periódicos y discursos, hasta en conversaciones familiares, y que dice así:

Un bel morir tutta la vida onora.

Lo que sé, y lo que me importa decir, es que este mismo verso, visiblemente anterior al que tanto suena, con idénticas palabras y, naturalmente, con la misma idea, lo tenemos en castellano, y en el perfecto castellano de nuestros tiem-

pos literarios. Se encuentra grabado como mote en el blasón de una antiquísima casa española, y esculpido como timbre en la fachada del palacio que los Condestables de Castilla levantaron en Burgos, á últimos del siglo XV, diciendo de esta manera:

Un bel morir toda la vida honra.

Y no extrañe á nadie el *bel*, que es fácil tomar de primera intención por vocablo italiano. No ciertamente. Es voz castellana pura, española mejor dicho. Hoy no está en uso, y nuestro Léxico la da por *anticuada;* pero usáronla como corriente y vulgar los prosistas del siglo XV (dígalo sinó el historiador Hernando del Pulgar), repitiéronla nuestros vates del siglo de Oro, y Baralt en su Diccionario de *Galicismos* se lamenta de que nuestros modernos poetas no vuel-

van á ponerla en vigor, en ley y en uso.

Aquellos que, embelesados por la eufonía del verso y la belleza del concepto, ó movidos por alardes de erudición, repiten á cada paso *un bel morir tutta la vida onora*, olvidaron de seguro la procedencia de esta bellísima frase y de esta sublime idea que yo restauro, apresurándome á reivindicarla para nuestra tierra española en honor y prez de la familia castellana de los Velasco, que así y de esta manera la usó en la Edad Media, aun cuando en tiempos posteriores se quiso modernizar, desnaturalizándola, para decir: *un buen morir dura toda la vida.*

¡Qué hermosa casa la que tiene este mote en su fachada, y que es en Burgos conocida vulgarmente con el nombre de *Casa del Cordón* por lo que se dirá luego! ¡Qué hermosa casa, qué de nobles

recuerdos en ella, y qué triste suerte la suya en este nuestro siglo, al verse indignamente maltrecha, ajada en sus glorias, percudida en sus muros, descompuesta en su fama y arrojada un día desde lo alto de sus grandezas al mercado público, para cimbel ó premio de inhonesta venta!

La noble familia de Velasco, que alzó esta mansión para su palacio de Condestables de Castilla, y también para alcázar de sus reyes, á quienes dió en ella opulenta hospitalidad, era casa de ilustre abolengo, una de las más poderosas y prepotentes de la vieja Castilla, la que mayores rentas disfrutaba y más vasallos tenía, al decir de las crónicas del tiempo.

Burgos conservará, mientras exista, perenne recuerdo de esa familia de próceres que allí levantó su palacio y su tumba; su palacio es esa *Casa del Cor-*

dón, para recuerdo de la cual escribo estas líneas; su tumba en la catedral y en la *Capilla del Condestable*, que es un portento de suntuosidad y una maravilla de arte. Y portento es preciso que sea y maravilla para alcanzar á serlo dentro de aquella catedral tan grandiosa y soberba, donde los ojos se deleitan, y la fantasía se pierde, y el corazón se levanta, y el espíritu se eleva, y el alma reza.

Hay que verla esa capilla del Condestable, hay que verla para estimarla en lo que vale. Leí de ella importantes descripciones debidas á escritores y artistas de alto vuelo. Todas, siendo muy notables, hubieron de parecerme pálidas cuando vi la capilla con todos los prodigios de su esplendor y todos los centelleos de su magnificencia.

Allí el arte domina en toda su gloria, y en toda su inspiración el artista. Hay

tal aglomeración de joyas, tal abundancia de exornos, tanto derroche de fantasía, que el ánimo queda suspenso ante aquel fausto unido á tanto gusto, ante aquella grandiosidad unida á tanto arte, y también, aunque parezca extraño, ante tanta multiplicidad y complicación unidas á tanta sencillez y sobriedad tanta.

Allí está todo: cresterías caladas, arcos apuntados, doseletes filigranados, haces de columnas aristadas, pilares atrevidos, estatuas yacentes; escudos con pajes y con heraldos por tenantes; reyes de armas con dalmáticas empuñando el estandarte de los fundadores; ángeles que levantan la cruz potenzada; matronas que presentan el sol flameante con el monograma de Jesús; vírgenes con sus ojos fijos en el cielo; santos leyendo en el libro de sus meditaciones ó abrazados

al instrumento de su martirio; cabezas de querubines, legiones de arcángeles, guirnaldas de flores, grifos, gerifaltes y leones, arabescos y emblemas, cascos, cimeras, armas, frutos y follaje, todo en confusión sin confundirse, unido lo sagrado á lo profano, la realidad al ideal, lo cristiano á lo árabe, y todo con un conjunto de armonía inexplicable y con un sello característico y singular, especie de intuición ó de revelación del arte que asomaba ya entonces, y aparecía, próximo á imponerse, con el nombre de *estilo plateresco.*

Todo lograban reproducirlo en piedra aquellos artistas admirables, acertando á darle toda clase de forma. Y no sólo sabían trabajarla en corte, en labra, en relieve y en talla, sino que la abrían y perforaban, la rendían, plegaban ó alcachofaban, según era su voluntad y según

mejor les convenía, como si fuese en sus manos materia dúctil ó masa de blanda condición para ser acomodada á todo.

Por esto, al penetrar en aquella catedral maravillosa y en aquella *Capilla del Condestable,* al encontrarse frente á tanto derroche, tanta prodigalidad y tanta opulencia de inspiración y de arte, el ánimo se turba y la mente se arrebata. Todo aquello que se ve es piedra, todo aquello es bronce, es hierro, alabastro ó mármol; y sin embargo, todos aquellos objetos y figuras tienen vida; los ropajes de aquellas imágenes tienen pliegues; los almohadones en que descansan sus cabezas ó apoyan sus rodillas son de terciopelo y seda; las ropas que visten están bordadas; el bronce es oro, el hierro taracea, el mármol encaje, el alabastro blonda; las flores tienen perfume, los frutos color, ondulación las guirnaldas,

los leones fiereza, los pajes gallardía, los heraldos soberbia, los ángeles se disponen á emprender su vuelo, los santos viven en éxtasis, las estatuas yacentes duermen, y las orantes oran.

Pero no es, no, de la capilla de lo que hoy me propongo hablar, sino de la casa. Dejemos el panteón y hablemos del palacio, que hay de él mucho que contar, ya que esta casa, si debía ser sagrada por su antigüedad, por su arquitectura, por su grandiosidad de estilo ojival, y por sus bellezas de forma, no debería serlo menos ciertamente por sus grandes recuerdos.

Hay que ver esta casa, no como está ahora y se presenta al viajero profanada y deslucida, sino como estaba á últimos del siglo XV, que es cuando se terminó, y como puede verse en un dibujo perteneciente al 1654, del que podemos gozar,

por fortuna, gracias al digno escritor burgalés Sr. Cantón Salazar, que lo reprodujo en su monografía.

Mandáronla edificar, según consta en la leyenda de la fachada, D. Pedro Fernández de Velasco y doña Mencía Mendoza de la Vega, su mujer, hija que fué de aquel varón insigne tan versado en letras como en armas, caudillo esforzado y poeta ilustre, á quien la historia llama marqués de Santillana, y cuyo nombre, en los momentos en que estas líneas se escriben, acaba de grabar la Real Academia Española en mármoles y en oro, rodeado de palmas y lauros.

Labróse esta casa, que tiene tanto de alcázar como de palacio, bajo la dirección del maestro arquitecto, mudéjar alarife, Mohamat de Segovia, y trabajaron en ella los mismos que con Juan de

Colonia habían creado los portentos de la *Cartuja de Miraflores* y de la *Capilla del Condestable.*

Presidió á sus obras la esposa del Condestable, doña Mencía, que fué también la que estuvo al cuidado de la capilla y de otra morada que fué quinta, parque y hacienda, llamada *Casa de la Vega*, en el Gamonal, la cual, según dicen, era una suntuosidad como casa de recreo y de campo. Las tres obras se edificaron casi á un tiempo mismo, mientras que el Condestable estaba ausente siguiendo á los Reyes Católicos en aquellas sus homéricas jornadas de las guerras de Granada. Todo lo dirigió, ordenó y dispuso aquella dama, y es tradición de Burgos que cuando el Condestable regresó de sus campañas, su mujer le dijo, al salir á su encuentro:

—«Ya tienes palacio en que morar,

quinta en que cazar y capilla en que te enterrar.»

Es la *Casa del Cordón* un edificio de vastas proporciones, que ocupa todo el frente de la *Plaza de la Libertad*, antiguamente llamada de la *Comparanda* ó *Comparada*. Álzase con singular gallardía, compuesta de planta baja y un solo piso sobre ella, y aparece flanqueada ó defendida por dos características torres cuadradas, y en ellas, artísticamente colocados en su corte, dos escudos timbrados de colosales yelmos, y cimados, el uno, que está á la derecha y es de la casa Velasco, por un león, y por un hipogrifo el de los Mendoza de la Vega, que está á la izquierda.

Una hermosa cresteria florenzada discurre de torre á torre, erizándose por todo lo largo de la cornisa. Interpoladas con las agujas y demás exornos góticos,

hay las aspas de San Andrés y la estatua de este santo apóstol, como en recuerdo de haber sido un Velasco quien tomó la ciudad de Baeza el día de San Andrés. Las torres, en su piso superior, tienen ventanas gemelas, y ostenta su crestería heráldicos leones interpolados con las agujas. Preciosas gárgolas, deformadas ya algunas, ayudan á la belleza del edificio, al cual comunican carácter y majestad los colosales lienzos de piedra, que más semejan de muro que de casa, y que en su época primitiva aparecían con hermosos ventanales góticos, convertidos hoy, por imperdonable pecado de profanación, en ridículos balcones y mezquinos miradores.

Sobre la puerta de entrada, que no está en el centro, sino algo arrimada á un ángulo, como para dar más significación y singularidad al edificio, aparece

10

en lo alto el blasón real, cuartelado de castillos y leones. Más abajo se ven, uno junto á otro, los escudos de las casas de Velasco y de Mendoza, el primero con la leyenda ó mote de que se habla al comienzo de este artículo, levantándose por entre los dos el sol flameante y radiante, con el monograma de Jesús, y apareciendo cobijados sol y escudo por un nudoso cordón de proporciones extraordinarias, que se extiende en línea horizontal, para cruzarse luego en ángulo y caer pendiente á los extremos de la portada. Este colosal cordón, que debe, sin duda recordar el respeto prestado en aquella época á la Orden religiosa fundada por el apóstol de la XIII centuria, San Francisco de Asís, y la veneración que le tributaba la familia de Velasco, es lo que dió á esta morada el nombre de *Casa del Cordón*. Y no es por

cierto de extrañar que este nombre le adjudicara el vulgo, pues es lo que más domina y sobresale en la fachada, dando al edificio un aspecto especial y característico que á ningún otro se parece. Ya fuese por disposición del fundador, ya por capricho del arquitecto, ó bien por alguna causa desconocida no llegada hasta nosotros, lo cierto es que la singularidad del cordón imprime sello y comunica color y carácter á esta morada.

La puerta principal tiene dos hojas, guarnecidas de pesado herraje, y el dintel aparece como soportado por dos lebreles, signo de fidelidad, que se apoyan en las jambas de los ángulos. Apenas se entra en el anchuroso vestíbulo, la vista se fija en una segunda y graciosa puerta de gusto delicado, la cual da acceso á un bellísimo patio de dobles y sobrepuestas galerías con airosos arcos, labrados an-

tepechos y peregrinos entablamentos, á más de una bordada y primorosa cornisa, con heráldicos blasones que se destacan sobre cada pretil de intercolumnio, exornado todo con aquellos elementos decorativos que con tan acertado gusto sabía combinar y agrupar el estilo ojival en sus postrimerías.

Pero ya no hay que pasar de este patio, ya no hay que penetrar en el interior del edificio, entregado hoy al brazo militar y convertido en habitaciones y oficinas de la capitanía general. Algo queda todavía de antiguos esplendores, algún resto de artesonado, alguna huella y ciertos detalles que revelan la suntuosidad del que fué palacio de primados y alcázar de reyes; pero allí entró ya la mano sacrílega del reformador inculto, y así como en el muro exterior los vulgares balcones sucedieron á las elegantes fenestras del si-

glo XV, así en el interior se deformó todo, y nada queda apenas de aquellas esplendorosas estancias donde se congregaron un día tantos soberanos y príncipes, donde tan ilustres huéspedes fueron aposentados, donde se replegaron tantas grandezas de la tierra, donde Fernando *el Católico* y el César Carlos V recibían en corte, y donde una egregia dama catalana, dueña y señora un día de aquel palacio, recibía también en corte literaria á los poetas, á los eruditos y á los sabios que acudían á rendir homenaje á la que era vivacísimo y peregrino ingenio, así en las letras latinas como en las ciencias morales, y tan hábil y discreta poetisa como perfecta y elocuente oradora.

Porque la *Casa del Cordón* tiene noble historia de memorables recuerdos.

Yo he de evocarlos, que para ello tomé esta vez la pluma con objeto de escribir

estas pocas páginas, y así lo haré; pero antes es preciso que cumpla con el deber de prestar homenaje y tributo á la memoria de aquella ilustre dama, primera duquesa de Frías, de quien nadie habla, á quien nadie conoce, á quien no menciona ninguna crónica de Burgos, que haya llegado al menos á mi noticia y á mis manos, y que, sin embargo, llenó un día los ámbitos de la ilustre ciudad, cabeza de Castilla, con la resonancia de su nombre, la opulencia de sus méritos y la esplendidez de su fausto.

Fué su madre una dama catalana que vivía en un pueblo inmediato á Lérida, y de la que, por su gallardía y belleza, se prendó D. Fernando, siendo príncipe de Aragón y mozo, cuando andaba por aquellas tierras al mando de las huestes, que á duras penas podía levantar su padre D. Juan II, para oponer á las legiones

catalanas que combatían valerosamente contra el rey en favor de las patrias libertades.

Es todo un drama el de esos amores de D. Fernando con la hermosa doncella de Tárrega, á quien, según tradición que pude recoger, llamaban en el país la muchacha de media noche *(la minyona de mitja nit)*, porque esta era la hora de sus citas con el príncipe, y esta también la hora en que un día se fugó con él para acompañarle vestida de escudero, á guisa de varona, en sus arriesgadas aventuras militares y en sus empresas de guerra contra el legendario conde de Pallars, que mandaba las huestes catalanas. Es todo un drama, repito, un drama de altos vuelos y anchos horizontes el de esos amores del príncipe aragonés con la muchacha de media noche, drama que acaso escriba en su día algún poeta del porvenir, cuando

tornen, que sí tornarán, los buenos tiempos de la literatura, y cuando se vayan, que sí se irán, esas taifas de impresionistas y delincuecentistas que encuentran humanos todos los desvaríos que presenta en escena el pudridero del teatro libre, y que turban todas las conciencias con sus raptos ipsenistas y sus neuróticos éxtasis maeterlinckeros ó maeterlinckistas.

Fruto fué de estos amores y de esta aventurera dama la hermosa doncella catalana que, hija natural de Fernando *el Católico*, llegó á enlazar con D. Bernardino Fernández de Velasco, conde de Haro, primer duque de Frías y Condestable de Castilla, y que, al entrar á ser la dueña de esta *Casa del Cordón* y de aquella otra de la Vega, dos residencias regias, como mejores no las tuvieron jamás los reyes de Castilla, allí llevó con

ella todos los amores, gentilezas, entusiasmos y virtudes de los antiguos trovadores lemosines, cuya ciencia le enseñó su amante madre allá en sus soledades de Tárrega y Cervera, educando así su corazón y adiestrando su inteligencia para todo lo bueno, todo lo noble, todo lo bello y todo lo santo.

No; las historias no hablan de ella, ni de ella tampoco las crónicas literarias. Su nombre, sólo de paso se menciona en alguna disquisición curiosa ó en algún escolio de erudito, como el libro del Rdo. Padre D. Pedro Fernández de Villegas, que le dedicó su *Traducción del Dante de la lengua toscana en verso castellano,* impresa en Burgos el año 1515. Acaso haya algunas noticias, que debiera haberlas, en los archivos de la casa de Frías, que es casa ilustre; algo encontré yo de ella, y algo más pienso hallar, si

Dios me da salud y vida, ya muy difícil á mis años, en archivos públicos y particulares de la ciudad de Burgos.

Por notas que ya tengo, por algo que llegó á mis manos, y por intuiciones que nunca me engañaron, presiento que en esa dama insigne y poco conocida se hallará una admiradora entusiasta de Cristóbal Colón, el gran revelador, y protectora de sus hijos, así como también una amiga y discípula de Jaime Ferrer de Blanes ó el Blandense, lapidario de Burgos, cosmógrafo insigne, viajero arriscado y también comentador y traductor del *Dante*. Pero esto vendrá á su tiempo, si no me falta, y en otro trabajo.

Lo que sí puedo asegurar en éste, y paréceme que he de ser el primero en decirlo, es que doña Juana de Aragón, duquesa de Frías, fué protectora de poetas, de sabios, de filósofos y artistas, y

con ellos departía y debatía sobre puntos de ciencias y de letras, en corte literaria y en certámenes y asambleas que se celebraban en su *Casa del Cordón*, á usanza de las que tuvo en Nápoles su tío el monarca aragonés D. Alfonso V *el Sabio* y *el Magnánimo.*

Fué ella la amiga tierna y compañera inseparable de su hermana la infeliz reina doña Juana llamada *la Loca*, y ella quien levantó y sostuvo el ánimo de ésta en sus desventuras conyugales por los duelos y devaneos y extravíos á que tan inclinado se mostraba el rey su esposo; élla la que un día se vió arrojada de su propia casa, en un rapto de ira, por Felipe *el Hermoso*, sin atender éste que ella era la dueña y él su huésped, sólo porque le echó en cara sus amores con indignas cortesanas y su conducta con la reina su mujer.

Ella la que voló á los brazos de doña Juana para darle ánimo y consuelo el día que ocurrió en la *Casa del Cordón* la gran catástrofe de la muerte de Felipe; élla la que no se apartó jamás de su hermana, la reina, en las soledades y tristezas de la casa de la Vega; élla, por fin, la que fué acompañándola en aquella romántica expedición nocturna, con el cadáver de Felipe, de que nos hablan las historias, y que Pradilla ha popularizado, inmortalizándose, con su famoso cuadro de *Doña Juana La Loca*, que se halla en el Museo.

Y dejando ya este punto por ahora, volvamos á la *Casa del Cordón*, de la que el lector puede ver que no hube de apartarme mucho, lo suficiente tan sólo para no caer en pecado de poco galán y descortés con la dueña ilustre de esta casa, en la que tan despachadamente me in-

troduje con mis lectores para registrar y escudriñarlo todo.

Hablemos algo de los monarcas que se aposentaron en esta morada; pues que ello nos facilitará ocasión para recordar ciertos sucesos de nuestra historia que merecen citación especial y forman época, algunos de los cuales aparecen confusos y poco luminosos, por olvido ó descuido de quienes tuvieron á su cargo el relatarlos.

Desde que se fundó la *Casa del Cordón*, los Reyes de Castilla abandonaron su antigua residencia del castillo de Burgos, aceptando la hospitalidad con que en ella les brindaron sus fundadores los condes de Haro, y prosiguieron después ofreciéndoles sus legítimos herederos los duques de Frías. Llegó á ser, no ya costumbre, sino tradición, en los monarcas castellanos la de aposentarse en esta his-

tórica casa siempre que iban á Burgos. Y esto hicieron todos, excepción hecha de Felipe II el Tétrico, quien, una vez que hubo de pasar por Burgos, yendo, según creo, á celebrar Cortes á Tarazona, no se alojó, como era costumbre regia, en esta casa y palacios del Condestable, sino en el monasterio de San Agustín, como lugar para él más santo y más acomodado á sus ascéticas costumbres y prácticas religiosas.

Hecha esta excepción, los demás monarcas castellanos residieron siempre en la casa de que estamos hablando, aceptando el hospedaje de los Condestables. Allí estuvieron y se aposentaron, en primer lugar, los Reyes Católicos D. Fernando y doña Isabel, durante cuyo reinado se edificó este palacio, en su honor erigido; y allí recibieron embajadas solemnes, y en ella celebraron los despo-

sorios de su hijo el príncipe D. Juan con la princesa Margarita de Austria, hija del emperador Maximiliano I.

De esta época de los Reyes Católicos conserva la *Casa del Cordón* memorias que no pueden ni deben olvidarse. No hablemos ya de los desposorios mencionados del príncipe D. Juan, en quien se fundaban entonces tantas y tan grandes esperanzas, que no debían tardar en verse malogradas por su prematura muerte, ocasionando ésta la pérdida de la descendencia varonil en el trono y siendo causa de que se mudaran los destinos de España, que otros hubieran sido sin duda. No hablemos tampoco de las embajadas del Papa, del rey de Francia, del rey moro de Tremecen y de otras que allí recibieron con solemne pompa los monarcas á quien deparó Dios la suerte de ser los primeros en titularse

reyes de España. Hablemos sólo de dos grandiosos recuerdos que harán para siempre imperecedera y gloriosa la memoria de este palacio.

Sea el primero, como de más universal resonancia, el que se refiere al gran nauta que nos abrió las puertas de un nuevo mundo.

Al regresar Cristóbal Colón de su segundo viaje á las tierras que por él nos fueron reveladas, se hallaban los Reyes en Burgos, y allí fué á encontrarlos, como á la vuelta de su primer viaje había ido á encontrarlos á Barcelona, donde entonces estaban, teniendo esto de común, entre otras muchas cosas que les son comunes, las dos ciudades que fueron cabeza de Castilla y cabeza de Cataluña: el haber sido las dos que recibieron á Colón triunfante, viéndole honrado por el pueblo y por los Reyes, lo cual ya

no había de suceder al regreso de sus últimos viajes, que del uno llegó con los grillos en los pies y del otro con los grillos en el alma.

Dicen las crónicas burgalesas, más explícitas en esto de lo que las catalanas lo fueron, que el almirante fué recibido por los Reyes en la *Casa del Cordón*, adonde llegó acompañado por entusiasta multitud y por ella aclamado. El estrépito de los vítores y aplausos entró antes que él en la sala donde le esperaban los Reyes, ante quienes apareció rodeado de indios y con abundantes muestras de maravillosos objetos y portentos que se crian en aquel suelo encantador, virgen entonces todavía, y donde hoy el hombre siembra simientes de odio, de egoísmo, de corrupción, de ingratitud y de envidia, mientras que la tierra y el sol, generadora aqué-

lla de la vida y éste de la luz, convierten en amor, en riqueza, en abundancia y gloria lo que el hombre le da en crímenes y malezas.

Las flores, los frutos, las plantas, los pájaros y las joyas fueron repartidos entre las damas y magnates de la corte; el oro fué destinado por la Reina doña Isabel, como para rendir á Dios las primicias del mundo hasta entonces desconocido, á dorar el altar mayor de aquella perla ojival que se llama la Cartuja de Miraflores, y que á la sazón estaban labrando Diego de la Cruz y Gil de Síloe; y el almirante fué colmado de honores y agasajos, renovándole sus cargos y oficios y dándole nuevas y mayores pruebas de estimación y afecto.

Residía entonces en Burgos, donde era querido de todos y respetado, un catalán á cuya memoria son debidos todos los

respetos. Era Jaime Ferrer, del que antes se ha hablado, á quien llaman unos el Blandense por ser natural de Blanes, y otros el lapidario de Burgos, por ser muy perito en estas artes. Era excelente cosmógrafo, muy hábil en astronomía, navegó durante muchos años por los mares de Levante, fué muy favorecido de Alfonso V de Aragón el conquistador de Nápoles y *el Sabio*, ocupó algún tiempo la plaza de joyelero de los Reyes Católicos, y hubo de dar lecciones de astronomía á doña Juana de Aragón, hija natural de D. Fernando, la que fué luego condestablesa de Castilla, condesa de Haro y duquesa de Frías. Dicen los cronistas burgaleses que era comerciante-joyero, con tienda abierta en la ciudad, á la cual se ignora cómo fué á parar, y añaden que era libre pensador en toda la acepción de la palabra, habiendo con

él contraído estrechas y muy íntimas amistades Cristóbal Colón á su llegada á Burgos.

Cristóbal Colón y Jaime Ferrer debieron conocerse ya en tiempos anteriores, y no hubo de ser en Burgos donde comenzaron sus relaciones, como se dice. Hay noticia de una carta que Ferrer escribió al almirante desde Burgos, en 5 de Agosto de 1495, y un año antes, por consiguiente, de que Colón llegara á la capital de Castilla, en cuya carta le felicitaba por sus viajes y descubrimientos. Jaime Ferrer fué enviado á buscar por el cardenal D. Pedro González de Mendoza, cuando llegó el almirante á Barcelona en 1493, de vuelta de su primer viaje, y en la capital de Cataluña debieron verse y entenderse aquellos dos varones ilustres, siendo ya sabido y demostrado que fué el Blandense lapidario de Burgos

quien facilitó á los Reyes Católicos un *Mapamundi* pintado, que luego apareció en el inventario de papeles de doña Isabel la Católica, según Clemencín, y también quien dió por escrito y de palabra su parecer acerca del concierto que hicieron los Reyes de España y el de Portugal sobre división del Océano.

Según parece, y consta en las memorias de la *Casa del Cordón*; el almirante y Jaime Ferrer tuvieron varias conferencias en Burgos con los monarcas, y ante éstos informaron y debatieron con entera libertad acerca de los viajes y propósitos del primero, apareciendo siempre el Blandense como partidario decidido de Cristóbal Colón, de quien era admirador y entusiasta. No parece sino que la Providencia reunió en Burgos y en aquella casa á estos dos hombres, nacidos para comprenderse y estimarse.

Y por cierto que sería empresa pertinente y de honra para algún disquisidor curioso la de averiguar el grado de relaciones y de intereses morales que pudo existir entre Cristóbal Colón y Jaime Ferrer, y lo sería también la de inquirir cómo y por qué fué á parar á la ciudad cabeza de Castilla, tan apartada de sus viajes y estudios, aquel hombre sencillo y nada palatino, que era, no obstante, el amigo de monarcas tan poderosos como Alfonso V de Aragón y su hijo bastardo el rey de Chipre y su sobrino *Fernando el Católico*; que era tan gran cosmógrafo y tan arriscado marino y viajante; que era consultado por los Reyes Católicos para sus tratados y conciertos con el monarca portugués; que poseía la amistad y confianza de varones tan insignes como el almirante Cristóbal Colón y el gran cardenal de España Pedro Gonzá-

lez de Mendoza, y que, sin embargo, se limitaba á tener una modesta tienda de comerciante joyero en Burgos, donde ocupaba sus ocios en comentar y traducir al catalán la obra famosa de quien él llama en la portada el Divino Dante. (*Sentencias católicas del divi poeta Dant compiladas per lo prudentissim Mossen Jacme Ferrer, de Blanes.* Obra póstuma, publicada por diligencia de los parientes de Ferrer el año 1545 en Barcelona, en la imprenta de Carlos Amorós, provenzal, y dedicada á la condesa de Palamós.)

Y vamos ahora, terminado el episodio relativo al gran almirante de las Indias, al otro recuerdo de que se hizo mención, y que bastaría por sí solo á hacer para siempre imperecedera y sagrada la memoria de esta *Casa del Cordón.* Refiérome al acto de la incorporación defini-

tiva del reino de Navarra á la corona de Castilla, con la cual se completó, después de tantos siglos, la unidad nacional; de la que sólo quedó y queda aún apartado el reino de Portugal, á quien ya llegará su turno, Dios mediante y andando el tiempo.

El 11 del mes de Junio de 1515, estando reunidos en una sala baja de la *Casa del Cordón* los presidentes, procuradores y representantes de las Cortes convocadas en Burgos, con muchos magnates, prelados, caballeros y nobles, don Fernando *el Católico*, que era á la sazón regente gobernador de estos reinos de Castilla y León, declaró que para después de sus días quedaba el reino de Navarra incorporado á la corona real, y, por consecuencia, bajo el dominio de su hija la reina doña Juana, y después del príncipe D. Carlos.

Levantaron acta los escribanos y secretarios de las Cortes, Bartolomé Ruiz de Castañeda, Pedro de Quintana, Pedro de Cuazola y Luis Delgadillo, y una copia autorizada de este documento se conserva en el archivo de Burgos.

Referido queda asimismo cómo en este palacio de que estamos hablando murió Felipe *el Hermoso*, el joven y apuesto príncipe de Austria que vino á casarse con doña Juana, y del que ésta se hallaba tan perdidamente enamorada que con su muerte llegó á trastornarse, perturbándose su razón, ya por otra parte lesionada con los duelos y angustias que le procuraba su esposo, de condición fácil, muy inclinado á devaneos y deportes pretendidos fuera de casa, lejos de su esposa, y muy contrario de su suegro el rey D. Fernando que, junto con el cardenal Jiménez de Cisneros y

otros prudentes varones, veía con dolor cómo aquel mancebo temerario, rodeado de extranjeros mercenarios y de cortesanos aduladores, llevaba por torcidas sendas los negocios del reino.

En la *Casa del Cordón* hay memoria de que, por orden de la reina, se expuso el cadáver en una gran sala y en suntuoso lecho.

Para conservar incorrupto su cuerpo, doña Juana lo mandó embalsamar al uso de Flandes, extrayéndole las entrañas que, guardadas en un jarrón de plata cubierto con un velo blanco, se llevaron á la Cartuja de Miraflores, donde se le dió enterramiento á poca distancia del altar mayor, del lado del Evangelio. Vistieron luego el cadáver con rico traje de brocado forrado en armiños, calzáronle lujosos borceguíes y zapatos á la flamenca, ciñeron su cabeza con una

gorra en que brillaba un rico joyel, pusiéronle en el pecho una cruz de piedras preciosas, y así quedó expuesto dicho cadáver, bajo guardia de reyes de armas con sus cotas y mazas y el estoque real. Después de esto, fué conducido con solemne aparato, rodeado de numerosa guardia armada, según expreso mandato de la reina, por lo que se dirá luego, á la Cartuja de Miraflores, y allí en su sacristía quedó en depósito, dentro de una caja de metal mirrado cubierta con ricas telas de brocado pardo, hasta que doña Juana dispuso llevárselo fuera de Burgos con el gran aparato de aquella insólita procesión fúnebre, compuesta de la reina y sus damas, los obispos de Jaén, Mondoñedo y Málaga, el marqués de Villena, el Condestable de Castilla, eclesiásticos, nobles, caballeros y guardia de jinetes y de infantes, haciendo

las jornadas de noche, con hachas encendidas y en lo más riguroso del invierno, todo lo cual veían pasar los pueblos asombrados; como si fuera concertada hueste y misteriosa cabalgata de duendes y fantasmas.

Pero lo más curioso del caso, y lo que la historia se calla, es que aquel suceso que pareció tener algo de éxtasis y delirio por parte de doña Juana, tuvo, más que de éxtasis y delirio, mucho de premeditación y de rapto. Parece que la reina quiso asegurar el cadáver de su marido, arrebatándolo á la codicia de una dama principal en la corte, enamorada locamente, como la misma doña Juana, de aquel príncipe tan voltario en costumbres como afortunado en amores, la cual había jurado apoderarse del cadáver, ansiosa de poseer en muerte al que poseyera en vida. Pero ya que en

vida no pudo hurtar á aquella dama el amor y posesión de su esposo, hurtóselos doña Juana en muerte, y á esto dicen memorias de aquel tiempo que se debió la fuga de la reina con el ataúd, la numerosa guardia armada de que ordenó rodearle y la romancesca procesión é insólita pompa del acompañamiento.

Nada de esto dice la historia, repito. Y es que la historia se calla á veces muy buenas cosas, y no siempre todo lo que dice es cierto, sucediendo en ocasiones que por no querer dar realce y valor á determinados sucesos, hijos de causas naturales, se atribuye á móviles superiores y á grandezas de alma, cuando no á intuiciones maravillosas, lo que en su origen pudo ser producido por algo insignificante tal vez y menguado, aunque perfectamente natural y propio dentro de la condición humana.

Señaladas memorias guarda también la casa que estamos historiando, del César Carlos I de España y V de Alemania. Dos veces estuvo en ella.

Fué la primera, acompañado de su esposa la emperatriz Isabel, por los años de 1527, cuando todo le sonreía, cuando el porvenir se le presentaba coloreado de oro y de púrpura, cuando su ánimo se disponía y levantaba á grandes empresas y todo lo creía fácil, pareciéndole tener domada la fortuna y sujeto el mundo. Fué la segunda en 1555, el año funesto de los tres cincos, cuando ya todo se le aparecía de color negro, cuando las desilusiones y las inquietudes laceraban y mordían su alma, cuando ya el mundo todo se le venía encima.

Acababa Carlos V de abdicar la corona en favor de su hijo Felipe II, y llegó á Burgos solo, enfermo, caviloso, retraído,

fustigado en su cuerpo y en su espíritu, encerrándose en el palacio del Cordón, testigo un día de sus glorias y grandezas, y teatro entonces de sus soledades y duelos, dispuesto á retirarse del mundo y de sus pompas y á refugiarse en el monasterio de Fres del Val, que fué el primer lugar escogido para su retiro, aun cuando luego mudó de propósito, recogiéndose en el de Yuste, donde acabó en paz y sosiego aquella aborrascada vida, que tanto hubo de turbar y desasosegar al mundo.

Allí, en esta morada palatina, estuvieron también y se aposentaron otros príncipes y monarcas: en 1526, Francisco I el de Francia, el prisionero de Pavía, cuando, firmado el convenio de Madrid, regresaba libre á sus estados; en 1570, la princesa doña Ana de Austria, que venía á España para casar con Felipe II, siendo

recibida en Burgos y en su *Casa del Cordón* con caudaloso estruendo de fiestas, danzas, luminarias, mascaradas y espectáculos; en 1615, Felipe III, que fué acompañando á su hija, llamada también Ana, para celebrar en Burgos sus bodas con el rey de Francia; en 1660, Felipe IV, que fué con igual propósito de acompañar á su hija María Teresa para casarla también con otro rey de Francia, Luis XIV; Carlos II, en 1673, el último y menguado monarca de aquella dinastía austriaca, y por fin, en 1701, Felipe V, el primero de nuestros Borbones, que venía á sentarse en el trono de España, llegando con él el anuncio de aquella terrible y desastrosa guerra llamada de Sucesión, crónica de tristes recuerdos.

Todos estos monarcas, lo propio que muchas reinas, princesas é infantas, de quienes llega á perderse la cuenta, fue-

ron sucesivamente hospedándose en esta *Casa del Cordón*, donde con todo lujo, esplendidez y prodigalidad eran recibidos y alojados por los Condestables de Castilla, quienes, al sucederse y recoger por derecho de legitimidad y de herencia los estados de la casa de Frías y con ellos el título y oficio de Condestable de Castilla, parecían heredar también el cargo de hidalgos aposentadores de los monarcas españoles, los cuales siempre, á su paso por Burgos, fijaban su morada en la *Casa del Cordón*, siendo festejados y hospedados á luz de toda esplendidez y todo gasto, como nunca quizá lo fueron en sus propios palacios.

Y ya con esto queda referido algo de lo que decir me proponía acerca de la *Casa del Cordón*, que tuve afortunada ocasión de visitar y conocer en una de mis excursiones por Castilla. No dije

12

todo lo que pensaba, porque el trabajo resulta largo, como fruto de *ociosidad laboriosa*, que así llama al arte de escribir un personaje de Goethe. Ya diré algún día en otro estudio, si éste no parece mal, lo que me queda en el magín tocante á cosas que me contaron relacionadas con esa casa histórica, que también tiene su leyenda. Pero quede esto para otra vegada, si hay de ello ocasión, que por ésta aquí termino, recomendando á mis bondadosos lectores que visiten, antes que desaparezcan, esa mansión de tantos recuerdos, y otras, y otras, que no los tienen menores, y que esparcidas están por ciudades, por villas y comarcas.

Nuestras regiones españolas se ven pobladas de palacios, de edificios, de monumentos, de castillos, más ó menos conservados, que por ser obras de arte

unos, y tradición otros y recuerdo de sucesos históricos, hablan á la imaginación y al alma, y enseñan muchas cosas que no se aprenden en los libros. De ellos, unos están en ruina por falta de reparo; otros, abandonados por crimen de absenteísmo, que es hoy lo que acaba con la vida de los pueblos, y todos ó casi todos en punible olvido, porque nuestra sociedad aristocrática, en vez de ir á veranear por tierras españolas, donde hay recuerdos que confortan el espíritu, levantan el alma y enseñan lo pasado, se marcha al extranjero á recorrer comarcas que encuentra deleitables y á visitar monumentos que juzga maravillosos, sin advertir que también tenemos en España regiones encantadoras y también monumentos que asombran por los esplendores del arte, por la grandeza de la tradición y por las glorias del recuerdo.

Es de esperar, y así sea, que esas asociaciones de excursionistas, creadas hoy tan á buena hora y con fines tan patrióticos, contribuyan á remediar y extirpar esa peste de absenteísmo que invade malaventuradamente nuestros pueblos y regiones.

Y volviendo ahora á lo que antes indicaba, la verdad es que, bien considerado todo, esos grandiosos monumentos que tanta savia tienen de gloria y guardan tan estimables recuerdos históricos, más que á sus dueños, pertenecen á España, y es crimen de lesa majestad de patria dejarles perecer, arruinar y perderse.

La patria debiera encargarse de ellos cuando sus dueños los abandonan ó entregan á malos usos y miserable venta; pero también entonces fuera necesario que hubiese gobiernos algo más celosos

y previsores. Cierto que algunos de estos monumentos fueron ya declarados nacionales; pero no parece sino que, más que para conservarlos, se hizo para blasfemarlos y escarnecerlos, ya que por malaventura nuestra, y por falta de un ministerio de Artes y de Instrucción pública, cosa que tienen todas las naciones cultas, y aun alguna que no lo es, sucede que lo mismo es darles sello de monumento nacional que expedirles el del olvido, confiándose su custodia á un pobre guarda, más ó menos celoso, quien, por falta de recursos, que muchas veces no tiene ni para el propio sustento, deja que se mantengan por sí solos, sin cuidar de su reparo, hasta que acaban en santa paz y gracia de Dios por derrumbarse y hundirse, cumplida su misión sobre la tierra.

No creo pecar de indiscreto ni de exa-

gerado tampoco, si me atrevo á decir que los monumentos son declarados nacionales únicamente para que tengan el consuelo y la gloria de concluir más pronto su vida en brazos del gobierno, á no ser que se le ocurra á éste llamar á los frailes, y devolvérselos con objeto de que guarden, conserven y reparen aquellos de que con tanto estrépito les echamos, y adonde ahora les restituímos, por no haberlos sabido nosotros guardar, ni conservar, ni reparar.

Porque me parece, supongo, que ya no debe quedar duda á nadie: los monumentos se van... y los frailes vuelven.

7 de Enero de 1894.

EL CASTILLO DE BURGOS

Su antigüedad.—La tierra de los castillos.—El Castillo de las Flores.—El Castillo de la Blanca.—El conde Porcelos.—Fernán González.—Fernando I.—Fiestas en el castillo en honor de la hija del rey moro de Toledo.—Fiestas por las bodas de Alfonso VII. con Berenguela de Barcelona.—Restauración del castillo por Alfonso VIII.—Cortes convocadas por la reina regente Doña Berenguela.—Fernando III.—El castillo en tiempo de Alfonso *el Sabio*.—Personajes que se hospedan en él.—Los trovadores.—El trovador Bonifacio Calvo.—Sancho *el Bravo* y Doña María de Molina.—Minoría de Alfonso XI.—Pedro *el Cruel*.—Recuerdos de este monarca.—Su muerte en Montiel.—Don Enrique *el Dadivoso*.—Su estancia en el castillo.—Juan I.—El castillo en tiempo de Juan II.—Álvaro de Luna.—El castillo en la época de Enrique IV.—El duque de Arévalo.—Alzamiento de los nobles contra Enrique IV.—El castillo proclama á Doña Juana *la Beltraneja*.—La ciudad de Burgos proclama á los Reyes Católicos.—Fernando *el Católico* pone sitio al castillo.—El duque de Villahermosa.—Combates y asalto del castillo.—Isabel *la Católica*.—Guerra de Sucesión.—Sigue el cerco del castillo.—El alcalde de Burgos Alfonso Díaz de Cuevas.—Isabel *la Católica* se apodera del castillo.—Triunfo de los Reyes Católicos.

EL CASTILLO DE BURGOS

I

Famoso fué y célebre el castillo de Burgos entre los que más lo fueron. Aparece siempre con gloria en todas nuestras grandes épocas, y Castilla comienza con él su historia.

Tuvo importancia verdadera en todos tiempos, y la tuvo excepcional en el de los Reyes Católicos, quienes, en la terrible guerra de Sucesión que hubieron de sostener para afirmar su trono, sólo al ser dueños de este alcázar pudieron considerarse reyes de Castilla.

Los árabes, que llamaban á este país

la *tierra de los castillos*, por los muchos, y muy grandiosos y fuertes, que en ella se alzaban, decían que el de Burgos descollaba entre todos como descuella la flor entre las hojas. Á esta frase se debió tal vez el que fuese apellidado *castillo de las flores* en sus primitivos tiempos, según cuenta la tradición, aun cuando no tardó en perder este nombre para tomar el de *castillo de la Blanca*, por ser el de una iglesia levantada casi á sus mismas puertas, á corta distancia de él, en una loma del monte que como de avanzada le servía. Este templo de Santa María la Blanca, según luego se dirá, fué teatro de sangrientas escenas y de empeñada lucha en época de los Reyes Católicos.

Eduardo de Oliver Copóns, que es el cronista de este castillo, y que, con la publicación de su interesante monografía, ha prestado especial servicio á las cien-

cias históricas, se remonta al siglo noveno para buscar el origen de su fundación, y lo encuentra en 884, en tiempos del llamado conde Porcelos, nombre de batalla ó apodo que tomó, ó aceptó, aquel campeón aguerrido de quien van llenas las crónicas en los comienzos de Castilla. Y así fué. Diego Rodríguez, apellidado el conde Porcelos, que figura como el segundo en la genealogía de los condes de Castilla, hubo de ser el fundador.

Baluarte este castillo y alcázar de la independencia castellana, fué escuela de bravos capitanes, y, también, paladión y amparo de la ciudad que á sus pies yacía, ó que de él formaba parte, pues tengo para mí que, en aquellos antiguos tiempos, ciudad y castillo no eran más que un solo cuerpo, viviendo al amparo de una muralla común que les circuía y abrazaba.

Dióse en este alcázar el primer grito de independencia, cuando Castilla se declaró soberana é independiente de los reyes de León, hábil y bizarramente gobernada por quien fué uno de sus más renombrados condes, Fernán González, que comparte con el Cid las glorias legendarias. Desde entonces, seguramente, conserva Burgos el mote de *Caput Castellæ* que se lee en su escudo, como su otro mote de *Camera regia* debe provenir de haber elegido este alcázar los Reyes de Castilla por mansión señorial y centro de sus guerreantes empresas.

Ricos son en sucesos, en historias, en tradiciones y leyendas, sus anales.

Resistió varias veces el empuje de las huestes agarenas, y una de sus páginas de mayor gloria es la heroica defensa con que rechazó un terrible asalto de

los moros andaluces en una de sus correrías por Castilla.

Fué esto precisamente en tiempos de Fernando I. Uno ó dos años antes, poco más ó menos, el de 1050, así como entonces en voces de guerra y en gritos de venganza y de exterminio, ardieron los salones del castillo en luminarias y en músicas y fiestas. Fernando I recibía en ellos á una jóven y bellísima princesa mora, hija de Almedón, rey de Toledo.

Había éste pedido treguas al rey de Castilla en la lucha que sostenían, y, al mismo tiempo, guiaje y salvoconducto para que su hija Kassilda, enferma de grave dolencia, pudiese trasladarse á los dominios castellanos, donde esperaba recobrar la salud con el beneficio de ciertas aguas maravillosas que existían en Briviesca.

Apresuróse Fernando de Castilla á

contestar al rey moro, accediendo á sus demandas. Estipulóse la tregua, trocáronse en cañas las lanzas y la hermosa princesa mora fué recibida en Burgos con toda cortesía y hospedada en su castillo con todo esplendor y fausto. Fernando I se convirtió en galán caballero para con la princesa toledana, y durante los días que ella permaneció en el castillo de Burgos, de paso para Briviesca, fué hidalgamente obsequiada con músicas y danzas, justas y torneos, luminarias y fiestas.

Era esta princesa mora aquella que más tarde, abandonando su religión para hacerse cristiana, se distinguió por sus virtudes y prácticas religiosas, siendo hoy la Santa Casilda venerada en nuestros altares.

En 1128 hubo fiestas también en el castillo por los desposorios de Alfon-

so VII con Berenguela, hija del conde de Barcelona, comenzando los reyes con este motivo á establecer su corte en este alcázar que, de entonces más, á cada momento, aparece en la historia de Castilla, sombrío á veces y misterioso por ser teatro de crímenes ignorados ó de suplicios de dudosa justicia; esplendoroso otras, y atrayente, por serlo de recepciones y saraos, de juras y torneos en regias festividades; temeroso y ensoberbecido, algunas, cuando en él se encerraban los monarcas para desde allí, al amparo de sus sayones y sus muros, fulminar los rayos de sus iras; encendido y amenazador, no pocas, siempre que era cebo de pasiones ó codicia de tumultuantes magnates, durante las aborrascadas bandosidades en que hubo de arder Castilla tantas veces.

Lo hizo un día restaurar y embellecer

el valeroso Alfonso VIII. Cuando hubo reparado sus muros, percudidos y maltrechos por pasadas luchas, y fortalecido y ensanchado sus robustas torres; cuando tuvo exornados sus salones con oros y con mármoles, con pórfidos y jaspes, con suntuosos muebles taraceados y ricos artesones de cedro y de alerce; cuando ya, finalmente, hubo allí reunido las obras más primorosas de los mejores artífices cristianos y mudéjares, se lo dió entonces por arras, en sus desposorios, y por mansión y nido de amores, á su bella esposa Leonor de Inglaterra, la misma que años más tarde, y en aquellos mismos salones por el amor embellecidos, arrastraba luengas ropas de luto y fallecía de duelo y de pesadumbre á los veinte días de muerto el rey su esposo.

En este castillo fué donde, el año 1215,

convocaba Cortes la princesa doña Berenguela, regente del reino durante la menor edad de Enrique I, aquella que, por su varonil entereza, aseguró el trono de su sobrino, minado en sus cimientos por las revueltas que provocaba con sus destemples la abanderizadora familia de los Lara.

En él tuvo luego por largos años su casa y corte aquel otro soberano llamado Fernando III, sucesor de su ~~primo~~ tío Enrique, hijo de Berenguela y nieto de una condesa de Barcelona, quien, como hijo de madre tan varonil y entera, supo ilustrar su trono con altas virtudes, consiguiendo que sus rebeldes magnates, por él domados, le acataran como su señor; que sus pueblos, por él tan atendidos, le proclamasen su padre; que los moros, por él subyugados, le llamaran el invencible, y que, luego, la Iglesia lo

encumbrase á sus altares apellidándole *el Santo*, mientras la historia abría sus páginas para alzarle á las cimas de la inmortalidad y de la gloria.

Vino después á ser huésped y dueño de este alcázar, Alfonso X *el de las cantigas*, el que las crónicas lemosinas llaman *el Trovador* y nosotros *el Sabio*. Durante su reinado, el castillo de Burgos ofrece ancho campo á la disquisición de las crónicas, de las leyendas y de la historia. Mansión fué de fiestas y de esplendores, centro de animación y de vida, y hogar también de conspiraciones, de intrigas y de crímenes.

Por sus galerías discurrieron en tropel los trovadores proscritos y fugitivos de Provenza, que á divertir venían con sus cantos y sus trovas la corte de Alfonso *el Sabio*, pagando así la generosa hospitalidad que les ofrecía el monarca caste-

llano. Y, por cierto, que no hay temeridad en pensar que alguno de aquellos sus huéspedes pudiera ayudarle en sus *loores* y *cantigas*, como es razón creer que su paso por este país hubo de dejar huella y memoria en el habla y en la poesía castellanas, por ellos enriquecidas con muchas primorosas voces, que lograron introducir en el lenguaje, y en él permanecen, según puede comprobar quien dedicarse quiera con algún cuidado á lexicológicos estudios y á investigaciones folk-lóricas.

En sus regias cámaras tuvieron estanza y hospedaje príncipes y soberanos, damas ilustres por su alcurnia, embajadores y magnates, personajes extranjeros, célebres en la historia de sus tiempos. Unas veces el que allí se aposentaba era el príncipe Eduardo de Inglaterra, que venía en representación de su país

para asistir á unas bodas reales, y otras era un simple poeta, trovador errante, Guillermo de Montagnagout, que llegaba como mensajero del conde de Tolosa, y que antes de abandonar el alcázar de Burgos, cumplida su misión cerca de D. Alfonso, le decía á éste en una endereza de sus trovas lemosinas: «Dios honre y galardone al monarca castellano que mejora la prez, que es joven en edad y viejo en juicio, y que siente más placer en conceder mercedes que en recibirlas.»

Allí se hospedó, un día, Marta, la emperatriz de Constantinopla, que acudió á reclamar el apoyo del rey *Sabio*, y allí, también, en su opulento tinelo, fueron festejados los embajadores franceses cuando llegaron para concertar las bodas de la princesa hija del rey de Francia, con el príncipe castellano hijo de D. Alfonso. Y por cierto que, al celebrarse los

desposorios en el año siguiente, el de 1269, el alcázar burgalés se vistió de gala, desplegando todos los aparatos de su lujo y de su fausto, no sólo para obsequio de los jóvenes príncipes, á quienes unía el santo nudo del matrimonio, si que para honrar á los ilustres y egregios personajes que vinieron con este motivo á ser huéspedes del castillo. Las crónicas nos dicen que allí se vieron entonces reunidos, efectivamente, con muchos ricos homes y caballeros del reino de Castilla y de León, y con muchos condes y duques y magnates de Francia, el sultán ó rey moro de Granada; los infantes de Castilla; el marqués de Monferrat, que tenía corte de amor y de trovadores en su tierra, casado con una hija de D. Alfonso; el príncipe de Inglaterra; el gran monarca aragonés, que con su nombre llenaba la tierra toda entonces conocida, D. Jai-

me I *el Conquistador*, padre de doña Violante, reina de Castilla, y su hijo el primogénito y heredero de la corona de Aragón, aquel D. Pedro á quien, más tarde, vengador de Provenza y de sus trovadores, la historia debía llamar *el Grande* y la leyenda *el Épico*, por sus hechos y por su jornada famosa de los Pirineos.

Testigo fué asimismo este alcázar de las suntuosas bodas que enlazaron á dos infantes, hijos del rey, con dos damas de la casa de Lara, familia poderosa de Castilla, que era tan fuerte, y más, que la de los mismos monarcas, y tan alterosa y soberbia, que parecía tener un pie en la primera grada del trono para asegurarlo ó derribarlo, según mejor pluguiera á su ambición ó á sus intereses.

Refieren también las historias que en un torreón de este castillo vivió por espacio de muchos años el trovador pro-

venzal Bonifacio Calvo, amigo, favorito y consejero de D. Alfonso, aquel Bonifacio Calvo de quien se cuenta que tuvo amores con una princesa castellana, á la cual ensalza en sus trovas, diciendo que «si Dios quisiera escoger dama en este mundo, sólo á ella elegiría». Y recordarse debe también que si durante aquel reinado hubo en los salones del alcázar estruendos de gala y de fiesta, y en sus cámaras recepciones de príncipes y de reyes, y si sus puertas se abrieron á todas las aristocracias de la tierra, y si desde lo alto de la torre del trovador se fulminaron aquellos atrevidos serventesios con que Bonifacio llamaba á D. Alfonso al imperio, á la lucha y á la guerra, también, en el fondo de sus negros subterráneos, las bóvedas se estremecían con los lamentos del infortunado infante D. Fadrique, que allí moría bárbaramen-

te degollado por órdenes de su propio hermano el rey D. Alfonso, que pudiera ser llamado por esta causa el vengativo, si por tantas otras *el Sabio.*

El castillo guarda recuerdos de Sancho *el Bravo,* y los guarda también de su mujer doña María de Molina, una de las glorias más puras y legítimas de esta tierra castellana, dama ilustre, heroína de un drama célebre del marqués de Molins, la cual con inquebrantable fortaleza salvó la cuna de su hijo Fernando IV.

En aquellas épocas de turbulencia y de bandosidades para Castilla, el alcázar de Burgos, estando el rey ausente, se alzó con D. Diego López de Haro, señor de Campos, que pretendía ocupar su tenencia; y aun cuando aquella vez se dominó el conflicto, más tarde volvió á presentarse en la minoridad de Alfon-

so XI. Posesionado del castillo D. Juan llamado *el Tuerto*, quiso imponerse á los burgaleses, que lealmente se habían declarado por el joven D. Alfonso; pero la ciudad se levantó en armas contra la fortaleza. Fué cercado el castillo y combatido, y su guarnición hubo de acabar por rendirse, no ciertamente por el combate, aunque sí por el hambre. En brazos de sus leales ciudadanos de Burgos entró el joven Alfonso XI á ocupar el hogar de sus mayores, y fué entonces cuando las crónicas hablan de vistosos torneos celebrados al pie de sus muros, torneos en que tomó parte el mismo monarca, consiguiendo fama de buen justador y de campeón intrépido.

Tristes y sombrías memorias conserva del sucesor de Alfonso XI, de aquel D. Pedro I tan popular en las historias y leyendas castellanas, y que en nuestra

época ha contribuído á popularizar mucho más todavía el ínclito poeta Zorrilla con su obra dramática *El Zapatero y el Rey.* Unos le han llamado *el Cruel* y otros *el Justiciero*, pero aun los que con más empeño intentaron hacer prevalecer este nombre, no pueden menos de confesar que hasta sus más reconocidos actos de justicia tenían todas las apariencias de actos de crueldad.

El castillo de Burgos guarda de él dos sangrientos recuerdos.

Un día apareció colgado de sus muros, á la vista de todos, un ataúd en que se encerraron atropelladamente los restos mutilados del que fué Adelantado mayor de Castilla, Garcilaso de la Vega. El rey D. Pedro, hallándose en Burgos, donde se le obsequiaba, ordenó matar al Adelantado *sin forma de juicio,* según dice la crónica. Sucumbió Garcilaso en

la misma cámara del rey bajo los golpes de maza que le dieron Juan Fernández Chamorro y el ballestero Juan Ruiz de Osia, y en seguida mandó el rey arrojar el cadáver á los toros que en su obsequio se corrían en la plaza, asomándose don Pedro al balcón para ver cómo jugaban las reses con aquellos sangrientos despojos. Guardados en seguida en un ataúd, fué éste colgado del muro del castillo que miraba hacia la plaza *Comparada*, para que todo el mundo supiese, entendiese y pudiese recordar las justicias del rey.

Más terrible fué aún, si cabe, lo que hizo otro día el cruel monarca. Ocurrió el suceso en 1355, según los anales del castillo.

Llegaba el rey de visitar varias poblaciones y comarcas de sus reinos. Durante su excursión había ordenado decapi-

tar á varios nobles y señores, con más ó menos justicia, y todas las cabezas de los ajusticiados mandó llevarlas al castillo de Burgos, donde residía, y adornó con ellas una estancia que ya, de entonces más, tomó el nombre de *Sala de las Cabezas*. Entre éstas se hallaban las de D. Lope Sánchez de Bendaña, comendador mayor de Castilla, D. Gonzalo Meléndez, Pero Cabrera de Córdoba, Alfonso Jofre Tenorio, y otros no menos ilustres.

Sabido es cómo murió D. Pedro. Fué en Montiel, á manos de D. Enrique *el Bastardo,* apellidado por la historia *el Dadivoso* ó *el de las Mercedes,* y también, con más razón, *el Fratricida.*

Durante la recia contienda que hubo entre ambos hermanos, y que fué una de las más crueles guerras civiles de Castilla, D. Enrique, á quien visiblemente fa-

vorecía la ciudad de Burgos, donde tenía muy decididos partidarios, llegó á apoderarse del castillo y también del tesoro que en él guardaba D. Pedro. Ocurrió esto en 1366. Apoyaban á D. Enrique, Beltrán Du Guesclin, el tan renombrado caballero francés, y sus *compañías blancas*, mientras que, á su vez, D. Pedro era apoyado por el hijo de Eduardo III de Inglaterra, Ricardo de Gales, llamado el *príncipe negro*, que vino con gran fuerza de gente en auxilio del monarca castellano.

Derrotado D. Enrique en la batalla de Nájera (1367), las puertas del castillo de Burgos se abrieron nuevamente á D. Pedro, quien penetró en el castillo ejerciendo sangrientas venganzas, y aposentándose en él con su aliado el *príncipe negro*.

No tardó D. Enrique en reponerse de

su derrota. Contando con la ciudad de Burgos que, en efecto, le franqueó sus puertas, cayó sobre el castillo que don Pedro había dejado, con fuerte guarnición, encomendado al rey de Nápoles y al alcaide Alonso Ferrández. Ya entonces se decía, y era proverbio entre el vulgo, que sólo era rey de Castilla quien fuese dueño del alcázar. Por esto D. Enrique, desplegando sus banderas, agrupando á cuantos nobles seguían su causa, reuniendo todas sus fuerzas *enriqueñas*, puso cerco al castillo, decidido á tomarlo á toda costa. La lucha fué porfiada y sangrienta. El cronista Pedro de Ayala, en su historia de Enrique *el de las Mercedes*, y Oliver Copóns en la suya del castillo, dicen que en dos sucesivos asaltos los cercados rechazaron y destruyeron á los sitiadores con sus *granadas* y *piedras*, sus *truenos* y *saetas*, y que

entonces D. Enrique acudió al recurso de *las minas* y las *cavas*, poniendo en tanto aprieto la plaza, que Alfonso Ferrández hubo al fin de entregarla, entregando también al rey de Nápoles.

Ya entonces el alcázar quedó, para siempre más, en poder de D. Enrique, que se coronó rey de Castilla en el monasterio de las Huelgas. Pero no por esto cesó la lucha entre los dos hermanos. Siguió todavía más viva y más encarnizada que nunca, aun cuando fué ya de corta duración.

D. Pedro acabó en Montiel, según más arriba se dijo, y con él su dinastía. Murió á manos de D. Enrique, que subió al trono, manchado con la sangre de su hermano. Nuestro gran poeta nacional José Zorrilla popularizó esta escena en su segunda parte de *El Zapatero y el Rey*.

D. Enrique ocupó el trono, ya sin rival, y el castillo de Burgos fué su estancia. En él tuvieron lugar ceremonias y fiestas, y en su capilla, años más tarde, celebró el rey fratricida con ruidosa pompa las bodas de su hijo el infante don Alfonso con doña Isabel de Portugal, y las de su hija bastarda doña Juana con un hijo del marqués de Villena. Era esta doña Juana fruto de romancescos amores del rey con una hermosa doncella del Barrio de la Vega, á quien llamaba el vulgo *la reina sin corona*, y acerca de la cual existe una poética leyenda.

El sucesor de D. Enrique fué don Juan I, su hijo, que con su esposa doña Leonor se aposentó en el castillo de Burgos, tomándole como centro y corte, siguiendo luego los agitadísimos y turbulentos reinados de Enrique III, Juan II y Enrique IV, cuyos monarcas

parecieron destinados á no tener un momento de paz y de reposo durante su vida, mezclados constantemente en intrigas y en miserias, en luchas y combates, juguete unas veces de ambiciosos validos, víctima otras de arrebatadas pasiones, y siempre condenados á dejar huellas de sangre y sementera de catástrofes á sus pueblos, como si la dinastía encumbrada al trono por D. Enrique llevase consigo la mancha de Caín y la eterna maldición del fratricidio.

Siguieron estos monarcas habitando principalmente el castillo de Burgos, aun cuando ya en época de los últimos comenzó á imponerse la predilección por Valladolid y por Segovia.

Los anales del alcázar burgalés cuentan que en él ocurrió la escena, histórica ó novelesca, de Enrique III, cuando, harto ya de ver que sus nobles vivían en

la opulencia mientras él tenía que empeñar su gabán para procurarse el sustento, invitóles á una fiesta en el castillo, donde, en lugar de la mesa dispuesta para el banquete, encontraron el tajo y la cuchilla del verdugo, de que sólo pudieron librarse mediante la devolución de sus despojos y rapiñas.

Testigos los salones de este alcázar del gran poder y privanza de D. Álvaro de Luna, en época de Juan II, lo fueron también de su desgracia y su derrumbe. Fué en Burgos donde quedó preso, por orden del rey, aquel omnipotente valido que, trasladado más tarde á Valladolid, acabó desastradamente su vida en el cadalso, no obstante ser, según dice su cronista, «el hombre más excelso que vieron los siglos y el mejor caballero que en todas las Españas ovo».

Los mayores y más crueles enemigos

que tuvo D. Álvaro, fueron los nobles acaudillados por D. Pedro de Estúñiga y Leiva, casa y familia poderosas entonces entre las que más lo fueron. Este D. Pedro de Zúñiga ó de Estúñiga, como más comunmente se le llama en las crónicas de Castilla, era hijo del favorito de Enrique III, de quien heredó la alcaidía del castillo de Burgos, y el justiciazgo mayor de Castilla, que le otorgó el rey D. Enrique. Era señor de vastos estados, de Béjar, de Curiel, de Frías y otros muchos, y fué conde de Ledesma, de Trujillo, luego de Plasencia, y más tarde su heredero fué duque de este mismo título y también de Arévalo, según se verá en el curso de esta narración.

Influído Juan II por esta poderosísima casa de Estúñiga, que servía entonces los intereses y los odios de la reina doña Isabel, terció en una miserable in-

triga cortesana, y partió de Valladolid para Burgos llevándose consigo á don Álvaro, cuya pérdida estaba de antemano decretada, habiéndose decidido acabar con él en Burgos, donde el rey podía contar con las fuerzas del castillo, que estaban á devoción de D. Íñigo de Estúñiga, teniente á la sazón del alcázar en nombre de su hermano D. Pedro, conde de Plasencia.

Y así fué como llevaron á D. Álvaro al degolladero. Preso en Burgos, ya no salió del poder de sus enemigos los Estúñiga, á quienes cupo la triste misión de llevarlo custodiado á Valladolid para ver allí rodar su cabeza por las tablas del patíbulo, á los cuatro días de su llegada, el 2 de Junio de 1453. Sólo un año le sobrevivió el rey D. Juan, de quien se dice que murió presa de remordimientos, hondamente obsesionado por el re-

cuerdo y hasta por la visión de aquella ensangrentada cabeza de su privado, expuesta de su orden en ignominiosa é infame picota.

Tal es, contada muy en resumen, y al volar de la pluma, la historia del castillo de Burgos, desde su fundación hasta la época de los Reyes Católicos. Se escribió teniendo á la vista las crónicas de Castilla y la monografía ya otras veces citada del capitán D. Eduardo de Oliver Copóns, que es trabajo de estudio detenido y con gran conciencia realizado.

Importa ahora contar con todo el detenimiento posible, en atención al objeto que el autor se propone, lo que ocurrió con esta fortaleza en tiempo de los Reyes Católicos; y ya para esto hay que acudir á otras fuentes, principalmente á la de Hernando del Pulgar y á la del aragonés Zurita, gran historiador de la

Corona de Aragón, en cuya fe y veracidad puede fiarse plenamente, pues pocos autores llevaron la pluma con tan imparcial criterio, con espíritu tan levantado y con tanto amor á la verdad y á la justicia.

Pero antes de penetrar en la parte de historia que enlaza con la de los Reyes Católicos, referirse debe la que tomó este castillo en los sucesos ocurridos durante el reinado de Enrique IV; y esto es lo que el lector podrá ver al comienzo del capítulo que sigue.

II

El castillo de Burgos fué en el reinado de Enrique IV, que sucedió á su padre Juan II, foco de conspiración y centro de rebeldía. Pudo entonces verse, y me-

jor se vió aún más tarde, cuando los Reyes Católicos, el error en que cayeron los monarcas desprendiéndose de la tenencia de este fuerte para cederla á súbditos poderosos, capaces de faltarles algún día.

Ya en tiempos de Juan II ocurrió un hecho que demostró toda la gravedad del yerro.

La tenencia de la fortaleza de Burgos fué otorgada por el rey Enrique III á su favorito D. Diego López de Zúñiga, Estúñiga ó Stúñiga, que de estas distintas maneras se escribe el nombre por los historiadores, aun cuando parece que la propiedad está en el de Estúñiga, por ser éste el del pueblo ó villa de donde tomaron su apellido. Heredó á D. Diego en sus estados y títulos, y también en la tenencia del alcázar y en el justiciazgo mayor de Castilla, su hijo D. Pedro

de Estúñiga y Leiva, que fué conde de Ledesma y de Plasencia, y sucedió á éste, heredándole en todos sus inmensos bienes y poderosos empleos, D. Álvaro de Estúñiga, que fué duque de Arévalo.

Durante el reinado de Juan II tuvo la tenencia y fué alcaide del castillo, el don Pedro de Estúñiga ya citado, que era señor del Curiel, de Frías, de Estúñiga y Burguillos, conde de Ledesma y de Plasencia. Era la casa de Estúñiga, según ya se ha dicho, enemiga declarada del privado del rey, D. Álvaro de Luna; pero éste, que contaba entonces con el decidido favor del monarca, resistió todos los empujes de aquella familia poderosísima y de los demás nobles con ella coaligados. Sólo pudieron vencer los Estúñiga el día que consiguieron apoderarse de la voluntad del rey, y entonces, como ya se ha visto, D. Álvaro subió al cadalso.

Pero cuando ocurrió el suceso de referencia, D. Álvaro estaba en toda la plenitud de su favor, y nada podían contra él los de Estúñiga, que se aliaron con el que fué después Juan II de Aragón, padre de Fernando *el Católico;* con los hermanos y deudos de éste, los infantes de Aragón, aquellos que, más que por sus hechos, pasaron á la posteridad por las coplas de Jorge Manrique; con el almirante de Castilla D. Fadrique Enríquez; con el Adelantado D. Pedro Manrique, y con otros muchos, formando una liga que tenía su principal centro de conspiración en Burgos por estar posesionados los Estúñiga del castillo, en el cual tenían entonces de alcaide al capitán Pedro de Barahona, que les era muy adicto.

Hubo un momento en que D. Juan II, entregado por completo entonces á su valido, decidió pasar en persona á Bur-

gos, foco de la sedición, y allí fué desde Valladolid, presentándose ante las puertas del castillo, que encontró cerradas para él. Ordenó que se le abriesen; pero el centinela, sin hacer caso de que era el mismo rey quien daba la orden, se limitó á pasar al alcaide aviso de lo que ocurría. Apareció Pedro de Barahona en lo alto del adarve de la puerta, y preguntó si era efectivamente el rey quien allí estaba. Contestóle D. Juan II mandando que se le abriesen luego las puertas, porque quería entrar en su castillo y aposentarse en él. En lugar de obedecer, contestó el alcaide diciendo que no estaba acomodado el hospedaje para su alteza, y que en otra posada podría estar mejor y de manera más conveniente á su rango; insistió el rey de nuevo, y entonces el alcaide manifestó rotundamente que sin orden expresa del conde

de Plasencia, su señor, que estaba á la sazón en Curiel, no podía dar entrada al monarca. Después de mucho parlamentar y de muchas porfías y amenazas por parte del rey, detenido largo tiempo á la puerta como si fuera un oscuro advenedizo, acabó por ceder el alcaide, aunque no sin viva protesta.

Más graves aún y de más trascendentales consecuencias fueron los sucesos ocurridos en el castillo durante el reinado de Enrique IV. La actitud de provocación y rebeldía que tomó entonces la fortaleza de Burgos, ya no debía abandonarla sino con su vencimiento en tiempo de los Reyes Católicos. Por espacio de quince años, poco más ó menos, se mantuvo rebelde el castillo.

En él se juntaron, corriendo el año de 1464, los nobles que, acaudillados por el marqués de Villena, el arzobispo de

Toledo y el duque de Arévalo D. Álvaro de Estúñiga, levantaron pendones contra Enrique IV. De allí brotó aquella poderosa liga que en tantos apuros y en tantos descréditos hubo de poner á Enrique *el Impotente.* Aquellos nobles ambiciosos y turbulentos, de quienes era muy principal cabeza D. Álvaro de Estúñiga, duque de Arévalo, que tenía el castillo de Burgos y era Justicia mayor del reino, así apoyaban á D. Enrique como le combatían, según lo juzgaban más conveniente á sus menguados intereses de ambición ó de codicia. Unas veces eran partidarios de D. Enrique, y reconocían como heredera del trono á su hija doña Juana; otras, proclamaban rey al hermano del monarca D. Alfonso y deshonraban á doña Juana aplicándole el infamante renombre de *la Beltraneja,* que le conservó la historia; y

así juraban luego por heredera del reino á la princesa doña Isabel, como se desjuraban más tarde á la muerte de Enrique IV, para de nuevo admitir á doña Juana, á quien proclamaban reina de Castilla, casándola con el rey de Portugal, y abandonando á doña Isabel, enlazada ya entonces con D. Fernando.

Centro fué de todas estas intrigas y foco de perenne conjura el castillo de Burgos, presidiado con fuerzas del duque de Arévalo, el cual nombró por alcaide á su hijo Juan de Estúñiga.

Sabido es lo que ocurrió en aquella memorable guerra de sucesión, que ensangrentó los campos de Castilla al comenzar el reinado de D. Fernando y doña Isabel. El rey de Portugal vino á Castilla, llamado por el marqués de Villena, el duque de Arévalo, el arzobispo de Toledo, el obispo de Burgos y otros

muchos nobles y prelados. Tan pronto como llegó tuvo lugar la ceremonia de su casamiento con su sobrina la princesa doña Juana, y, proclamándose Reyes de Castilla, comenzó la guerra contra doña Isabel y D. Fernando.

Mientras acaecían en distintas partes del reino los sucesos que descritos quedan en la historia de los Reyes Católicos, el castillo de Burgos alzó pendones por doña Juana y por D. Alfonso como reyes de Castilla, y la ciudad, aunque fué por breve tiempo, siguió el ejemplo de su alcázar. Juan de Estúñiga, alcaide de la fortaleza á nombre de su padre el duque de Arévalo, teniendo por capitanes á Íñigo López de Mendoza y á Pedro de Cartagena, se hizo fuerte en el castillo y en la vecina iglesia de Santa María *la Blanca,* apoyado por D. Luis de Acuña, obispo de Burgos,

que hubo de retirarse al castillo de Rabé cuando la ciudad en masa, sublevándose contra la tiranía del obispo y de los Estúñiga, se levantó en favor de doña Isabel de Castilla y de su esposo D. Fernando de Aragón. Gran valor el de aquellos patriotas ciudadanos, pues que se exponían, como así fué, á las iras de sus dos fortalezas vecinas, el alcázar y el castillo de Rabé.

Al ver D. Juan de Estúñiga que la ciudad se apartaba de su bandera negándose á reconocer por rey al de Portugal, comenzó á hostilizarla, apremiándola y haciéndole cruda guerra, lo cual, por su parte, hacía también el obispo desde el fuerte de Rabé. En apurado trance se vieron los de la ciudad, que apenas tenían gente para resistir y ningún capitán de nombradía á su cabeza. Hubieron de soportar los daños que con

los trabucos les causaban desde el castillo y sufrieron la quema y despojo de trescientas casas que constituían una calle principal, llamada de las Armas, inmediata á la fortaleza.

En esta situación, decidieron enviar embajada á los Reyes D. Fernando y doña Isabel, que se hallaban en Valladolid. Llegaron los mensajeros ante aquellos monarcas, y al ofrecerles la ciudad de Burgos, por ellos declarada, pidieron favor para mantener en su obediencia la que era cabeza de Castilla y cámara de reyes, librándola de los rebatos á que, constantemente, de día y de noche, estaban sujetos por la vecindad y enojos de Juan de Estúñiga y del obispo Luis de Acuña, que era un prelado fiero y batallador, como todos acostumbraban á serlo entonces. Comprendieron los Reyes toda la importancia del caso

y lo trascendente que podía ser para su causa el asegurar la ciudad de Burgos, que era como tener en su mano la llave de Castilla.

Don Fernando decidió pasar inmediatamente á dar favor á los de Burgos con su presencia, así como los del castillo decían que el rey de Portugal iba por su persona en su socorro; y entretanto que se aderezaba la gente de armas que había de ir con él, envió con fuerzas á D. Alonso de Arellano, conde de Aguilar, á D. Pedro Manrique y á D. Sancho Rojas, señor de Cavia, haciendo partir después á Esteban de Villacreces con ciento y cincuenta de á caballo.

Fueron estos caballeros á Burgos y pusieron sus estanzas, por la parte de la ciudad, contra el castillo y contra la iglesia Santa María *la Blanca*, que estaba muy fortificada. Contuvieron con esto

el arrojo de los del castillo, impidiendo sus salidas y rebatos á la ciudad; pero poco daño les hacían, ya que por la puerta llamada de la *coracha* ó *coraxa* entraban los socorros y pertrechos enviados por el obispo Acuña, y salían á diversas expediciones, sin obstáculos, las fuerzas que destacaba D. Juan de Estúñiga.

En esto, hacía muy grande instancia el duque de Arévalo para que el rey de Portugal fuese á socorrer el castillo, afirmando que en la posesión de aquel alcázar consistía la victoria de su empresa; pero como ya entonces andaba el portugués más recatado y sospechoso, viendo cuán vanas salían las promesas en lo de la gente que se le había ofrecido y las facilidades que se le habían dado, decidió dejar para más tarde el socorro de Burgos, y creyó que era me-

jor por el pronto apoderarse de la ciudad de Toro, que por traición de Juan de Ulloa se le ofrecía.

Salió bien en su empresa de Toro el rey de Portugal. No así D. Fernando, el de Castilla, que acudió para arrebatar su presa al portugués y hubo de retirarse; pero decidió buscar mejor fortuna acometiendo la empresa del castillo de Burgos, que creyó más decisiva, porque aquella fuerza, siendo tan principal y en aquella ciudad cabeza de Castilla, daba grande autoridad á su enemigo, y sólo podía considerarse señor del reino quien la tuviera.

Partió D. Fernando para Burgos, acompañado de su hermano bastardo D. Alfonso, duque de Villahermosa, que le prestó señalados servicios en aquella guerra, como gran capitán que era, siendo este D. Alfonso el que introdujo en

Castilla las máquinas de guerra llamadas rabadoquines, antes desconocidas. Acompañáronle también otros caballeros, y entre ellos, como muy principal, el condestable de Castilla, de quien se murmuraba que pretendía la tenencia de aquel castillo en competencia con el conde de Treviño, su personal enemigo, que la quería para sí. Sucedía con estas competencias, ambiciones y rivalidades, que los del castillo tenían también amigos en la corte, y á veces hasta fueron secretamente favorecidos.

Llegado D. Fernando á Burgos, á mediados de Junio de 1475, fué muy bien recibido por el pueblo, y también por el clero, que se apresuró á rendirle homenaje como en protesta de la conducta que seguía su prelado el obispo Acuña. Inmediatamente dió el Rey vigoroso impulso á las operaciones, que quiso llevar

con toda actividad, pues de una parte temía que viniese el portugués á socorrer á los sitiados, y de otra recelaba que pudiera acudir Luis de Francia por Fuenterrabía á dar favor al rey de Portugal.

Por orden de D. Fernando, y dirigiendo él en persona los trabajos, se pusieron estanzas por de dentro de la ciudad y por de fuera contra el castillo y contra la iglesia de Santa María *la Blanca*, que era como una segunda fortaleza. Abriéronse en seguida grandes cavas en circuito de todo el castillo, de manera que ninguno pudiese entrar ni salir. También las estanzas, que estaban por de fuera la ciudad, quedaron fortificadas de cavas y baluartes, y colocáronse baterías de ataque con ingenios, lombardas, pedreros y otros tiros de pólvora, con los cuales se combatía reciamente.

Ya todo en esta disposición y orden, creyó el Rey que debía atacarse lo primero de todo la iglesia de Santa María la Blanca, convertida por los rebeldes en una verdadera fortaleza, con presidio de 400 hombres de armas, al mando de un valeroso capitán, que se llamaba Juan Sarmiento y era hermano ó deudo del obispo de Burgos. Tomado este fuerte, parecía ya más fácil la batería y combate del castillo.

Señalóse día para el asalto, y, llegados los pertrechos, comenzó bravamente la lucha por seis partes á un tiempo. La empresa fué ruda. Duró la pelea todo el día, y aun cuando los sitiados recibieron gran daño, siendo excesivo el número de sus muertos y heridos, mayor hubieron de recibirle los asaltantes, entre quienes fué extraordinario el desastre por tener la gente más expuesta á los

tiros de la artillería. Al ver tan brava defensa por parte de los cercados y tanta mortandad entre los suyos, D. Fernando mandó cesar el combate, retirándose á su campo, triste y afligido por su poca fortuna, pero más aún por la muerte de dos caballeros muy valientes, y de él muy favorecidos, Galcerán de Santa Pau y Pedro Boil, de linaje catalán, que en aquella jornada murieron noble y honradamente.

Cuenta Hernando del Pulgar que al día siguiente, al ver lo muy enflaquecida que hubo de quedar su gente de armas por el poco fruto que de su trabajo se había conseguido, reunióla el Rey y trató de esforzarla, hablándole de esta manera:

—«No penséis, caballeros, que habéis hecho poca fazaña en el combate que ayer fecisteis, aunque no ovimos fruto

de nuestro trabajo. Porque como quiera que aquellos mis rebeldes no fueron tomados, pero muchos dellos son feridos, é los que quedan sanos están ya tan cansados de vuestras manos, que no esperarán segundo combate. Ni menos se crea que vuestra flaqueza é su valentía los ha defendido; mas defendiólos la disposición del lugar é su desesperación que los face pensar ser muertos la hora que fueren tomados. Por ende, si á ellos conviene ser constantes en su trabajo por escapar, á nosotros es necesario perseverar en nuestro esfuerzo por vencer; é no perdamos la voluntad que teníamos al tiempo que fecimos el primer combate; é con los pertrechos más y mejores que he mandado traer, tornemos á la facienda, é yo espero en Dios que los habremos á las manos.»

Y así fué, efectivamente. Las espe-

ranzas del Rey no tardaron en cumplirse. Sus nobles palabras y su caballeresca actitud levantaron el ánimo de los suyos, preparándole á nuevo combate y á mayor y más segura empresa; pero no fué necesario. Los que estaban en la iglesia quedaron maltrechos por el rigor de la jornada, y muchos muertos y heridos. Y como se convencieron de que el Rey se disponía para tornar al asalto, y no tenían gente sana para resistirlo, como tampoco lo necesario para los heridos, que eran muchos y de los principales, decidiéronse á demandar pleitesía al Rey, ofreciéndose á entregarle el fuerte de la iglesia, si les aseguraba las vidas. Accedió á ello D. Fernando, pues aun cuando había ya mandado aparejar todas las cosas necesarias para el segundo combate, creyó, como prudente capitán, que conseguiría mayor victoria al-

canzándola sin dar causa á más muertes y desastres.

Así fué como quedó en poder del Rey la iglesia de Santa María la Blanca, donde se apresuró á poner numerosa fuerza y por capitán mayor de ella á D. Juan de Gamboa, comenzando entonces á verse más apretados y más reciamente combatidos los del castillo, cuyos alientos prinpiaron á menguar en tanto cuanto iban recreciendo los de la gente de D. Fernando, alborozada ya con el triunfo de Santa María la Blanca.

Cada día era, en efecto, más premiosa la situación para los defensores de la plaza. Habida la iglesia, é informado el Rey de que podía por minas tomar el agua del pozo del castillo, mandó luego minar por seis partes. Al sentir las minas los de dentro, hicieron en el acto sus contraminas con cuantos aparejos pudie-

ron, para no recibir daño de ellas; pero viéndose muy trabajados, así de los reparos que hacían para las minas como de los tiros de los ingenios, que no cesaban de día ni de noche, y de las lombardas que maltrataban sus muros, acordaron enviar mensajeros al duque de Arévalo á requerirle que les socorriese, porque cada día se veían más apretados y con mayores necesidades de auxilio.

Recibido el mensaje por el duque de Arévalo, que tenía gran naturaleza en aquella ciudad, por haber poseído su padre y su abuelo la tenencia de aquel castillo, se apresuró, á su vez, á despachar un mensajero al rey de Portugal, que estaba en Toro. Fué el enviado, según parece, aquel mismo caballero Juan Sarmiento á cuyo cargo estuviera la defensa de Santa María la Blanca, que se

había visto forzado á rendir, entregándola al rey D. Fernando.

En este mensaje, dirigido al monarca portugués, decía el duque de Arévalo: «Que su casa era una de las mayores de Castilla, y que la mejor cosa de toda ella era la tenencia del castillo de Burgos, la cual habían tenido su padre y abuelo, y con ella fueron siempre honrados, y sostuvieron, y él sostenía, el estado y patrimonio que sus padres y abuelos le dejaron: Que le hacía saber que los Reyes de Castilla, teniendo aquella fortaleza, tenían título al reino, y se podían con buena confianza llamar reyes de él, por ser cabeza de Castilla: Que había cuatro meses que el rey D. Fernando de Sicilia la tenía cercada y la combatía continuamente de noche y de día con ingenios y lombardas, y con minas debajo de tierra, en los cuales combates eran muertos y

de cada día morían muchos de sus criados y parientes, y los que quedaban, con suprema angustia llamaban á grandes voces desde el muro á D. Alfonso, rey de Castilla y de Portugal, que les socorriese en el aprieto y peligro en que estaban: Que, dado que tuviesen mantenimientos en abundancia, no podrían sufrir muchos días la pesadumbre que les fatigaba, peleando de día para defenderse, y de noche trabajando para reparar lo que destruían los ingenios y lombardas: Que un grande lienzo del muro estaba para caer en el suelo, y que si aquél caía, juntamente con él caería todo el estado del duque, y aun el suyo recibiría grave mengua, y le quedaría muy poca parte en Castilla, porque los ojos de todos no miraban otro fin en aquella demanda sino el fin que tuviese el cerco puesto sobre el castillo de Burgos.»

El mensaje del duque de Arévalo terminaba suplicando al rey de Portugal: «Que socorriese á los que estaban en el castillo porque no pereciesen, y ayudase al duque porque no lo perdiese, y proveyese á él mismo que proseguía esta demanda, porque no recibiese el daño que habría, si el castillo viniese á manos del rey su adversario.»

Recibido este mensaje, decidió el rey de Portugal partir en socorro del castillo de Burgos, comprendiendo de cuánta importancia y trascendencia era la empresa para su causa. No pudo hacerlo, sin embargo, con toda la diligencia y todas las fuerzas que el caso demandaba. Con gran trabajo reunió 3.000 infantes y 1.500 caballos, que le procuraron principalmente el mismo duque de Arévalo, el arzobispo de Toledo y el marqués de Villena, y emprendió la marcha hacia

Arévalo y Peñafiel, donde se detuvo más tiempo del que era conveniente, pues andaba muy recatado y sospechoso de todos, y con recelos y faltas que cada día le recrecían.

Cuando se supo que el monarca portugués pasaba á socorrer el castillo de Burgos, la Reina doña Isabel, que estaba muy al cuidado de las cosas de aquella guerra, mandó apercibir cuanta gente pudo de la comarca de Valladolid, y, poniéndose varonilmente á su cabeza, fué á situarse en Palencia. El punto era estratégico y muy oportunamente escogido, porque desde allí tenía muy segura la entrada para juntarse con el rey su marido por Torquemada, Palenzuela y Pampliega, y por la fortaleza de Cavia, que estaba debajo de Muñón, sin recibir daño de los enemigos.

D. Juan de Silva, conde de Cifuentes,

á quien la reina de Castilla había puesto en Olmedo, por capitán, contra la gente del rey de Portugal, que estaba en Arévalo, tuvo un encuentro, del que no salió bien parado, por desgracia. Peor infortunio le cupo en suerte á D. Rodrigo Pimentel, conde de Benavente. Mayor fué y más terrible el trance en que se halló éste.

Por ser caballero en quien la Reina doña Isabel depositaba gran confianza, diósele el mando de la vanguardia, y ganoso de corresponder con superior aliento y ánimo esforzado, olvidando que muchas veces daña la confianza, mientras que el temor provee, fué á situarse en el pueblo de Batanas, muy cerca de Peñafiel, donde había puesto su real el monarca portugués. En vano fué decirle que no era pueblo aquel, ni punto para sostenerse en caso de ser atacado, pues Ba-

tanas era un lugar llano y abierto, de flaca cerca, en muchas partes aportillada y sin aderezo alguno de defensa.

Vanamente se le advirtió que en las empresas de guerra el capitán debía someter las cosas á la razón, más que á la fortuna, y antes que del valor ampararse de la prudencia. El conde de Benavente desdeñaba aquellos consejos por parecerle hijos de flaqueza y desánimo, y no sólo se obstinó en mantenerse allí, con más confianza en su gran aliento que en la poca defensa del lugar, sino que caía en continuos rebatos sobre los de Peñafiel, á quienes parecía retar para que saliesen al campo.

Ocurrió lo que no podía menos de suceder y lo que el de Benavente parecía solicitar con empeño. Una mañana, al rayar el alba, el alarma de los centinelas advirtió al conde que estaba cercado

el lugar de Batanas. Favorecidos por las sombras de la noche, acudieron á rodear el pueblo con numerosas fuerzas el rey de Portugal en persona, el arzobispo de Toledo y el marqués de Villena, y el combate comenzó por ocho partes donde estaba más flaca la cerca. Púsose el conde de Benavente en defensa con toda su gente, que era brava ya que poca; y por dos veces, con heroico esfuerzo, rechazó á los portugueses y castellanos unidos que asaltaron el lugar. Duró el combate desde el alba hasta la hora de vísperas, y por fin los enemigos se hicieron dueños de Batanas, matando á mucha gente del conde, hiriendo á éste y llevándosele preso con todos los caballeros de su casa que con él estaban y todos los despojos y hacienda que en el lugar hallaron.

Mucho pesó de este lance á la Reina

de Castilla, así porque su gente se disminuía, como también por el afecto que profesaba al conde, y por creer que el rey de Portugal tomaría mayor orgullo para ir á socorrer el castillo de Burgos; y así mandó que toda la gente que estaba puesta en guarniciones alrededor de Peñafiel, se recogiese y fuera para Palencia, donde ella estaba, con objeto de ir tras del rey de Portugal y á sus espaldas, si movía para Burgos.

No hubo necesidad de esto. Ocurrió lo que menos podía esperarse. Ya fuera que el monarca portugués se diese por satisfecho con esta jornada, de que hubo gran contentamiento; ya por tener noticia de que la Reina quería ir con todas sus fuerzas en su seguimiento, encerrando á la hueste portuguesa entre las gentes de D. Fernando que se disponían á recibirlo y las de doña Isabel que se

preparaban á combatirlo por retaguardia; ya fuese, por fin, como dice algún cronista, que el portugués tuviera noticia secreta de que la ciudad de Zamora ardía en deseos de reconocer á los Reyes de Castilla, y quisiera él impedirlo, prefiriendo al socorro de Burgos la guarda de Zamora, por creer esta ciudad el mejor fundamento que tenía para su demanda, como plaza fuerte y populosa y cercana á su reino de Portugal; lo cierto es que, de repente, conseguida la victoria de Batanas, en vez de avanzar para Burgos, que era su objetivo, retrocedió para Arévalo y Toro, donde acordó tener su campo durante aquel invierno, á la vista de Zamora, y en previsión de lo que en ella pudiera ocurrir, como ocurrió efectivamente.

De esta retirada, cuando ya estaba en camino para socorrer el castillo de Bur-

gos, hubo gran enojo la casa de Estúñiga. Jamás le perdonó el duque de Arévalo al rey de Portugal, y de esto vino que la familia de Estúñiga, toda, resentida al ver la pérdida del alcázar de Burgos por no habérsele socorrido á tiempo, se apartase de la causa que con tanto empeño había hasta entonces defendido y reconociese á D. Fernando y á doña Isabel como monarcas de Castilla.

D. Fernando, al tener noticia de la retirada de su adversario, á quien se disponía á recibir con todas las más fuerzas acumuladas y los mayores preparativos hechos, volvió todos sus esfuerzos contra el castillo, y, mientras, la Reina doña Isabel se partió otra vez para Valladolid, desde Palencia, con el Cardenal de España y los demás caballeros y gente que con ella salieron para opo-

nerse al intento del monarca portugués.

El cerco de la fortaleza de Burgos prosiguió entonces con mayor empeño que nunca. Cuentan las crónicas que el Rey mandó poner gran diligencia en las minas que iban por debajo de tierra ahondando para llegar al pozo del castillo, pues pensaba que éste sería tomado en cuanto se tomase el agua. Los trabucos y las lombardas gruesas no cesaban de disparar contra el fuerte, de noche y de día. Algunas veces salían los sitiados á pelear con los sitiadores, cayendo sobre su campo, y otras veces, á un mismo tiempo, iban los de dentro por debajo de tierra, valiéndose de sus contraminas, en acometida contra los que minaban; de manera que muchos días acaeció pelear, á la vez, por debajo de tierra por dos sitios, y encima de tierra por tres ó cuatro. Seguíase de estos

combates mucho daño por una y otra parte; pero no menguaba el valor ni en unos ni en otros, alentados bizarramente aquéllos por su alcaide y capitán el de Estúñiga, y los sitiadores por el Rey D. Fernando, el duque de Villahermosa su hermano bastardo, el almirante y el condestable, que trabajaban con empeño, *veces peleando por sus personas, veces proveyendo ó favoreciendo de gentes do era necesario.*

Según deducirse parece de lo que cuenta Zurita, el conde de Benavente, caído prisionero en Batanas, poco tardó en recobrar la libertad por empeño de la duquesa de Arévalo, que era prima suya y estaba entonces en la corte del rey de Portugal; pero debió esta libertad, muy principalmente, al compromiso que hubo de contraer para procurar con el rey de Castilla que se dejase de com-

batir el castillo de Burgos. Negóse resueltamente á ello D. Fernando. Entendía éste que todo el buen suceso de la guerra estaba en cobrar aquella fortaleza, porque su adversario con ninguna cosa se autorizaba tanto como en tener de su mano el castillo de Burgos por ser cabeza de Castilla. Jamás quiso que le hablaran de abandonar el sitio, y cuando á la postre hubo de partir de Burgos, llamado secretamente para acudir á Zamora, donde sólo se esperaba su presencia para proclamarle, dejó órdenes terminantes á su hermano el bastardo de Aragón y al condestable D. Pedro Fernández de Velasco para que el castillo fuese combatido sin tregua y á todo trance.

Ausente el Rey, siguió la empresa con igual empeño, hasta llegar el instante en que los sitiados, por haber ya recibi-

do mucho daño y viendo cómo la gente se les disminuía, recreciendo en número sus muertos y heridos, acordaron guardar la fortaleza y no salir á más escaramuzas, según antes solían. Fueron entonces los sitiadores avanzando sus estanzas contra la fortaleza, hasta ponerlas tan cerca de las torres que era fácil alcanzarse de una y otra parte con piedras tiradas á mano, y aconteció que muchas veces llegaron á hablarse unos y otros amonestándose y reprendiéndose mutuamente. Los cercados decían á los de las estanzas que confiaban en que el rey de Portugal iría á socorrerles, porque así se lo enviaba á decir, como tenían también esperanza de ver llegar al rey de Francia con gran poder de gente, por todo lo cual estaban cada vez más rebeldes y no querían aceptar parlamento ni partido alguno, llamando des-

de el muro á grandes voces: *¡Alfonso, Alfonso, Portugal, Portugal!* á lo que contestaban los otros apellidando: *Castilla, Isabel y Fernando.* También ocurrió alguna vez que los de dentro enseñaban á los de fuera pan, perdices, naranjas y otras cosas para demostrarles que tenían abundancia de todo y no estaban en trance de rendirse por falta de víveres.

Un alcalde de Burgos, que se llamaba Alfonso Díaz de Cuevas, y que con gente de la ciudad guardaba una estanza de las más cercanas al muro, tuvo un día ocasión de hablar con algunos de los que eran principales entre la gente del castillo, amigos suyos, y trató de persuadirles para que abandonasen su resistencia y empeño.

«En vano desde las almenas de Burgos, cabeza de Castilla, les dijo, llamáis

á Portugal para que os socorra. Muy engañados vivís, y mal pensamiento es el vuestro si esperáis socorro de aquellos á quienes vuestros padres y abuelos tuvieron por enemigos. Gemir debieran esas almenas, gemir debieran los vecinos de este lugar, y aun toda la lealtad castellana, ya que jamás pudieron pensar las gentes, ni creer los hijos de Burgos, que aquellos encargados de guardar su castillo llamasen á los portugueses por ayudadores. Mientras que los de Zamora, cercanos á Portugal, guardan su lealtad como buenos castellanos echando de su ciudad al portugués, los del castillo de Burgos le llaman por su rey y por él perecen y se sacrifican, como si de su ley fuera y de su sangre. Vivís miserablemente engañados. Aquel á quien invocáis por rey os abandona y olvida, pues estando aquí tan cerca, tor-

ció su camino y se retiró, temeroso de ser vencido en la batalla á que le brindaban nuestros legítimos Reyes de Castilla, D. Fernando y doña Isabel. Estos son los monarcas á quienes debierais acatar, y á quienes obligados estáis por ley ineludible de honor, de fidelidad y de deber. Reconoced vuestro yerro, y no ensangrentéis por más tiempo la tierra patria fomentando intrigas y discordias. Fomentar la discordia en tierras de que todos somos hijos, es una maldad; proclamar al extranjero en lucha con el rey legítimo, es un crimen, y crimen es también batiros contra vuestros hermanos. No derraméis tan míseramente vuestra sangre por aquellos que os son ingratos. Guardad vuestro valor y vuestro ánimo, con vuestra sangre y vida, para servicio de vuestro Rey y Reina, como sois á ello obligados, que

los Reyes de Castilla, bondadosos y nobles, os admitirán como hijos y, perdonando vuestros yerros, os harán reparo en vida y en personas. Habed ya, por Dios, compasión de vuestra naturaleza y de vuestras moradas que veis arder, y tened piedad de vosotros mismos y de vuestra fama, ó siquiera de vuestras mujeres é hijos que, viviendo vosotros, andan como viudas ó huérfanos, arrastrando dolorosa vida sin esperanza y sin consuelo.»

Con estos y otros razonamientos trataba el buen alcalde de quebrantar el ánimo de los sitiados, y no le fué difícil conseguirlo, ó, por lo menos, los puso en gran confusión y lucha, alzándose entre ellos dos partidos poderosos, unos clamando por ceder y por resistir los otros. Vino en esto á decidir la contienda, terminando así los debates, una profunda

brecha abierta por las lombardas en el muro, que hubo de derrumbarse en gran parte, introduciendo en la fortaleza el terror y el desánimo.

Consideróse llegado el momento de capitular, perdida ya toda esperanza en el rey de Portugal y en el de Francia, pues ninguno de los dos acudía al socorro y al reparo del castillo. Pidió el alcaide parlamento al duque de Villahermosa, y entendióse con él y con el condestable, ofreciendo entregar la plaza, si antes, en el término de sesenta días, no fuese socorrida, mientras se asegurase á todos la vida, se les perdonase y se les restituyeran sus bienes y haciendas.

El duque de Villahermosa, tal vez por no considerarse con facultades bastantes, envió mensaje de lo que ocurría á la Reina doña Isabel, que se hallaba en Valladolid, y en seguida acudió ésta á

Burgos, celebrando varias conferencias con el alcaide del castillo y conviniendo en concederle cuanto pedía para él y para los suyos, pero con la expresa condición de que ellos *habían de hacer seguro de estar siempre al servicio del Rey é de la Reina.* De esta cláusula no hablan Hernando del Pulgar ni Zurita al dar cuenta de la rendición del castillo, pero se encuentra consignada en el auto de capitulación que se conserva en el municipio de Burgos.

Así terminó aquel porfiado sitio, y así entraron á ser dueños del alcázar los Reyes Católicos, quienes, ya desde aquel instante, vieron abierta ante sus pasos la senda del triunfo y de la gloria.

EL CUENTO DEL CID

(TRADICIÓN DE FRES DEL VAL

EL CUENTO DEL CID

Á seis kilómetros de Burgos próximamente, pasado el pueblo de Villatoro, y á la derecha de la carretera, se ve asomar por entre un grupo de chopos lombardos, álamos, olmos y nogales, lo que existe en pie del que fué un día famoso Monasterio de Fres del Val: su triste, viuda y solitaria espadaña; los robustos muros de la que fué su grandiosa iglesia; las viejas paredes que resguardan su claustro gótico-florido, resto admirable de su antigua majestad.

Se levanta el monasterio en la falda

de un monte que se parte en dos, como para darle abrigo y grato asiento. Parece abrirse en dos brazos, que extiende por uno y otro lado cual si quisiera protegerle y estrecharle en ellos, ó mejor, como si los abriera prolongándolos á uno y otro lado por el valle, para que desde las ventanas del edificio se pudiera gozar del soberbio panorama que ante él se despliega.

Fres del Val es hoy una verdadera ruina que, por fortuna, parece haber encontrado quien se ocupe en ella para restaurarla.

Muy cerca de Fres del Val está el Vivar del Cid, que recuerda las mocedades de aquel héroe legendario; y á muy cortas distancias tiene también otros sitios de honradas y memorables tradiciones en los anales de la vieja Castilla.

Junto á la puerta de la que fué igle-

sia, á la derecha, hay el monte, al que se sube por una cuesta que se llama *de la Reina*, y acerca del cual existe una dramática leyenda que contaré otro día.

Á su izquierda se halla el otro monte, á cuya cima conduce otra cuesta, que se llama *de los Grillos*. La meseta de este monte tiene una vasta extensión, llana, fácil, cómoda, especie de paseo enyerbado que se prolonga tres ó cuatro kilómetros al menos, sin que el menor accidente ni la menor ondulación del terreno pueda interrumpir ni alterar el paso tranquilo del caminante ó el soberbio galope del caballo.

Por un lado extiende este monte su llanada hasta llegar á un cabezo, desde donde se puede ver, en lo hondo, como á los pies, todo el territorio que rodea á Burgos: el cerrete en cuya cima se alza la Cartuja con sus líneas de ataúd y los

pináculos en forma de fúnebres blandones que la rodean; las Huelgas famosas y tan renombradas, cuyas monjas eran damas palatinas y sus abadesas reinas soberanas; las ruinas del castillo burgalés, que tan ruda resistencia opuso á los Reyes Católicos, y los grandes paseos de sombrosos árboles, que hoy ciñen con rico cinturón de follaje á la ciudad que fué sede de primates, cámara de reyes y cabeza de Castilla.

Por el otro lado es por donde la meseta se extiende y prolonga, siempre sembrada de menuda y olorosa hierba que es alfombra tendida á los pies del caminante, el cual puede deleitar su vista con la de peregrinos paisajes, viendo tenderse en el fondo del valle, y entre florestas, los pueblos de Quintanilla, Vivar del Cid, Soto Palacios, Cercedilla, Villaverde y otros muchos.

Esta es la meseta de la leyenda, la del cuento del Cid.

Y esta leyenda hela aquí, desnuda, sencilla, escueta, con toda su nebulosidad, todo su misterio y todo su romanticismo; hela aquí, tal como hube yo de recogerla de labios de un octogenario, que fué en sus buenos tiempos mozo de espuela al servicio y mandato de los monjes de Fres del Val.

Todos los años, el día de Difuntos, que es, según parece, aquel en que se da huelga á los muertos, promediada ya la noche, un caballero, vistiendo mallas, ciñendo yelmo y embrazando escudo, jinete en su caballo encubertado, va subiendo lentamente, solapado por las sombras, la cuesta que conduce á la meseta. Una vez en ella, el misterioso jinete se dirige al cabezo y, á guisa de atalayador vigía, pasea su vista por las cercanías de

Burgos, abrazando y acariciando con su mirada toda la vasta extensión de dormida tierra que se distingue desde el cabezo, como si pretendiera desvelarla con el rayo de sus ojos. En seguida, virando su caballo y aplicándole la espuela, se lanza á una carrera desesperada todo lo largo de la meseta, que recorre unas veces al trote y otras á escape, como si fuese aquel sitio arena de palenque dispuesto para militares ejercicios de torneo, hasta llegar el momento en que, fatigados ya cabalgante y cabalgadura, se asoma de nuevo al cabezo, se detiene unos instantes, arroja su postrer mirada, que encamina á Burgos, y pausadamente, indolente ó tardo, deshace su camino, baja la cuesta, y en uno de sus recodos desaparecen de repente corcel y caballero, como tragados por la tierra.

Esto sucede todos los años en la noche de Difuntos. Siempre el mismo paladín con su mismo caballo, el mismo paseo, la misma detención ante Burgos, que asoma á lo lejos, la misma desenfrenada carrera por el enyerbado llano de la cumbre, y el mismo repentino desaparecimiento.

—Pero esto, ¿quién lo ha visto?—pregunté al cuentista que candorosamente me relataba el suceso.

—Yo;—me contestó como la cosa más natural del mundo.

Le miré con asombro. Hubo de advertirlo en el acto, y como si quisiera darme la clave del misterio por medio de una razón concluyente y de un argumento sin réplica, se apresuró á añadir:

—Este caballero es el Cid. Cada año, al llegar la noche de Difuntos, sale de

su sepulcro, monta en su caballo y sube á esta cumbre para ver su Vivar, su Burgos, sus tierras de Castilla, y cuando lo ha visto, cuando está ya seguro de que su Castilla vive y se conserva, se vuelve tranquilamente á su fosa.

El buen hombre hubo de notar en mí señales de incredulidad, y, antes de que yo pudiese tomar la palabra, prosiguió diciendo:

—Yo le vi. ¡Cuando digo que yo le vi con estos ojos que se ha de comer la tierra!... Hace muchos años, antes del 35, estando aún los monjes en su claustra, siendo yo muy joven, contáronme el suceso. Al llegar el primer día de Difuntos, por la noche, que era por cierto muy negra y tempestuosa, salí para verlo, me agazapé bajo una mata, cerca de la cuesta de los Grillos, y entre una y dos de la madrugada, poco más ó menos, vi pasar

á lo lejos, como una sombra, el caballero y el caballo subiendo la cuesta. Llevaba él una lanza en la mano. Yo lo vi. Apoderóse un temblor de todo mi cuerpo, mis dientes daban unos con otros como castañuelas de gitana, y me fuí todo lo más de prisa que pude, andando á gatas, y por lo hondo, sin ni siquiera volver la cabeza.

—Pero se le ocurriría volver al año siguiente, ¿verdad?—le dije.

—No, jamás. Dios me libre. Me confesé con el P. Cristóbal, que era un santo varón, y me dijo que, pues Dios me había concedido verlo una vez, no me ocurriera en jamás intentar verlo por segunda, pues podría cegar de repente. Y no volví.

—Pero, hombre de Dios;—le dije.— ¿Quién le asegura que aquella sombra que vió en medio de su terror, aquel ji-

nete con lanza, no fuese un viajante, madrugador ó retardado, que iba su camino, ó tal vez un colono que con su aguijada en ristre se dirigía á su boyera? No crea usted en brujas. No crea usted esto.

—Es que *quiero creerlo;*—me contestó irguiéndose como si fuese héroe de tragedia.—Yo creo firmemente, ¡así Dios me salve!, que es el Cid, que viene todos los años á ver su Castilla; así como creo que si ésta se perdiese un día, el Cid volvería para libertarla.

Parecióme inhumano contradecir al buen viejo, y bajé la cabeza en señal afirmativa, cual si me arrepintiera de haber tenido un momento de duda.

Hay que admirar el patriotismo donde quiera que brote y en la forma que se presente.

Y nada más.

Este es el cuento. ¡Ah! Si no fuese español, si fuese del Norte, en una palabra, si fuese de Ibsen, ¡qué de lecciones de patriotismo, qué de maravillosas cosas y qué de aturdidores simbolismos se encontrarían en él!

LA CUESTA DE LA REINA

(RECUERDOS DE FRES DEL VAL

LA CUESTA DE LA REINA

Era un día de Septiembre, nebuloso y triste, aquel en que llegamos á Fres del Val con objeto de visitar sus ruinas.

Ofrecióse á nuestra vista, lo primero de todo, la que fué entrada de la iglesia. Sobre la puerta, en primer término, la Virgen de Fres del Val con el Niño Jesús en brazos; á la derecha, un San Miguel, y á la izquierda, un San Roque, con todas las apariencias de sentirse mohinos en sus hornacinas. Á los pies de cada uno de ellos, una cabeza de león, que sostiene con los dientes un lazo del que cuelga el escudo de los Rojas, cono-

cido por sus estrellas, sus calderos y su banda. En lo más alto de la fachada, coronándola como remate, dos estatuas, la de un santo, de quien desapareció la cabeza, y otra que figura ser la de la Virgen.

Contigua á la fachada, y á su izquierda, se yergue la solitaria espadaña, huérfana de campanas, con sólo una esquila colgada en su pequeño hueco del centro. En lo alto de la espadaña aparece una veleta pintada con nuestros colores nacionales.

Airosamente, en pie sobre esta veleta, vimos posada, como en espera, una paloma blanca, que tendió sus alas al llegar nuestra comitiva, y, alzando el vuelo hacia allá donde deben de vivir las almas, se lanzó al encuentro de una numerosa bandada de palomas que revoloteaban por allí cerca, como mensa-

jera anunciadora del arribo de huéspedes extraños.

El monasterio extiende por la izquierda, hacia el Este, su ancho y robusto muro, hendido por ventanas que fueron de sus celdas, y ribeteado por una airosa línea de caprichosas gárgolas que se arrojan al espacio.

La iglesia, es decir, la que fué iglesia, está llena de escombros, sin bóveda, sin techumbre, con sus altos muros que se levantan escuetos y tristes, apareciendo por su desnudez más altos. Quedan aún los trazos de las capillas antiguas y allá, por los aires, solitarios y desnudos, dos arcos que resisten valientes, dibujándose en elegante curva y amenazando desplomarse sobre el atrevido que osa interrumpir los silencios de aquella majestad caída.

Á la derecha del presbiterio hay una

capilla, que comenzó á restaurar el artista Jover en el corto período de tiempo que poseyó aquel edificio; á la izquierda, el sitio donde estuvo la sacristía, y junto á ésta, la que fué sala capitular, en una de cuyas paredes se ve una airosa ojiva y en la otra un bellísimo rosetón que debió de ser rosetón de gloria en sus buenos tiempos, con sus calados, sus florones, sus luces y sus vidrios de colores.

Por encima del altísimo muro en que se apoyaba el altar mayor, asoman hoy su ondeante cabellera dos gigantes álamos del vecino prado, que sin duda se empinaron á tal altura sólo con objeto de inclinarse para ver y curiosear el recinto contiguo.

En el muro de la derecha se ve todavía la traza del sitio que ocupó, bajo su arco de primorosa cresteria, el opulento panteón de Juan de Padilla, con su es-

tatua orante, obra magna de Gil de Síloe, que está hoy en el Museo de Burgos.

Asimismo, á uno y otro lado del presbiterio, se abren los huecos donde estuvieron los sepulcros de los fundadores del convento, D. Gómez Manrique y doña Sancha de Rojas, con sus estatuas yacentes, que también se hallan hoy depositadas en el Museo de Burgos.

Al principio, estos sepulcros de los fundadores formaban un solo lecho mortuorio, delante del altar mayor, en el centro de la iglesia, á usanza del que ostenta la Cartuja de Miraflores, donde descansan los padres de Isabel la Católica; pero más adelante debió de parecerles á los monjes de Fres del Val que aquel espléndido túmulo turbaba el paso, y partieron en dos el monumento, divorciando en muerte al matrimonio

tan unido durante su vida, y colocaron el sepulcro del varón, D. Gómez Manrique, en la cavidad que abrieron á la derecha, del lado del Evangelio, y el de la dama, en el hueco de la izquierda. Fué profanación artística, sin hablar de otra más alta.

Una hermosa puerta, que tiene cierto carácter bizantino, abre paso al claustro procesional del siglo XV.

Yo no he de olvidar nunca, así viviera mil años, la impresión que me produjo este claustro cuando lo vi por vez primera, ni tampoco la sorpresa que hubo de causarme aquel día, al bajar las gradas que á él conducen, una argentina y fresca voz de mujer, que, interrumpiendo el silencio de las soledades y despertando los dormidos ecos de la claustra, según decían en lo antiguo, cantaba la siguiente estrofa:

—¿Hay quién nos escucha?—No.
—¿Quieres que te diga?—Di.
—¿Tienes un amante?—No.
—¿Quieres que lo sea?—Sí.

Yo no recuerdo dónde he oído ó leído estos versos, que no me fueron ciertamente desconocidos, ni qué ocasión de mi vida podían traerme á la memoria; pero me place consignar la turbación que en mí despertaron, sobre todo cuando hube visto á la cantora, que era una muchacha alta, esbelta, delgada, con esa belleza singular y petulante que no sé quién ha llamado la belleza del diablo, y con ese vistoso arreo de ampulosas faldas amarillas franjeadas de encarnado, que así es como la campesina burgalesa lleva en su traje los colores de nuestra España.

Pero dejando este episodio, que realmente no viene á cuento ni había para qué referir, vamos á la joya artística que

afortunadamente permanece en pie y da carácter y color á las vastas ruinas y á los montones de escombros que rodean el claustro, salvado milagrosamente de aquel general desastre.

Comenzó su restauración, según cuento y explico en otro punto, el artista Jover, arrebatándolo victoriosamente á la destructora mano del tiempo y del abandono, y quiso completarla, por lo cual merece plácemes, la noble dama que es hoy su propietaria. Se han limpiado las paredes, torpemente encaladas; desapareció el color rojo con que los frailes en su último tiempo de mal gusto embadurnaron las columnas; los medallones que adornan las paredes han perdido, gracias á la restauradora mano, la chillona capa de azul con que los cubrieron; las pilastras, las ojivas, las vírgenes vuelven á ser de piedra como an-

tes eran; los arcos ostentan sus robustos nervios, y las ménsulas, por fin, aparecen límpidas y gallardas en su blanca piedra de Ontoria y con sus adornos y caprichos en que se ven hojas, flores, ratones, ciervos, conejos, leones, perros, grifos, animales fabulosos, dulces caras de vírgenes, rostros ceñudos de frailes.

Nada más hermoso que este claustro, cuyo centro se ha convertido en cultivado jardín donde abundan la rosa, el clavel y el pensamiento, las tres flores clásicas que son embeleso de los ojos, como el dátil, la miel y la leche lo son del apetito; hermoso jardín, en efecto, con sus emparradoras malvas reales y trasminantes yedras que escalan el muro y se enroscan por las ojivas, con sus encumbradas gárgolas de vestiglos y frailes, de bufones y endriagos, de damas y demonios, caprichos raros del artista, abrien-

do desmesuradamente la boca, quizá más que para despedir el agua pluvial, para demostrar su asombro al verse abandonadas en aquellas tristes soledades.

En un ángulo del claustro, el más bello por cierto, allí, en el fondo y en lo más fuliginoso, recogida en la sombra bajo un arco calado, aparece el ara donde se celebraba el sacrificio de la misa sobre el enterramiento de doña Isabel Pacheco de Padilla, la hija de aquel turbulento magnate que tanta guerra dió en la primera época de los Reyes Católicos, abanderizador caudillo para quien no existían vallas que pusieran obstáculo á sus apetitos ni apetitos que tuvieran por valla ningún respeto.

En el arco calado del ara se ve un bajo relieve representando el descendimiento de la cruz. Allí aparecen entre

peñas, en una de las cuales se ve grabada una calavera, las tres Marías, al pie del leño, con el santo cuerpo de Cristo tendido sobre la falda de la Virgen.

El que fué sepulcro de doña Isabel se halla hoy abierto. Estaba cerrado un día con el escudo de los Padilla y los Manrique, cuyos pedazos se han podido recoger y figuran entre las piedras labradas que forman colección y se extienden hoy por todo lo largo de las galerías.

Porque, en efecto, la actual propietaria ha tenido el buen acierto de convertir aquel recinto en un museo, mandando recoger y ordenar cuantas piedras y restos se encontraron abandonados: trozos de piedra esculpida, fragmentos de mármol tallado, claves que pertenecieron á las bóvedas del templo, blasones y escudos de familias principales, esta-

tuas mutiladas, gárgolas, capiteles, ménsulas, columnas, lápidas sepulcrales, es decir, una verdadera necrópolis de objetos artísticos.

Hay que ver este claustro en pleno día, cuando el sol dibuja sus ojivas sobre las anchas losas del pavimento, cuando todo se inunda en luz, y brilla en color, y estalla en armonías, y arde en vida, y aparece con todos sus encantos y bellezas.

Hay que verlo, también, á la luz de la luna, en esas noches melancólicas en que el aire trae perfumes y aromas, en que oleadas de tenue luz ruedan por el espacio y en que la luna, amante y ensoñorada, penetra por las ojivas y va á iluminar, en el fondo de los arcos, las efigies de las vírgenes que asoman á través del follaje sobre ménsulas labradas y que parecen destacar de entre nimbos

dorados sus rostros dulces y blancos como la leche.

Pero hay que verlo, hay que verlo, sobre todo, en una noche negra y misteriosa, cuando las nubes se atumultúan en el cielo, cuando se oye mugir el viento que fustiga ruidosamente las copas de los árboles vecinos, cuando el cielo se ilumina de pronto con los resplandores del zigzagueante relámpago lejano, cuando las aves noctívagas bajan su vuelo y circulan atolondradas huyendo de la tempestad que se aproxima. Entonces es cuando hay que verlo, entonces cuando hay que cruzar por él con el auxilio del alumbrante farol que guía los inciertos pasos, y acercarse al triste calavernario de doña Isabel Pacheco, allí donde están los huesos de aquella dama revueltos con otros que las turbas sacaron de las vecinas y profanadas tumbas

después de aventar las cenizas de los muertos; allí donde se perciben ruidos extraños y misteriosos; allí donde suenan vagos rumores, y se amontonan las sombras, y parecen oirse lamentos, voces y sollozos; allí, finalmente, donde todo miedo tiene su alarma y toda inquietud su asiento.

Allí, y en una de estas borrascosas noches, predispuesto el ánimo á lo maravilloso y sombrío, es donde oí contar la leyenda, ó, por mejor decir, la tradición histórica que dió su nombre á *la Cuesta de la Reina*, camino que existe todavía y que, arrancando de la misma puerta de Fres del Val, conduce á lo alto del monte que se eleva á la derecha del monasterio.

Lo que en aquella noche me contaron ocurrió á comienzos del siglo XV, cuando se acababa de fundar el convento y to-

davía no estaba terminada la obra del claustro, en la que trabajaban artistas de distintos países y entre ellos algunos moros esclavos ó conversos.

El fundador de Fres del Val era Don Gómez Manrique, hijo bastardo del Adelantado Mayor de Castilla D. Pedro Manrique, llamado *el Viejo*. Murió éste sin dejar hijos y sí sólo un bastardo, que había sido entregado en rehenes, siendo niño, á los moros de Granada, educado en dicha ciudad y convertido á la religión musulmana.

Á la muerte de su padre, el mozo vino á Castilla, se hizo rebautizar abjurando el islamismo y, tomando el nombre de D. Gómez Manrique, entró en posesión de las haciendas y señoríos de su padre y contrajo matrimonio con doña Sancha Rojas, descendiente de una de las familias más poderosas del reino.

D. Gómez *el Rebautizado*, como le llamaban, tuvo vida aborrascada y aventurera y, siguiendo á los Reyes de Castilla, riñó batallas con los infieles, olvidado de que con ellos había vivido y profesado su religión. Su guerra á los moros no le impedía, sin embargo, hacer el amor á las moras, pues se contaba de él que, recristianado ya, y esposo de doña Sancha, y caudillo famoso entre los castellanos, más de una vez le sucedió volver á pisar las calles de Granada, ceñido el turbante y rebozado en el alquicel morisco, para tener amores con una princesa mora, dando con estas aventuras mucho que decir y murmurar al vulgo.

Tal fué el D. Gómez que en los últimos años de su vida, junto con su esposa doña Sancha, fundó el monasterio de Fres del Val y puso en él monjes jerónimos dotándoles con pingües rentas.

Comenzaba ya á tener celebridad y fama el monasterio y estaba terminándose la obra de su magnífico claustro, cuando falleció D. Gómez.

Había por aquella época un castillejo, hoy ya desaparecido, en la cumbre del monte que se alza á la derecha del convento. Consistía este castillejo en sola una torre, circundada de robusto muro, especie de atalaya ó vigía. Era propiedad de la casa Manrique, y como raras veces acontecía que allí se aposentasen hombres de armas, sólo lo habitaba un esclavo moro, á quien se confió su conservación y vigilancia. Comenzó un día á circular por el país la noticia de que en aquella torre se albergaba una mujer, la cual andaba retraída y oculta, sin apartarse jamás del fortificado recinto. Y de que era así no cabía duda, pues que á veces, por la noche, se oía una voz

femenil que entonaba en lengua desconocida cantares en su ritmo y estructura parecidos á los que muchas veces oían á moros cautivos.

Más adelante se dijo también que en ciertas y alternas noches, siempre á hora muy avanzada, se veía pasar á una mujer á caballo, envuelta en una capa blanca, por el camino que del castillejo conducía á Fres del Val y que, al llegar cerca del monasterio, desaparecían repentinamente mujer y caballo, como desvanecidos en el aire. Sólo sucedía esto en noches oscuras; jamás en noches de luna.

Nada tan fácil de exaltar como la imaginación del vulgo, ni nadie tan propenso á creer en lo sobrenatural y extraordinario, sobre todo habiendo fundamento para ello. Y que lo había era cierto. Al comprobarse que en la torre

moraba una mujer, la cual sólo salía de ella á caballo, en noches sombrías, recatada y misteriosamente, la imaginación popular, dada siempre á lo maravilloso en todos tiempos y edades, tuvo sobrados motivos para lanzarse desalada por los espacios.

Bien pronto se extendió la voz por la comarca, y por reticencias, suposiciones ó conceptos indiscretamente recogidos de los moros que trabajaban en las obras del monasterio, comenzó á decirse, afirmándose ya entonces en ello la opinión, que la mujer del castillejo y de las noches sin luna, era una reina mora que aprovechaba las sombras nocturnas para ir al convento é introducirse en él.

La nueva de lo que ocurría acabó por llegar á oídos del P. Prior, y no fué poca, ciertamente, la zozobra que hubo de llevar á su ánimo. Apresuróse el Pa-

dre á tomar precauciones y medidas para averiguar la certitud del hecho. No tardó en adquirirla. Sus recaderos y sus escuchas diéronle la seguridad de que, en efecto, el castillejo era habitado por una mujer árabe que nunca de día abandonaba el recinto, donde era á menudo visitada por uno de los esclavos que trabajaban en las obras del claustro y que parecía ser portador de secretos mensajes. Por lo regular, el día en que recibía el mensaje era aquel en que salía de la torre muy adelantada la noche, no regresando hasta el romper del alba.

Y aun más. Como la misteriosa dama fué espiada en sus excursiones nocturnas, por orden del Prior, pudo adquirir éste la certeza de que, al llegar la amazona al monasterio, se detenía junto á una puertecita provisionalmente abierta para facilitar los trabajos de albañilería

que se estaban ejecutando. Á una seña particular, ya sin duda convenida, la puerta se abría, descabalgaba la dama, dejando su caballo al amparo de un vecino zarzo, y penetraba en el claustro.

Grandemente hubieron de alarmar al P. Prior todas estas nuevas; pero como era hombre de mundo, muy superior á las preocupaciones vulgares, creyó comprender en seguida que de lo que se trataba era de citas sacrílegas de aquella mujer con alguien de los que allí vivían en clausura. No sospechó ciertamente de los monjes, que eran todos de edad provecta y todos de condiciones que no se avenían con aventuras amorosas, pero sí de algún novicio, entre los cuales no faltaba alguno en cuyo corazón ardían tal vez, más que los misticismos del monje, los arrestos del caudillo. El P. Prior conocía sin duda los secre-

tos del corazón humano y sabía, seguramente, que muchas veces le sucede al hombre buscar el silencio, el retiro, la soledad, y encontrarse con el deseo que le devora, con la duda que nace y con las pasiones que hierven en tumulto, es decir, con la insurrección y la rebeldía del alma.

El resultado de sus pesquisas y averiguaciones no se hizo esperar. Poco tardó en saber que el héroe de las citas nocturnas era en efecto un novicio, cuya conducta irregular atraía la duda y despertaba el recelo. Era este novicio precisamente el mismo en quien desde el principio recayeron las sospechas del Prior; joven impetuoso y gallardo, que no se conformaba con la vida del claustro, y á quien el Padre superior, por haberle sido muy secretamente recomendado, atendía con singular cariño, ce-

rrando los ojos á todas sus faltas, inclinado siempre á perdonar sus travesuras.

Pero ya esta vez la cosa ni merecía perdón ni tenía disculpa.

¡Convertir el terreno sagrado del convento en teatro de citas escandalosas y romper la clausura para que entrara á profanarla una mujer, y una mujer de la raza de infieles! Jamás se había visto ni pensado caso igual, y el Prior, olvidando aquella vez los consejos de la prudencia, nunca quizá como en este lance tan necesaria, decidió que el castigo fuese público y tan inexorable como merecía el escándalo. Tendió, pues, sus redes, y todo salió según sus deseos. Recibió cierta noche el aviso de que la mujer árabe había penetrado en el convento; y en el acto mandó llamar á varios padres, habituales consejeros suyos, arrebatándoles á las delicias del sueño, enteróles

rápidamente del asunto y se dispuso á sorprender con ellos á los culpables.

Ínterin se fraguaba esta tormenta, la amante pareja, sumergida entre las sombras de la noche y las del claustro, se entregaba sin duda á íntima y sabrosa conversación, cuando, de improviso y como por arte mágica, abrióse ante ellos la puerta de la iglesia, que apareció profusamente iluminada, y, en medio de la luz esplendorosa del templo, se adelantó el P. Prior rodeado de sus monjes y escoltado por numerosos servidores que llevaban antorchas encendidas.

Los culpables no tuvieron tiempo de huir ni acertaron tampoco, tan rápido fué para ellos é imprevisto aquel verdadero cambio de escena.

Dieron las luces vida á lo que las sombras recataban. Sentada en un poyo del intercolumnio, con la cabeza apoya-

da en la gótica pilastra, apareció una mujer de arrogante figura, con todo el esplendor de su belleza realzada por el lujoso traje árabe que vestía, y reclinado á sus pies, con las manos cruzadas sobre su falda, el joven novicio mismo en quien recayeran las sospechas del Padre.

El crimen, el sacrilegio, el escándalo eran patentes.

La mujer no se movió. Guardaba su misma actitud, rodeando con su brazo la columna y descansando en ella la cabeza, serena, impasible, sin la menor alarma, sin el más leve movimiento, como una estatua del claustro. Sólo sus ojos, chispeantes, fijándose en los recién llegados, revelaban que en aquel cuerpo había vida. El mancebo, por el contrario, se levantó como movido por un resorte, irguióse cuan alto era, y se colocó

delante de la mujer, en ademán de protegerla.

El P. Prior avanzó entonces, amenazador y severo, dispuesto á lanzar el anatema y el rayo de la Iglesia sobre los sacrílegos violadores de la clausura y del santuario, al mismo tiempo que avanzaban también los servidores para apoderarse de aquéllos.

Pero antes de que el airado monje pudiera realizar su propósito, el mancebo, que comprendió lo que pasaba en el ánimo del Prior y se hizo cargo de sus sospechas, detuvo el anatema pronto á brotar de sus labios, adelantándose resueltamente y diciéndole:

—¡Es mi madre!

Y así era, en efecto, y todo quedó entonces explicado.

Era aquella mujer la dama árabe con la cual tuviera amores el fundador don

Gómez Manrique y en ella el hijo bastardo, que hizo entrar en el noviciado y destinaba para fraile.

Á la muerte de D. Gómez, vínose la princesa secretamente á Castilla, y entendióse con el esclavo moro que era guarda del castillejo, para hospedarse en éste y desde allí entrar en comunicación con el mancebo, á quien su padre, poco antes de morir, había puesto de novicio en el convento.

Las entrevistas del hijo y la madre se celebraban siempre de noche, en el misterio de las sombras y en el claustro.

Arrepentido el P. Prior del aparato de publicidad que había querido dar al acto de sorpresa de los que creía sacrílegos amantes, trató entonces de que la cosa no alcanzara proporciones ni anduviera en lenguas, y procuró ocultarla relegándola á los secretos del monasterio.

La princesa mora desapareció; el joven novicio, bastardo de D. Gómez, salió del convento para ir á buscar en otras esferas ocupación más adecuada á sus inclinaciones y empujes, y desde entonces aquella cuesta que conducía al castillejo, tantas veces cruzada de noche á caballo por la dama árabe, recibió del vulgo el nombre de *Cuesta de la Reina*, que conserva todavía.

Es el único recuerdo vivo que de la escena de aquella noche nos queda.

FIN

INDICE

GLORIAS Y RUINAS

Págs.

OBRAS COMPLETAS

DE

D. VÍCTOR BALAGUER

DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA

El producto íntegro de estas obras se destina al sostén y fomento de la Biblioteca Museo de Villanueva y Geltrú, fundación del autor.

Se hace una rebaja de 30 por 100 al que adquiera toda la colección y la del 20 al que tome por lo menos dos obras ó una de más de dos tomos.

Los que deseen adquirir estas obras, en totalidad ó en parte, podrán hacerlo dirigiéndose al señor bibliotecario de la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú, ó al propio autor.

POESÍAS CATALANAS

Un tomo, que es el primero de la colección.

Precio: 6 pesetas.

Contiene todas las poesías catalanas del autor, divididas en 6 libros.—*El libro del amor.*—*El libro de la fe.*—*El*

libro de la patria.—*Eridanias*, ó sean los cantos que escribió cuando la guerra de la Independencia italiana.—*Lejos de mi tierra*, poesías escritas durante su emigración.—*Últimas poesías*. Forman parte de este volumen las composiciones que el autor escribió en provenzal.

TRAGEDIAS

Un tomo, el segundo de la colección.

Precio: 8 pesetas.

Contiene las tragedias escritas en verso catalán por el autor, con la traducción castellana en prosa, por el mismo. Estas tragedias, señaladas entre las mejores obras del autor, han sido traducidas al castellano, al italiano, al francés, al alemán y al sueco por distinguidos poetas.

LOS TROVADORES

Cuatro tomos, que son III, IV, V y VI de la colección.

Precio: 30 pesetas.

Preceden á este libro dos dictámenes, uno de la Real Academia Española y otro de la Real Academia de la Historia, que hacen notar la bondad y bellezas de la obra, habiendo merecido por esta causa que se publicase su primera edición subvencionada por el Estado.

Es la historia política y literaria de los trovadores provenzales, con la biografía de los más principales de entre ellos. Está algo más concreta y reducida que la primera edición publicada en Madrid por Dorregaray, en 5 tomos con el título de *Historia política y literaria de los Trovadores*.

Casi todo el primer tomo lo forma un *Discurso preliminar* en que el autor trata de los diversos géneros de poesía entre los trovadores, de lo que eran las *Cortes y Puys de amor*, del estilo y escuelas de los trovadores, de los juglares, de lo que fué la poesía provenzal en Castilla, León, Aragón y Cataluña. Al final del tomo IV está el índiee al-

fabético, histórico y biográfico, de asuntos y personajes.
Es obra de amena lectura, de estudio y de consulta, en cuya trad cción se ocupa hace ya tiempo el insigne historiador señor barón de Tourtoulón, á quien el autor ha cedido la propiedad en Francia.

DISCURSOS ACADÉMICOS Y MEMORIAS LITERARIAS

Un tomo, VII de la colección.

Precio: 7 pesetas y media.

Va precedido de un prólogo del insigne y malogrado escritor aragonés D. Jerónimo Borao.

Contiene: Discursos en los Juegos Florales de Cataluña, Valencia y Pontevedra, que versan principalmente sobre las literaturas catalana y provenzal; Discursos de recepción y de contestación en las Reales Academias Española y de la Historia; Dictámenes sobre asuntos literarios é históricos, por encargo de dichas Academias; Polémicas literarias; Memorias históricas y literarias; Proposición de ley á las Cortes para crear un ministerio de Instrucción pública; Estudios sobre el poeta Manuel Cabanyes, y sobre Alfonso V de Aragón y su corte de literatos; Fundación de la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú, etcétera. (Edición agotada.)

EL MONASTERIO DE PIEDRA.—LAS LEYENDAS DEL MONTSERRAT.—LAS CUEVAS DE MONTSERRAT.

Un tomo, VIII de la colección.

Precio: 7 pesetas y media.

Precede á este libro un dictamen de la Real Academia de la Historia elogiando con especial recomendación *El Monasterio de Piedra*, que es historia y guía de aquel antiguo monumento y de aquellos encantadores sitios.

Las leyendas del Montserrat, las mismas que en su juventud publicó el autor, son la crónica de aquel famoso monasterio, libro traducido al alemán y al francés, y del que, sólo en América, se han hecho 20 ediciones.

En cuanto á *Las cuevas de Montserrat*, es la crónica y reseña del descubrimiento de estas célebres cuevas, emprendido y realizado por el autor en 1851 en compañía de algunos amigos.

HISTORIA DE CATALUÑA

Once tomos, que forman del IX al XIX de la colección.

Precio: 110 pesetas.

Esta Historia es muy popular en Cataluña, pudiendo asegurarse que en ella está el origen del movimiento histórico y literario de dicha región, habiendo sido fuente é inspiración para los modernos historiadores y poetas catalanes, según se desprende de un interesante dictamen y juicio de la Real Academia de la Historia.

En esta segunda edición, revisada, corregida y aumentada sobre la primera que se publicó por los años de 1860, el autor termina su obra con el siglo XVIII, pero inserta á continuación una serie de monografías y estudios sobre hechos y sucesos de Aragón y Cataluña, completando así su trabajo. Estas monografías, que forman casi tres voluminosos tomos, desde la mitad del IX hasta terminar el XI, son: *La guerra de la Independencia en Cataluña; Cataluña en los reinados de Fernando VII y de Isabel II, Pablo Claris; La heroica Puigcerdá; El conceller Casanova; Del bandolerismo y de los bandoleros en Cataluña; Las bodas de Felipe V; Bach de Roda; Historia de Sabadell; El asalto de Brihuega; Un episodio del sitio de Barcelona en 1705; Los últimos dias del general Alvarez; De la soberania nacional y de las Cortes en Cataluña; El castillo y los caballeros de Egara; El rey don Jaime y el obispo de Gerona; Las ruinas de Poblet,*

con la crónica é historia de este monasterio: *Ali Bey el Abbassi*.

LAS CALLES DE BARCELONA EN 1865

Tres tomos, XX, XXI y XXII de la colección.

Precio: 30 pesetas.

Debe considerarse esta obra como complemento de la *Historia de Cataluña*. Va precedida de una *Noticia histórica de Barcelona*; contiene noticias interesantes sobre cada calle respecto á su nombre, sucesos en ella acaecidos, personajes, casas y monumentos; explica cómo se formaron las calles del ensanche, y termina el tercer tomo con *La primavera del último trovador*, interesante episidio en que se hallarán relatadas las principales tradiciones históricas y legendarias de Cataluña.

EN EL MINISTERIO DE ULTRAMAR

Dos tomos, XXIII y XXIV de la colección.

Precio: 10 pesetas.

Es la historia de lo proyectado y realizado por el autor en la tercera época que fué ministro de Ultramar. Al frente de cada tomo se inserta una *Memoria* y á continuación los documentos justificativos, reales órdenes, decretos, proyectos de ley, presupuestos, etc.

El primer tomo abraza la época de su ministerio desde Octubre de 1886 á fin de 1887. El segundo tomo desde 1.° de Enero á 14 de Junio de 1888. (Edición agotada.)

MIS RECUERDOS DE ITALIA

Un tomo, que es el XXV de la colección.

Precio: 7 pesetas y media.

Es un libro de palpitante interés, que se lee como si fuera una novela, según ha dicho uno de los mejores críticos españoles (D. A. Sánchez Pérez).

Refiere el autor su primer viaje á Italia en 1859, cuando la guerra de la Independencia italiana, y habla de sus impresiones en los campos de Magenta, Palestro y Solferino. En la segunda parte refiere su expedición á Italia en 1870 cuando formaba parte de la comisión de diputados españoles que fué á ofrecer la corona de España al duque de Aosta, Amadeo I.

Es obra de verdadero interés político, teniendo el carácter de Memorias contemporáneas íntimas, en época determinada.

NOVELAS

Dos tomos, XXVI y XXVII de la colección.

Precio: 10 pesetas.

Contiene varias novelas publicadas por el autor en los años de 1850 y 1851, cuando dominaba la escuela romántica.

Estas novelas son, en el primer tomo: *La guzla del cedro ó los almogávares en Oriente; El doncel de la reina; La espada del muerto.* Y en el segundo tomo: *El del capuz colorado; La damisela del castillo; Un cuento de hadas; El ángel de los Centellas; El anciano de Favencia; Historia de un pañuelo.*

TRAGEDIAS

Dos tomos, XXVIII y XXIX de la colección.

Precio: 12 pesetas.

Nueva edición de esta obra, añadiendo la tragedia titulada *Los Pirineos*, que no figura en las otras ediciones; y así como en aquéllas se inserta el original catalán con la traducción en prosa castellena del mismo autor, en la presente se publican las traducciones hechas en verso castellano por ilustres poetas.

El primer tomo contiene *La muerte de Aníbal*, con las

traducciones en verso de D. Teodoro Llorente y de don Pedro Barrera; *Coriolano*, con las de D. Francisco Pérez y Echevarría y D. Jerónimo Roselló; *La sombra de César*, con las de D. Gaspar Núñez de Arce y Doña Patrocinio de Biedma; *La fiesta de Tibulo*, con la de D. Ventura Ruiz Aguilera; *La muerte de Nerón*, con las de D. Francisco Luis de Retes y de D. Enrique Sierra Valenzuela; *Safo*, con las del mismo autor y D. José María de Retes; *La tragedia de Llivia*, con las de D. Abelardo F. Díaz y don Manuel de la Revilla; *La última hora de Cristóbal Colón*, con la de D. Ángel R. Chaves.

El segundo tomo contiene: *Los esponsales de la muerte*, con la traducción en verso de D. Juan de Dios de la Rada Delgado; *El guante del Degollado*, con la del propio autor, y *Los Pirineos*, con la del propio autor asimismo. *Los Pirineos* forman una trilogia precedida de un prólogo que se titula: *Alma Mater*. Los tres cuadros son *El conde de Foix*, *Rayo de Luna* y *La jornada de Panissars*.

POESÍAS CATALANAS

Dos tomos, XXX y XXXI de la colección.

Precio: 12 pesetas.

Es una nueva edición (la sexta de estas poesías), cuidadosamente corregida y aumentada con varias composiciones que el autor había conservado inéditas hasta ahora.

El primer tomo contiene: *El libro del amor*, que consta de 114 poesías; *El libro de la fe* con las composiciones de carácter religioso, y el poema *La romería de mi alma*.

El segundo tomo contiene: *El libro de la patria*, con 28 poesías; el poema *Eridanias*, con los catorce cantos referentes á la guerra de la Independencia italiana, escritos por el autor en Italia y en el mismo teatro de la guerras *Lejos de mi tierra*,con las poesías todas que escribió el autor durante su emigración política en Francia; y *Últimas*

poesías, que contiene la colección de las escritas por el autor en estos últimos tiempos.

Todas las composiciones catalanas comprendidas en estos dos tomos llevan al pie la traducción en castellano, en provenzal, en francés ó en italiano, según la nacionalidad de los poetas que las han traducido, unos en prosa y otros en verso. Las más de estas traducciones van ilustradas con notas y datos de carácter histórico, íntimo y autobiográfico.

LOS JUEGOS FLORALES EN ESPAÑA

DISCURSOS Y MEMORIAS

Un tomo, que es el XXXII de la colección.

Precio: 10 pesetas.

En la primera parte de este volumen, titulada Los Juegos Florales en España, se insertan todos los discursos pronunciados ó leídos por el autor relativos á dichos certámenes, viniendo á formar en su conjunto la historia de la restauración y progresos de estas fiestas literarias en nuestra patria. Y estos discursos son: *Fraternidad literaria*, Barcelona, 1868; *La poesía lemosina* y *Saludo á Valencia*, Valencia, 1880; *La idea latina*, Granollers, 1882; *Las bodas de plata*, Barcelona, 1883; *Los felibres de Provenza*. Pontevedra, 1884; *La tierra catalana*, Reus, 1893; *Las glorias de Aragón*, Zaragoza, 1894; les precede la *Memoria histórica* publicada al frente del tomo de *Juegos Florales* de Madrid en 1878.—La segunda parte, Memorias y Discursos, contiene los discursos de recepción en las Reales Academias Española y de la Historia, otros trabajos leídos en varias sesiones de las mismas, y las Memorias *Las obras de Enrique Gil*, *Manuel de Cabanyes*, *Alfonso V de Aragón y su corte literaria*, *Castilla y Aragón en el descubrimiento de América*, memoria leída en el Ateneo de Madrid, *La mujer y el arte*, discurso pronunciado en el Círculo de Bellas Artes, y *El Ministerio de Instrucción Pública*.

OBRAS DEL AUTOR

QUE SE VENDEN POR SEPARADO FUERA DE ESTA COLECCIÓN

La romería de mi alma, poema escrito en catalán, con su traducción en prosa castellana por el mismo autor. Un volumen, 1 peseta. Editor, López Bernagossi, Barcelona.

Las ruinas de Poblet, con un prólogo del académico don Manuel Cañete. Un tomo, de la edición de *Escritores castellanos*, 4 pesetas. Editor, Catalina. Madrid.

Estudios históricos y políticos. Un tomo, 2,50 pesetas. Editor, San Martín. Madrid.

Los Reyes Católicos. Está en venta el primer tomo. Editor, *El Progreso Editorial*. Madrid.

Cristóbal Colón. Un tomo encuadernado, 5 pesetas. Editor, *El Progreso Editorial*.

Al pie de la encina, historias, tradiciones y recuerdos, con una lámina. Un tomo encuadernado, 5 pesetas. Editor, *El Progreso Editorial*.

Epistolario, memorial de cosas que pasaron. Dos tomos encuadernados, 8 pesetas. Editor, *El Progreso Editorial*.

Añoranzas, historias, recuerdos, leyendas, glorias, ruinas. Un tomo encuadernado, 5 pesetas. Editor, *El Progreso Editorial*.

Safo, cuadro dramático. Un tomo, 1 peseta.

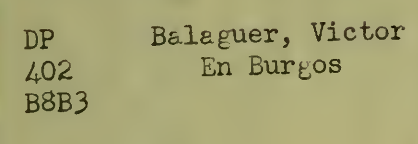
Los Pirineos, trilogía. Traducción castellana, 3 pesetas. Editor, Fe. Madrid.

I Pirinei, trilogia. Traduzione in verso italiano di Arnaldo Bonaventura, 3 pesetas. Editor, Fe. Madrid.

En Burgos. Un tomo encuadernado, 5 pesetas. Editor, *El Progreso Editorial*.

Celistias, poesías. Un tomo. (No está en venta.)






EL PROGRESO EDITORIAL